



**ARMANDO TORRES**

# ENCUENTROS CON EL NAGUAL

Conversaciones con Carlos Castaneda



## Índice:

Agradecimientos.....	7
Prólogo.....	9
Introducción .....	11
 <b>Primera parte: Un romance con el conocimiento</b>	 15
La revolución de los brujos .....	17
La importancia personal.....	25
El camino del guerrero .....	41
Conciencia de la muerte .....	50
El drenaje energético.....	57
La Recapitulación .....	79
El umbral del silencio .....	87
 <b>Segunda parte: Diálogo de guerreros.....</b>	 99
Saturación conceptual .....	101
Un inventario de creencias .....	103
Creer sin creer .....	105
La práctica del silencio .....	109
La oportunidad mínima.....	112
Conocerse a sí mismo .....	114
Plantas de poder .....	116
La trampa de la fijeza .....	119
Sueño y despertar .....	120
La puerta de la percepción .....	126
El doble de ensueños.....	129
La transmisión del acecho .....	133
La marca del nagual .....	135
Acechando al pinche tirano .....	138

La homogenización perceptual .....	142
Depredadores de la conciencia.....	145
Perdiendo la razón .....	151
Los movimientos del punto de encaje.....	155
La supervivencia del punto de encaje .....	158
Seres cíclicos.....	162
La alternativa del brujo.....	164
La elección final.....	166
Los videntes del antiguo México .....	168
Viaje a las raíces .....	170
Las antenas de la segunda atención.....	175
Validando al Nagual.....	179
Retorno a la esencia .....	183

Quiero expresar mi gratitud a todos aquellos que me han ayudado en mi camino, en especial a Carlos Castaneda, por haber dado a mi vida un sentido de belleza y propósito. Dedico este libro a quienes saben de lo que hablo.

**Armando Torres**

## PRÓLOGO

Conocí a Armando en una ocasión en que ambos coincidimos en un sitio de poder, en las montañas del México central. La espontaneidad de la amistad que se dio entre nosotros, así como el tema de la plática que se desarrolló en aquel momento me hicieron comentarle que yo había tenido el privilegio de conocer a Carlos Castaneda. Me dijo que él también lo conocía y que tenía escrito un libro sobre sus enseñanzas. Mi curiosidad creció y le pregunté al respecto. No pareció interesado en responderme, sólo dijo que aún no era el tiempo adecuado. No insistí, pues apenas acababa de conocerlo. Durante años de relación le escuché mencionar el tema pocas veces, siempre como referencia a algún otro tópico que estuviésemos discutiendo. Aún cuando me hice amigo de “los que andan por allá”, fue sólo ahora cuando se dieron los eventos y tuve acceso a su obra.

Cuando por primera vez leí el manuscrito me sentí profundamente emocionado, ya que me permitió comprender una de las premisas más oscuras de la enseñanza de Carlos: lo que él llamaba “la porción de la regla del nagual de tres puntas”, un proyecto para la renovación de los linajes del conocimiento a escala global. Me aseguró que Carlos le había encomendado dar a conocer esa información, y me pidió que le apoyase en la tarea. Sin embargo, teniendo en cuenta que se trataba de un manuscrito bastante corto -unas treinta páginas-, le sugerí que lo complementase con la descripción de algunas de las numerosas pláticas de Castaneda de las que él fue testigo. Aceptando mi propuesta, él seleccionó un conjunto de enseñanzas

que Carlos impartió, tanto en conferencias públicas como en charlas privadas. Para facilitar su lectura, me explicó que había agrupado los temas según su contenido y no por orden cronológico. Además, en ocasiones se vio forzado a sintetizar o reconstruir las conversaciones, ya que, en el trato directo, Carlos era extremadamente enfático, transmitía gran parte de la información a través de ademanes y expresiones de su rostro, y le agradaba mezclar historias personales y observaciones de todo tipo con su enseñanza. Como un regalo extraordinario, Armando añadió al final una breve reseña de su propia experiencia entre un grupo de practicantes de la brujería. Debido a su simplicidad y sinceridad de su narración, este libro tiene una fuerza que no he encontrado en ningún otro trabajo relacionado con el tema. Por eso, es para mí un enorme placer poder auxiliar a Armando en la tarea de publicarlo. Estoy seguro de que todos los amantes del trabajo de Carlos Castaneda la disfrutarán intensamente.

Juan Yoliliztli

## INTRODUCCIÓN

Me llamo Armando Torres. Escribo este libro en cumplimiento de una tarea que me fue encomendada años atrás. En octubre de 1984 conocí a Carlos Castaneda, controvertido antropólogo y escritor sobre temas de brujería. Por entonces yo era aún bastante joven. En mi búsqueda de respuestas, había incursionado en diversas tradiciones espirituales y anhelaba encontrar un maestro. Pero, desde el principio, Carlos fue muy claro al respecto. “*Yo no prometo nada -dijo-, yo no soy gurú. La libertad es una elección individual y es responsabilidad de cada uno luchar por ella*”. En una de las primeras pláticas que le escuché fustigó duramente la idolatría humana que nos induce a seguir a otros y a esperar que nos den las cosas ya masticadas. Dijo que eso es rezago de nuestra etapa de rebaño. “*Quien sinceramente desea penetrar en las enseñanzas de los brujos no necesita guías. Basta con un genuino interés y huevos de acero. Y por sí mismo encontrará todo lo necesario mediante un intento inflexible*”. Sobre tales premisas se desarrolló nuestra relación. Por lo tanto, quiero asentar que yo no soy un discípulo de Carlos, en el sentido formal de la palabra. Sólo platiqué con él en algunas ocasiones, y eso bastó para convencerme de que el verdadero camino consiste en nuestra determinación de ser impecables.

El principal motivo por el cual acepté difundir parte de mi experiencia a su lado es la gratitud. Carlos fue espléndido con cada uno de los que tuvimos la fortuna de conocerlo, ya que es la naturaleza de un nagual hacer regalos de poder. Estar cerca de él era empaparse de su estímulo y llenarse de histo-

rias, consejos y enseñanzas de todo tipo, y sería muy egoísta por parte de quienes lo recibimos ocultar esos dones, cuando él mismo, como un verdadero guerrero de la libertad total, compartió hasta lo último con aquellos que le rodeaban. En una ocasión me contestó que él acostumbraba apuntar cada noche fragmentos de su aprendizaje junto al nagual Juan Matus, un viejo brujo perteneciente a la etnia yaqui del norte de México, y de su benefactor Genaro Flores, un poderoso indio mazateco, quien formaba parte del grupo de conocimiento liderado por don Juan. Añadió que escribir era un aspecto importante de su recapitulación personal y que yo debía hacer lo mismo con todo lo que escuchara en sus pláticas. ¿Y si me olvido? -le pregunté. *“En ese caso el conocimiento no era para ti. Concéntrate en lo que recuerdes”*. Me explicó que el sentido de ese consejo no era sólo ayudarme a guardar una información que podía serme valiosa en el futuro. Lo importante era que yo adquiriese un cierto grado inicial de disciplina, a fin de que pudiese emprender más adelante verdaderos ejercicios de brujos. Describió el propósito de los brujos como *“una empresa suprema: sacar al hombre de su limitación perceptual para devolverle el dominio sobre sus sentidos y permitirle entrar en un camino de ahorro energético”*.

Carlos insistía en que todo cuanto hace un guerrero debe estar imbuido de un urgente sentido de lo práctico. Dicho en otros términos, debe estar inflexiblemente orientado hacia el verdadero propósito del ser humano: la libertad. *“Un guerrero no tiene tiempo que perder, porque el desafío de la conciencia es total y exige veinticuatro horas diarias de alerta máxima”*. En mi trato con él y con otros hombres de

conocimiento, fui testigo de eventos extraordinarios, desde el punto de vista de la razón. Sin embargo para los brujos, cosas tales como la vista remota, el saber los sucesos por adelantado o el viaje por mundos paralelos al nuestro son experiencias normales en el desempeño de sus tareas. Mientras no seamos capaces de verificarlas por nosotros mismos, es inevitable que las tomemos como fantasías o, en el mejor de los casos, como metáforas propias de su lenguaje. La enseñanza de los brujos es así, tómala o déjala. No puedes razonarla. No es posible “verificarla” intelectualmente. Lo único que cabe hacer con ella es ponerla en práctica, explorando las extraordinarias posibilidades de nuestro ser.

Armando Torres

**PRIMERA PARTE:**  
**UN ROMANCE CON EL CONOCIMIENTO**



## LA REVOLUCIÓN DE LOS BRUJOS

Nos habíamos reunido en el segundo piso de una elegante residencia para escuchar a un famoso conferencista. Éramos un grupo de unas doce personas, de las cuales yo no conocía a ninguna, excepto al amigo que me había invitado a asistir. Mientras aguardábamos, charlábamos amigablemente. Pasaron casi dos horas y nuestro invitado no aparecía. Los rostros de los presentes comenzaron a dar señales de cansancio. Algunos se desesperaron y se fueron. En cierto momento, sentí el impulso de asomarme a una ventana. Lo vi llegar y nuestros ojos se encontraron. Inesperadamente, un fuerte viento penetró en la habitación haciendo que volasen papeles por todas partes. Cuando Carlos entró, algunos de los allí reunidos aún luchaban por cerrar las ventanas. Su apariencia resultó distinta de cuanto yo había esperado. Era un hombre de baja estatura, aunque fornido, pelo entrecano y tez morena que comenzaba a surcarse de arrugas, vestido de un modo informal que le quitaba diez años de encima. Su rostro, chistoso y vivaracho, irradiaba simpatía. Parecía muy contento de hallarse con nosotros y era un verdadero placer estar cerca de él. Nos saludó a cada uno con apretones de mano. Dijo que teníamos que aprovechar el tiempo, pues esa noche le esperaban en otro sitio. Se acomodó en su sillón y nos preguntó: ¿De qué quieren hablar? Antes de queuviésemos tiempo de responderle, él mismo tomó la iniciativa y nos inundó de historias. Su plática era directa y absorbente, salpicada de chistes que remataba con expresivos ademanes.

En esa ocasión se refirió a las etapas históricas

del nagualismo, como cuerpo de prácticas e ideas, sosteniendo que al hombre moderno se le ha concedido una increíble oportunidad frente a las revelaciones de los brujos. Después, se refirió al movimiento del punto de encaje, una compleja maniobra de conciencia a la que se dedicaban los videntes. El tema era bastante nuevo para mí, así que me limité a escucharlo y a tomar notas. Afortunadamente, Carlos acostumbraba repetir las ideas esenciales, por lo que me resultaba fácil seguirle el ritmo. Hacia el final concedió algunas preguntas. Uno de los presentes quiso saber cuál era la posición de los brujos frente a la guerra. Su rostro reflejó incomodidad. “¿Qué quieres que te diga? -preguntó-. ¿Que son pacifistas? ¡Pues no lo son! ¡A ellos no les interesa nuestro destino como hombres comunes y corrientes! ¡Compréndanlo de una vez! Un guerrero está hecho para combatir, su descanso es la guerra”. Por lo visto, la pregunta había tocado un punto sensible de Carlos, porque se tomó su tiempo para explicar que, a diferencia de las mezquinas contiendas en las que los humanos nos involucramos cada día por intereses sociales, religiosos o económicos, la guerra del brujo no está dirigida contra los demás, sino contra sus propias debilidades. Asimismo, su paz no es la condición sumisa a la que ha sido reducido el hombre moderno, más bien, se trata de un imperturbable estado de silencio interno y disciplina. “La pasividad -dijo- es una violación de nuestra naturaleza, porque, en esencia, todos somos unos combatientes formidables. Cada ser humano es por derecho un guerrero que ha logrado su lugar en el mundo en una batalla de vida o muerte. Véanlo así, al menos una vez, como espermatozoides, todos libramos la carrera por la vida -una con-

tienda única contra millones de otros competidores- ¡y ganamos! Ahora la batalla sigue, ya que estamos atrapados en las fuerzas del mundo. Una parte de nosotros lucha por desintegrarse y morir, y la otra intenta a toda costa mantener la vida y la conciencia. ¡No hay paz! Un guerrero se da cuenta de ello y lo usa en su favor. Su interés sigue siendo el mismo que animó a aquella chispa de vida que le dio origen: el acceso a un nuevo nivel de conciencia”.

Siguió diciendo que, al socializarnos, los seres humanos hemos sido domesticados tal como se amansa a un animal, a fuerza de estímulos y castigos. “Se nos ha entrenado para vivir y morir dócilmente, siguiendo códigos de conducta antinaturales que nos ablandan, haciendo que perdamos el ímpetu inicial, hasta que el espíritu del hombre ya casi no se nota. Puesto que nacimos de la disputa, al negar nuestra tendencia básica, la sociedad en que vivimos extirpa la herencia guerrera que nos convierte en seres mágicos”. Añadió que el único camino abierto al cambio, es que nos aceptemos tal como somos para trabajar a partir de ahí. “El guerrero sabe que vive en un universo predatorial. No puede bajar la guardia. A donde quiera que mire, él ve una lucha incesante, sabe que es merecedora de respeto, porque es una lucha a muerte. Don Juan siempre se estaba moviendo, yendo o viniendo, apoyando o rechazando, provocando tensiones o descargándose como un rayo, gritando su intento o callando, haciendo algo. Estaba vivo, y su vida reflejaba el estira y afloja del universo. Él me dijo que, desde el momento en que ocurrió la explosión que nos dio origen hasta el momento de nuestra muerte, vivimos en un flujo. Esos dos episodios son únicos, porque nos preparan para enfrentar

a lo que hay más allá. ¿Y qué nos alinea con ese flujo? Una batalla incesante, que sólo un guerrero intenta; por eso vive en profunda armonía con el todo. Para un guerrero, ser armónico es fluir, no detenerse en medio de la corriente a intentar un espacio de paz artificial e imposible. Él sabe que puede dar lo mejor de sí en condiciones de máxima tensión. Por eso busca a su adversario como el gallo de pelea, con avidez, con deleite, sabiendo que el próximo paso es decisivo. Su adversario no es su semejante, sino sus propios apegos y debilidades, y su gran reto es apretar las capas de su energía para que no se expandan cuando cese la vida, para que no muera su conciencia. Háganse a ustedes mismos estas preguntas: ¿Qué estoy haciendo con mi vida? ¿Tiene un propósito? ¿Está lo suficientemente ajustada? Un guerrero acepta su destino, sea cual sea. Sin embargo, lucha por cambiar las cosas y hace de su paso por el mundo algo exquisito. Templó su voluntad de tal forma, que ya nada puede moverle de su propósito”.

Otro de los presentes levantó la mano y le preguntó cómo consiguen conciliar los brujos los principios del camino del guerrero con sus deberes ante la sociedad. Respondió: “Los brujos son libres, no aceptan compromisos con la gente. La responsabilidad es frente a uno mismo, no frente a otros. ¿Sabes para qué fue colocado en ti el poder de la percepción? ¿Has descubierto a qué propósito sirve tu vida? ¿Cancelarás tu destino animal? Estas son preguntas de brujos, las únicas que de veras pueden cambiar algo. Si te interesan los demás, ¡respóndete eso! Un guerrero sabe que lo que le da sentido a la vida es el reto de la muerte, y la muerte es un asunto personal. Es un desafío para cada uno de nosotros, que sólo los guerreros de corazón acep-

tan. Desde esta óptica, las inquietudes de la gente son sólo ego manía”. Insistió Carlos en que no perdiéramos de vista que el compromiso de un guerrero es con lo que llamó “el puro entendimiento” -un estado de ser que surge del silencio interior-, no con los apegos transitorios de la modalidad de la época en que le ha tocado vivir. Sostuvo que “el interés social es una descripción que nos han implantado. No parte de un desarrollo natural de la conciencia. Más bien, es producto de la mente colectiva, del desajuste emocional, el miedo y los sentimientos de culpa, del afán por conducir a otros o ser conducidos. El hombre moderno no lucha su batalla, libra guerras ajenas que nada tienen que ver con el espíritu. ¡Es natural que un brujo no se conmueva por ello! Mi maestro decía que él no honraba acuerdos tomados en su ausencia: ¡No estuve allí cuando decretaron que yo tenía que ser un imbécil!”. Él nació en circunstancias particularmente difíciles, pero tuvo el valor de no volverse un hombre reactivo. Afirmaba que la situación de la humanidad en general es horrenda, y que poner énfasis en ciertos grupos es una forma solapada de racismo. Solía repetir que en el mundo sólo hay dos tipos de personas, los que tienen energía y los que no la tienen. Vivía en lucha permanente contra la ceguera de sus semejantes, y sin embargo era impecable, no interfería con nadie. Cuando yo le planteaba mi preocupación por la gente, me señalaba mi incipiente papada y me decía: “No te engañes, Carlitos! Si de veras te interesa la condición humana no te tratarías como a un cerdo! Él me enseñó que sentir lástima por los demás es impropio de un guerrero, porque la lástima siempre es parte del auto reflejo. Me preguntaba, señalando a quienes encontrábamos a nuestro paso: ¿Acaso

*te crees mejor que ellos?’ Me ayudó a comprender que la solidaridad de los brujos hacia quienes les rodean parte de un comando supremo, no de un sentimiento humano. Acechando despiadadamente mis reacciones emocionales, él me llevó de la mano hasta la fuente de mis preocupaciones, y yo pude darme cuenta de que mi interés por la gente era un fraude, trataba de escapar de mí mismo transfiriendo a otros mis problemas. Me demostró que la compasión, tal como la entendemos, es una enfermedad mental, una psicosis que nos enreda cada vez más fuerte con nuestro ego’.* Era evidente que el recordar a don Juan había conmovido a Carlos. Pude notar que le embargaba una oleada de afecto.

Uno de los asistentes comentó que, al contrario de sus afirmaciones, la compasión hacia el prójimo es la idea esencial de todas las religiones. Él hizo un gesto como si espantase una mosca. “*¡Sal de eso! ¡Esos alegatos basados en la lástima son un fraude! A fuerza de repetirnos las mismas ideas, hemos sustituido el genuino interés en el espíritu del hombre por un sentimentalismo barato. Nos hemos vuelto unos compasivos profesionales, ¿y qué? ¿Qué ha cambiado? Cuando sientas que la mente colectiva presiona sobre ti, intentando convencerte de que te concentres en las apariencias del mundo, repite para tu interior esta aplastante verdad: ‘Me voy a morir, no soy importante, ¡nadie lo es!’. Saber eso es lo único que cuenta’.*” Nos puso como ejemplo de un esfuerzo mal aplicado, un burro atrapado en el fango. Cuando más se mueve, más difíciles pone las cosas. Su única salida es actuar con frialdad, tratar de zafarse de su carga y concentrarse en la inmediatez de su problema. “*Lo mismo pasa con nosotros. Somos el ser que va a morir. Fuimos programados para vivir*

*como bestias, cargando un fardo de costumbres y creencias ajenas hasta el final, ¡pero podemos cambiar eso! La libertad que nos ofrece el camino del guerrero está al alcance de la mano, ¡aprovéchenla!”*

Nos contó que cuando él era aprendiz, tenía un problema, era adicto al cigarro. Había intentado dejarlo varias veces, pero sin éxito. “*Un día don Juan me dijo que iríamos a recolectar plantas en una zona desértica y que el viaje duraría varios días. Me advirtió ‘Será mejor que lleves un paquete completo de cajetillas! Pero tienes que envolverlas muy bien, porque el desierto está lleno de animales que podrían robarlas’.* Le agradecí su atención y seguí sus indicaciones cuidadosamente. Pero al día siguiente, cuando desperté en medio del chaparral, descubrí que el paquete había desaparecido. Me desesperé; sabía que sin cigarros pronto me iba a sentir mal. Don Juan le echó la culpa de la pérdida al coyote y me ayudó a buscarlo. Después de horas de angustias, finalmente dio con el rastro del animal, al que seguimos por el resto del día, adentrándonos más y más en las montañas. Al llegar la noche, me confesó que estábamos completamente perdidos. Sin cigarros y sin saber dónde estaba, me sentí miserable. Para consolarme, él me aseguró que cerca de allí tenía que haber algún pueblo, que era asunto de caminar un poco más para llegar a algún lugar y estar a salvo. Pero el día siguiente se nos fue en buscar un camino, y luego el otro, y otro más. Así pasaron casi dos semanas. Llegó un punto en que, medio muerto de agotamiento, me dejé caer sobre la arena y me dispuse a morir. Al verme en ese estado, él trató de animarme a seguir, preguntándome: ‘*A poco ya no te interesa fumar?’.* Le miré con rabia, echándole en cara su increíble irresponsabi-

lidad, y le respondí sordamente que todo lo que quería era morirme. ¡Muy bien! -replicó con frialdad- entonces ya podemos regresar'. ¡Habíamos estado todo ese tiempo a pocos metros de la carretera! La tragedia del hombre actual no es su condición social, sino la falta de voluntad para cambiarse a sí mismo. Es muy fácil diseñar revoluciones colectivas, pero cambiar genuinamente, acabar con la autocompasión, borrar el ego, abandonar nuestros hábitos y caprichos... ¡ah, eso sí que es otra cosa! Los brujos dicen que la verdadera rebeldía y la única salida del ser humano como especie, es hacer una revolución contra su propia estupidez. Como comprenderán, se trata de una labor solitaria. El objetivo de los brujos es la revolución de los brujos, el despliegue irrestricto de nuestras posibilidades perceptuales. Yo no he conocido un revolucionario más grande que mi maestro. El no planteaba cambiar las tortillas por pan, ¡no! Se fue al fondo del asunto. Propuso el salto mortal del pensamiento, algo desconocido, la liberación de todas las ataduras. ¡Y demostró que es posible! Él me sugirió que llenase mi vida con decisiones de poder, con estrategias que me llevasen a la conciencia. Me enseñó que el orden del mundo no tiene que ser como nos han dicho, que puedo echarlo a un lado cuando quiera. No estoy obligado a mantener una imagen ante los demás, a vivir en un inventario que no me conviene. ¡Mi campo de batalla es el camino del guerrero!".

Terminada la reunión, todos sus oyentes nos alineamos para intercambiar algunas palabras con él y despedirlo. Cuando llegó mi turno, Carlos me miró de arriba a abajo y me preguntó que cómo me llamaba y por qué estaba allí. Le dije mi nombre y le expliqué que un amigo, conociendo mi interés por el tema,

me había avisado de la oportunidad. Solo comentó: "Contigo quiero hablar en privado". Un poco desconcertado por esas palabras, esperé a que terminase su ronda de saludos y lo seguí a un rincón de la sala. Allí me invitó a desayunar en su hotel al día siguiente. Le aseguré que sería un placer para mí. Entonces me dio la dirección y me dijo: "Nos vemos mañana a las nueve". Añadió que yo no debía comentar a nadie sobre nuestro encuentro y que debería ser puntual.

## LA IMPORTANCIA PERSONAL

Llegué al lobby del hotel a la hora acordada. No esperé ni un minuto y lo vi bajando las escaleras que daban acceso a las habitaciones. Nos saludamos y luego nos dirigimos al restaurante, donde nos sirvieron un delicioso desayuno. En cierto momento quise preguntarle algo, pero él me hizo señas de que cerrara la boca. Comimos en silencio. Al terminar, salimos a caminar por la calle Donceles, rumbo al Zócalo. Mientras revisábamos las librerías de segunda mano, me dijo que, por lo general, él no hablaba en privado con la gente, pero que mi caso era distinto porque había recibido una indicación al respecto. Como yo no sabía a qué se refería, preferí permanecer callado, ya que cualquier cosa que comentase no haría más que lucir mi ignorancia. Agregó que de ninguna manera debía yo confundir su deferencia con un interés personal. "He dicho muchas veces que mi condición energética me impide tomar discípulos. Por eso la gente se desilusiona conmigo, ¡pero ni modo!". Charlamos

sobre diversos temas. Me hizo muchas preguntas sobre mi vida, me pidió mi teléfono y me avisó que a la noche siguiente daría una plática en la casa de una amiga. Yo estaba invitado a asistir, pero nuestra relación debía permanecer en secreto. Le respondí que me encantaría estar presente y él me proporcionó la dirección y el horario.

En una de las librerías que visitamos encontramos un ejemplar de uno de sus libros titulado Una realidad aparte. Estaba en el estante de las obras de ficción, lo cual le molestó muchísimo. Comentó que la gente está tan atada a lo cotidiano, que ni siquiera puede concebir el misterio que nos rodea. Cuando algo se sale de lo conocido, automáticamente lo encasillamos en una cómoda categoría y luego nos olvidamos de ello. Noté que hojeaba los libros con interés y que a veces pasaba la mano con cariño sobre ellos, con un sentimiento de respeto. Dijo que aquellos, más que libros, eran depósitos de conocimiento, y que uno debería entregarse al saber no importando la forma en que éste se presente. Agregó que la información que necesitamos para acrecentar la conciencia se esconde en los lugares menos pensados, y que si no fuésemos tan rígidos como solemos ser, todo en nuestro derredor nos contaría secretos increíbles. “Sólo necesitamos abrirnos al conocimiento y éste llegará a nosotros como una avalancha”. Revisando una mesa que exhibía libros a un precio casi de regalo, se admiró de lo baratos que son los libros ya leídos en comparación con los nuevos. A su juicio, eso prueba que la gente no está buscando realmente la información. Lo que buscan es el estatus del comprador. Le pregunté qué tipo de lectura prefería y me respondió que a él le gustaba saber

de todo. Sin embargo, en esta ocasión estaba buscando un libro de poesía en particular, cierta edición antigua que jamás volvió a ser impresa. Me pidió que le ayudase a encontrarlo. Durante largo rato revolvimos montones de libros. Al final, salió con un paquete de ellos, pero no con el que buscaba. Con una sonrisa culpable, admitió: “*¡Siempre me pasa lo mismo!*”.

Cerca del mediodía nos sentamos a descansar en la banca de una plaza donde estaban los impresores ofreciendo sus servicios. Aproveché la oportunidad para confesarle que sus afirmaciones de la noche anterior me habían dejado perplejo, y le pedí que me explicase con más detenimiento en qué consistía la guerra de los brujos. Con mucha amabilidad, me explicó que era natural que ese tema me afectase, ya que yo, como el resto de los seres humanos, fui entrenado desde mi nacimiento para percibir el mundo desde el bando de las ovejas. Me contó historias de sus compañeros, y cómo habían conseguido, después de muchos años de lucha tenaz contra sus debilidades, sobreponerse a la coacción colectiva. Me aconsejó que fuese paciente y a su debido tiempo las cosas se me aclararían. Después de un rato de charla amena me dio la mano, en claro gesto de despedida. Yo no pude contener la curiosidad y le pregunté qué había querido decir con eso de que había tenido “una indicación” sobre mi persona. En lugar de responderme, él me miró con atención por encima de mi hombro izquierdo. De inmediato mi oreja se puso caliente y comenzó a zumbar. Después de un rato, me dijo que él mismo no lo sabía, porque no había podido leer la naturaleza de la señal. Pero había sido algo tan claro, que estaba obligado a prestar atención. Añadió: “Yo

no puedo guiarte, pero puedo ponerte frente a un abismo que pondrá a prueba todas tus facultades. De ti dependerá si te lanzas al vuelo o corres a esconderte en la seguridad de tus rutinas”. Sus palabras despertaron mi curiosidad. Le pregunté a qué abismo se refería. Me dijo que a mi propio sueño. Esa respuesta me estremeció. De algún modo, Carlos había notado mi dilema interior.

Al cuarto para las siete llegué a una simpática casita, allá por Cholloncan. Me recibió una agradable chica que parecía ser la dueña de la casa. Le expliqué que había sido invitado a la conferencia que daría Carlos y me hizo pasar. Nos presentamos; ella dijo llamarse Martha. En la sala había otras ocho personas. Luego llegaron dos invitados más y poco después apareció Carlos que, como siempre, nos saludó a todos con efusión. Esta vez venía vestido de un modo muy formal, de corbata y chaleco, y llevaba en la mano un portafolios que le daba un aire intelectual. Comenzó a conversar sobre asuntos diversos y, casi sin que lo notásemos, entró en el tema de su plática: cómo borrar la importancia personal.

A manera de preámbulo, afirmó que el papel relevante que nos concedemos a nosotros mismos en cada una de las cosas que hacemos, decimos o pensamos, constituye una especie de “disonancia cognitiva” que nubla nuestros sentidos y nos impide ver las cosas clara y objetivamente. “Somos como pájaros atrofiados. Nacimos con todo lo necesario para volar y, sin embargo, estamos permanentemente obligados a dar vueltas en torno a nuestro yo. El grillete que nos doblga es la importancia personal. El camino para convertir a un ser humano común y corriente en un guerrero es muy

arduo. Siempre se interpone nuestra sensación de estar en el centro de todo, de ser necesarios y tener la última palabra. Nos creemos importantes. Y cuando uno es importante, cualquier intento de cambio se torna un proceso lento, complicado y doloroso. Ese sentimiento nos aísla. Si no fuera por él, todos fluiríamos en el mar de la conciencia y sabríamos que nuestro yo no existe para sí, su destino es alimentar al Águila. La importancia crece en el niño en la medida que éste perfecciona su comprensión social. Nos han enseñado a construir un mundo de concordancias al cual referirnos, para que podamos comunicarnos entre nosotros. Pero ese don incluyó una embarazosa secuela: nuestra idea del ‘yo’. El yo es una construcción mental, vino de fuera y es tiempo de que nos deshagamos de él”.

Afirmó Carlos que las fallas en que incurrimos al comunicarnos, son una prueba de que la concordancia que hemos recibido es absolutamente artificial. “Después de experimentar durante milenios con situaciones que alteran nuestros modos de percibir el mundo, los brujos del antiguo México descubrieron un hecho portentoso: que no estamos obligados a vivir en una sola realidad, porque el universo está construido con principios muy plásticos que pueden acomodarse en formas casi infinitas, produciendo innumerables gamas de percepción. A partir de esta verificación, dedujeron que lo que los seres humanos recibimos de fuera fue la capacidad de fijar nuestra atención en una de esas gamas para explorarla y reconocerla, amoldándonos a ella y aprendiendo a sentirla como si fuese única. Así surgió la idea de que vivimos en un mundo exclusivo y, en consecuencia, se generó el sentimiento de ser un ‘yo’ individual. No hay dudas de que la descripción que



nos han dado es una posesión valiosa, semejante a la estaca a la que se ata un arbolito tierno para fortalecerlo y conducirlo. Nos ha permitido crecer como personas normales en una sociedad amoldada a esa fijeza. Para ello tuvimos que aprender a ‘desnatar’, es decir, a hacer lecturas selectivas del enorme volumen de datos que llega a nuestros sentidos. Pero, una vez que esas lecturas se convierten en ‘la realidad’, la fijeza de la atención funciona como un ancla, pues nos impide tomar conciencia de nuestras increíbles posibilidades. Don Juan sostenía que el límite de la percepción humana es la timidez. Para poder manejar el mundo que nos rodea, hemos tenido que renunciar a nuestro patrimonio perceptivo, que es la posibilidad de atestiguarlo todo. De ese modo, sacrificamos el vuelo de la conciencia por la seguridad de lo conocido. Podemos vivir vidas fuertes, audaces, sanas, podemos ser unos guerreros impecables, ¡pero no nos atrevemos! Nuestra herencia es una casa estable donde vivir, pero nosotros la hemos convertido en una fortaleza para la defensa del yo, o mejor dicho, en una cárcel donde condenamos a nuestra energía a debilitarse en cadena perpetua. Nuestros mejores años, sentimientos y fuerzas se nos van en reparar y apuntalar la casa, porque hemos llegado a identificarnos con ella. Para cuando el niño se vuelve un ser social, ha adquirido una falsa convicción de su propia importancia, y lo que en un principio era un sentimiento sano de auto preservación, termina transformándose en un reclamo ególatra de atención. De todos los regalos que hemos recibido, la importancia personal es el más cruel. Convierte a una criatura mágica y llena de vida en un pobre diablo pedante y sin gracia”.

Señalando para sus pies, dijo que el sentir-

nos importantes nos obliga a hacer cosas absurdas. “¡Fíjense en mí! Una vez me compré unos zapatos muy finos, que pesaban casi un kilo cada uno. ¡Me gasté como quinientos dólares para andar arrastrando mis zapatotes por ahí! Por causa de nuestra importancia, estamos repletos hasta los bordes de rencores, envidias y frustraciones, nos dejamos guiar por los sentimientos de complacencia y huimos de la tarea de conocernos a nosotros mismos con pretextos como ‘me da flojera’ o ‘¡que cansado!’”. Detrás de todo eso hay un desasosiego que intentamos acallar con un diálogo interno cada vez más denso y menos natural”. En este punto de su plática, Carlos hizo un alto para responder algunas preguntas y aprovechó para contarnos diversas historias aleccionadoras sobre el modo en que la importancia deforma a los seres humanos, transformándolos en cascarones rígidos frente a los cuales un guerrero no sabe si reírse o llorar. “Después de estudiar durante algunos años con don Juan, me sentí tan espantado de sus prácticas que me alejé por un tiempo. No podía aceptar lo que él y mi benefactor me hacían. Me parecía inhumano, innecesario, y anhelaba un trato más dulce. Aproveché para visitar a diversos maestros espirituales de todo el mundo a fin de encontrar en sus doctrinas alguna enseñanza que justificase mi deserción. En cierta ocasión conocí a un gurú californiano que se creía la gran cosa. Me admitió como su discípulo y me dio la tarea de pedir limosnas en una plaza pública. Considerando que era una experiencia nueva para mí y que probablemente sacaría una importante lección de todo ello, hice acopio de valor y cumplí con su encargo. Cuando regresé a verlo, le dije: ‘¡Ahora hazlo tú!’. Se disgustó conmigo y me expulsó de la clase. En otro de mis



viajes fui a ver a un conocido maestro hindú. Me presenté en casa desde temprano y formé fila con otros curiosos. Pero el señor nos tuvo esperando durante horas. Cuando apareció, en lo alto de una escalera, tenía un aspecto condescendiente, como si nos estuviese haciendo un gran favor en admitirnos. Comenzó a descender los escalones muy dignamente, pero sus pies se enredaron en su amplia túnica, cayó al suelo y se rajó la cabeza. Murió allí mismo, frente a nosotros.”

En otra ocasión, Carlos nos dijo que el demonio de la importancia no sólo afecta a los que se creen maestros, sino que es un problema general. Uno de sus baluartes más firmes es la apariencia personal. “Ese era un punto por el que siempre me sentí dolido. Don Juan solía atizar mi resentimiento burlándose de mi estatura. Me decía: ‘Entre más chaparro, más ego maniático! Eres pequeño y malo como una chinche; ¡no te queda otra cosa que ser famoso, porque de otro modo no existes!’ Afirmaba que el mero hecho de verme le daba ganas de vomitar, por lo que estaba infinitamente agradecido conmigo. Yo me ofendía con sus comentarios, porque tenía la convicción de que exageraba mis defectos. Pero un día entré en una tienda de Los Ángeles y pude comprender que él tenía toda la razón. Escuché que un individuo decía a mi lado: ‘¡Shorty!’ (corto), y me sentí tan irritado que, sin pensarlo dos veces, me voltee y le pegué con fuerza en la cara. Después supe que el hombre no había dicho eso por mí, sino porque se había quedado corto con su cambio. Uno de los consejos que nos dio don Juan fue que, durante nuestra formación como guerreros, nos abstuviéramos de emplear lo que él llamaba ‘herramientas para la perpetuación del yo’.

Incluía en esa categoría objetos tales como los espejos, la

exhibición de títulos académicos y los álbumes de fotos con historia personal. Los brujos de su grupo tomaban ese consejo en forma literal, pero a los aprendices no nos importaba. Sin embargo, por alguna razón, yo interpreté su comando en forma extrema, y desde entonces ni siquiera permito que me tomen fotografías. Cierta vez, mientras daba una conferencia, expliqué que las fotos son una perpetuación del auto reflejo, y que mi renuencia tenía como objeto el mantener una cómoda incógnita en torno a mi persona. Después me enteré que cierta señora que estaba entre los asistentes y que se las daba de guía espiritual, había comentado que, si ella tuviese mi cara de mesero mexicano, tampoco se dejaría fotografiar”.

“Al observar las mañas de la importancia personal y el modo homogéneo con que contamina a todo el mundo, los videntes han dividido a los seres humanos en tres categorías, a las que don Juan les puso los nombres más ridículos que pudo conseguir: los orines, los pedos y los vómitos. Todos cabemos en una de ellas. Los orines se caracterizan por su servilismo; son adulones, pegajosos y empalagosos. Es el tipo de gente que siempre te quiere hacer un favor; te cuidan, te previenen, te apapachan; ¡tienen tanta compasión! Pero de ese modo enmascaran el hecho real, que no tienen iniciativa propia y por sí solos nunca llegan a nada. Necesitan de un comando ajeno para sentir que están haciendo algo. Y, para su desgracia, dan por sentado que los demás son tan amables como ellos; por eso siempre están dolidos, decepcionados y llorosos. Los pedos, en cambio, son el extremo opuesto. Irritantes, mezquinos y autosuficientes, constantemente se imponen e interfieren. Una vez que te agarran, no te dejan en paz. Son las personas

más desagradables con quienes te puedas topar. Si estás tranquilo, llega el pedo y te enrolla en sus jaladas, te usa en lo posible. Tienen un don natural para ser maestros y líderes de la humanidad. Son los que matan por conservar el poder. Entre ambas categorías están los vómitos. Neutrales, ni se imponen ni se dejan orientar. Son presumidos, ostentosos y exhibicionistas. Dan la impresión de que son la gran cosa, pero no son nada. Todo es alarde. Son caricaturas de gente que se creen demasiado, pero, si no les prestas atención, se deshacen en su insignificancia.” Alguien del público le preguntó si la pertenencia a una de esas categorías es una característica obligatoria, es decir, una condición innata de nuestra luminosidad. Respondió: “Nadie nace así, ¡nos hacemos así! Caemos en una u otra de esas clasificaciones por causa de algún incidente mínimo que nos marcó cuando niños, como puede ser la presión de nuestros padres u otros factores imponderables. A partir de ahí, y a medida que crecemos, nos vamos involucrando de tal modo en la defensa del yo, que llega un momento en que ya no recordamos el día en que dejamos de ser auténticos y comenzamos a actuar. Para cuando un aprendiz entra al mundo de los brujos, su personalidad básica está tan formada que ya nada puede hacer por anularla y sólo le queda retirarse de todo eso. Pero, a pesar de que no es nuestra condición congénita, los brujos pueden detectar el tipo de importancia que nos concedemos a través de su ver, porque el amoldar nuestro carácter durante años produce deformaciones permanentes en el campo energético que nos rodea”.

Siguió explicando Carlos que la auto importancia se alimenta de la misma clase de energía que nos permite ensoñar. Por lo tanto, perderla es

la condición básica del nagualismo, pues libera para nuestro uso un excedente de energía; además, porque sin esa precaución, el sendero del guerrero podría convertirnos en unos aberrados. “Eso es lo que le ha pasado a muchos aprendices: comenzaron bien, ahorrando su energía y desarrollando sus potencialidades. Pero no se dieron cuenta de que, a medida que accedían al poder, también nutrían en su interior un parásito. Si vamos a ceder a las presiones del ego, es preferible que lo hagamos como hombres comunes y corrientes, porque un brujo que se considera importante es lo más triste que hay. La importancia personal es traicionera; puede enmascararse bajo una fachada de humildad casi impecable, pues no tiene prisas. Después de toda una vida de prácticas, le basta con un mínimo descuido, un pequeño traspié y ahí está, de nuevo, como un virus que fue incubado en silencio, o como esas ranas que esperan durante años bajo la arena del desierto, y con las primeras gotas de lluvia despiertan de su letargo y se reproducen. Teniendo en cuenta su naturaleza, es deber de un benefactor espolear la importancia de su aprendiz hasta que estalle. No puede tener piedad. El guerrero debe aprender a ser humilde por el camino más arduo o no tendrá la menor oportunidad frente a los dardos de lo desconocido. Don Juan fustigaba a sus discípulos hasta la crueldad. Nos recomendaba una vigilancia de veinticuatro horas diarias para mantener a raya al pulpo del yo. ¡Por supuesto que no le hacíamos caso! Excepto Eligio, el más adelantado de los aprendices, todos los demás nos entregábamos de una manera vergonzosa a nuestras propensiones. En caso de la Gorda, eso fue fatal.” Contó la historia de María Elena, una discípula aventajada de don Juan que había desarrol-

lado un gran poder como guerrera, pero no supo controlar los vicios de su etapa humana. “Ella pensó que lo tenía todo bajo control y no era así. Le quedaba un interés muy egoísta, un apego personal; esperaba cosas del grupo de guerreros y eso la acabó. La Gorda se sentía ofendida conmigo porque me consideraba incapaz de conducir a los aprendices hasta la libertad y nunca me aceptó como el nuevo nagual. Una vez que la fuerza directiva de don Juan desapareció, ella comenzó a reprocharme mi insuficiencia, o más bien mi anomalía energética, sin tener en cuenta que eso era un comando del espíritu. Poco después, se alió con los Genaros y las Hermanitas y comenzó a conducirse como si ella fuese el líder de la partida. Pero lo que terminó de exasperarla fue el éxito público de mis libros. Cierta día, en un arranque de autosuficiencia, nos reunió a todos, se paró ante nosotros y gritó: ‘Bola de pendejos! ¡Yo me voy!’. Ella conocía el ejercicio del fuego interior, mediante el cual podía mover su punto de encaje hasta el mundo del nagual para reunirse con don Juan y don Genaro. Pero esa tarde estaba muy agitada. Algunos de los aprendices trataron de calmarla y eso la enfureció aún más. Yo no podía hacer nada, la situación había abrumado mi poder. Después de un esfuerzo brutal y nada impecable, le dio una embolia cerebral y cayó muerta. Lo que la mató fue su egomanía”.

Como moraleja de esta extraña historia, Carlos añadió que un guerrero nunca se deja llevar hasta la locura, porque morir de un ataque de ego es la más estúpida manera de morir. “La importancia personal es homicida, trunca el libre flujo de la energía y eso es fatal. Ella es responsable de nuestro fin como individuos y llegará el día en que nos termine como especie. Cuando

un guerrero aprende a echarla a un lado, su espíritu se despliega, jubiloso, como un animal salvaje que es liberado de su jaula y puesto en libertad. La importancia personal se puede combatir de diversas maneras, pero primero hay que saber que está ahí. Si tienes un defecto y lo reconoces, ¡ya es la mitad! Así que, ante todo, dense cuenta. Tomen una cartulina y escriban sobre ella: ‘La importancia personal mata’, y cuélguenla en el lugar más visible de la casa. Lean esa frase cada día, traten de recordarla en sus trabajos, mediten sobre ella. Quizá llegue el momento en que su significado penetre en su interior y se decidan a hacer algo. El darse cuenta es de por sí una gran ayuda, porque la lucha contra el yo genera su propio ímpetu. Ordinariamente, la importancia personal se alimenta de nuestros sentimientos, que pueden ir desde el deseo de caer bien y ser aceptados por los demás, hasta la petulancia y el sarcasmo. Pero su área favorita de acción es la lástima por uno mismo y por quienes nos rodean. De manera que, para acecharla, ante todo tenemos que descomponer nuestros sentimientos en sus mínimas partículas, detectando las fuentes de las cuales se nutren. Los sentimientos rara vez se presentan en forma pura. Se enmascaran. Para cazarlos como conejos, tenemos que proceder finamente, con estrategias, porque son rápidos y no se puede razonar con ellos. Comenzamos por las cosas más evidentes, como: ¿qué tan en serio me tomo? ¿Cuán apegado estoy? ¿A qué dedico mi tiempo? Estas son cosas que podemos empezar a cambiar, acumulando la suficiente energía como para liberar un poquito de atención, que a su vez nos permitirá adentrarnos más en el ejercicio. Por ejemplo, en lugar de pasar hora tras hora viendo la tele, yendo de compras o conversando con nuestros

*amigos sobre cosas intrascendentes, podríamos dedicar una pequeña parte de ese tiempo a hacer ejercicios físicos, a recapitular nuestra historia o bien a ir solos a un parque, quitarnos los zapatos y caminar descalzos sobre la hierba. Parece algo sencillo, pero con esas prácticas nuestro panorama sensorial se redimensiona. Recuperamos algo que siempre estuvo ahí y que habíamos dado por perdido. A partir de esos pequeños cambios, podemos analizar elementos más difíciles de detectar, en los cuales nuestra vanidad se proyecta hasta la demencia. Por ejemplo, ¿cuáles son mis convicciones? ¿Me considero inmortal? ¿Soy especial? ¿Merezco que me tomen en cuenta? Este tipo de análisis se mete en el campo de las creencias -la mera fortaleza de los sentimientos-, así que deben emprenderlo a través del silencio interno y sellando un compromiso muy ferviente con la honestidad. De otro modo, la mente saldrá con todo tipo de justificaciones”.*

Añadió Carlos que estos ejercicios hay que hacerlos con un sentido de alarma, porque, en verdad, se trata de sobrevivir a un poderoso ataque. “Dense cuenta de que la importancia personal es un veneno implacable. No nos queda tiempo, el antídoto es la urgencia. ¡Es ahora o nunca! Una vez que hayan diseccionado sus sentimientos, deben aprender a reencauzar sus esfuerzos más allá del interés humano, hasta el sitio de la no-compasión. Para los videntes, ese sitio es un área de nuestra luminosidad tan funcional como lo es el área de la racionalidad. Podemos aprender a evaluar el mundo desde un punto de vista desapegado, tal como aprendimos, siendo niños, a juzgarlo a partir de la razón. Sólo que el desapego, como punto de enfoque, está mucho más cerca del temple del guerrero.

*Sin esa precaución, la revoltura emocional resultante del ejercicio de acechar a nuestra importancia puede ser tan dolorosa, que uno puede verse llevado al suicidio o la demencia. Cuando aprende a contemplar el mundo desde la no-compasión, intuyendo que detrás de toda situación que implique desgaste energético hay un universo impersonal, el aprendiz deja de ser un nudo de sentimientos y se convierte en un ser fluido. El problema de la compasión es que nos obliga a ver al mundo a través de la autoindulgencia. Un guerrero sin compasión es una persona que ha ubicado su voluntad en el centro de la frialdad y ya no se complace en el ‘pobrecito de mí’. Es un individuo que no siente piedad por sus debilidades, a aprendido a reírse de sí mismo”.*

“Un modo de definir la importancia personal, es entendiéndola como la proyección de nuestras debilidades a través de la interacción social. Es como los gritos y actitudes prepotentes que adoptan algunos animales pequeños para disimular el hecho de que, en realidad, no tienen defensas. Somos importantes porque tenemos miedo, y mientras más miedo, más ego. Sin embargo, y afortunadamente para los guerreros, la importancia personal tiene un punto débil, y es que depende del reconocimiento para subsistir. Es como el papalote, que necesita de una corriente de aire para subir y mantenerse en lo alto; de otro modo cae en picada y se rompe. Si no le damos importancia a la importancia, ésta se acaba. Sabiendo esto, un aprendiz renueva sus relaciones. Aprende a huir de quienes le consienten y frecuenta a aquellos a los que nada humano les importa. Busca la crítica, no la adulación. Cada cierto tiempo comienza una vida nueva, borra su historia, cambia de nombre, explora nuevas personalidades, anula la sofocante per-

sistencia de su ego y se lleva a sí mismo a situaciones límite, en las cuales lo auténtico se ve forzado a asumir el mando”.

“Un cazador de poder no se tiene lástima, no busca el reconocimiento ante los ojos de nadie. La no-compasión es sorpresiva. Se intenta poco a poco, durante años de presión continua, pero ocurre de golpe, como una vibración instantánea que rompe nuestro molde y nos permite mirar al mundo desde una serena sonrisa. Por primera vez en muchos años, nos sentimos libres del terrible peso de ser nosotros mismos y vemos la realidad que nos rodea. Una vez ahí ya no estamos solos; un increíble empujón nos aguarda, una ayuda que viene de las entrañas del Águila y nos transporta en un milisegundo a universos de sobriedad y cordura. Al no tenernos lástima, podemos enfrentar con elegancia el impacto de nuestra extinción personal. La muerte es la fuerza que da al guerrero valor y moderación. Sólo mirando a través de sus ojos nos volvemos conscientes de que no somos importantes. Entonces ella viene a morar a nuestro lado y comienza a transmitirnos sus secretos. El contacto con su intrascendencia deja una marca indeleble en el carácter del aprendiz. Este comprende de una vez que toda la energía del universo está conectada. No hay un mundo de objetos que se relacionan entre sí a través de leyes físicas. Lo que existe es un panorama de emanaciones luminosas inextricablemente ligadas, en el cual podemos hacer interpretaciones en la medida que nos lo permita el poder de nuestra atención. Todas nuestras acciones cuentan, porque desencadenan aludes en el infinito. Por eso ninguna vale más que la otra, ninguna es más importante que la otra. Esa visión corta de tajo la propensión que tenemos a ser indulgentes con

nosotros mismos. Al ser testigo del vínculo universal, el guerrero se hace presa de sentimientos encontrados. Por un lado, júbilo indescriptible y una reverencia suprema e impersonal hacia todo lo que existe. Por el otro, un sentido de lo inevitable y tristeza profunda, que nada tiene que ver con la autocompasión; una tristeza que viene del seno del infinito, una ráfaga de soledad que no se disipa nunca. Ese sentimiento depurado da al guerrero la sobriedad, la finura, el silencio que necesita para intentar allí donde todas las razones humanas fracasan. En tales condiciones, la importancia personal fenece por sí misma”.

## EL CAMINO DEL GUERRERO

Cierta mañana recibí una llamada telefónica y, para mí sorpresa, era Carlos. Me dijo que llegaría al aeropuerto de la ciudad de México en unas cuatro horas y que si podía ir por él. Le respondí que me daría mucho gusto. Entonces me proporcionó el número de su vuelo. Calculé que me estaba hablando desde el aeropuerto de Los Ángeles, ya que ese es el tiempo requerido para el viaje. Cuando llegó, lo acompañé a resolver algunos asuntos relacionados con la impresión de su libro. Después nos fuimos a platicar a un café. Antes de despedirnos, quedamos en que nos veríamos en la conferencia que iba a dar esa noche. El clima estaba terrible; quizás por eso, cuando llegué a la casa donde nos habíamos dado cita, encontré que sólo habían llegado unos cuantos de los invitados. Coloqué mi abrigo impregnado en agua en

el respaldo de una silla y me senté en un rincón, cerca de Carlos.

El núcleo de sus afirmaciones de esa noche fue que el universo en su gran totalidad es femenino y de naturaleza predatoria, y que en él se libra una tenaz batalla por la conciencia donde, como siempre, el más fuerte absorbe al más débil. *“Sólo que, a escala cósmica, la fortaleza de un ser no se mide por sus alcances físicos, sino por su capacidad para manipular la conciencia. En consecuencia, si hemos de dar el siguiente paso evolutivo, ha de ser mediante disciplina, determinación y estrategia. Esas son nuestras armas. A través de su ver, los brujos atestiguan ese enfrentamiento y toman su lugar en él, preparados para lo peor y sin quejarse por los resultados. Por su pronta disposición para el combate se han ganado el título de ‘Guerreros’. Un guerrero considera que el mundo en que vivimos es un gran misterio, y ese misterio está ahí para ser develado por quienes lo buscan con deliberación. Esa actitud de osadía conmueve en ocasiones los tentáculos de lo desconocido, haciendo que el espíritu se manifieste.”*

Nos explicó que la osadía del guerrero nace de su contacto con su muerte inminente. Narró la historia de una chica que un día llegó a la oficina de su editor, puso una esterilla en el suelo, se sentó sobre ella y le dijo: “¡De aquí no salgo hasta hablar con Carlos Castaneda!” Todos los intentos por disuadirla de su propósito fueron inútiles, pues la chica permaneció inflexible. Entonces el editor llamó a Carlos por teléfono y le avisó que una vieja loca exigía su presencia. *“¿Qué podía hacer yo? Me fui para allá y me presenté ante ella. Cuando le pregunté el porqué de su extraña conducta, me dijo que, estando mortalmente enferma,*

*había ido al desierto a morir. Pero, mientras meditaba en soledad, comprendió que aún no lo había agotado todo y decidió jugar su última carta. Eso, para ella, significaba conocer en persona al nagual. Impresionado por su relato yo le hice una proposición única: ‘Déjalo todo y ven al mundo de los brujos’. Me respondió en el acto: ‘¡Juega!’ Cuando escuché su respuesta se me erizaron los pelos, porque eso mismo era lo que me decía don Juan: ‘Si vamos a jugar, ¡órale, jugamos! Pero jugamos a muerte’. Así es el sentimiento del brujo frente a su destino: ‘Apuesto mi vida en este intento, nada menos. Sé que mi fin me espera en cualquier parte y no hay nada que yo pueda hacer para evitarlo. Así que mi camino va en serio, acepto la responsabilidad de vivir plenamente, voy a arriesgarlo todo en una sola mano’. Un guerrero sabe que no hay garantía de triunfo frente a la muerte. Aún así, libra su batalla, no porque crea que va a ganar, sino por la emoción de la guerra misma. Para él, dar su guerra es ya una victoria. Y mientras lucha se regocija, porque, para quien ya ha muerto, cada segundo de vida es un regalo.”*

Siguió diciendo que lo que hace posible que el mundo exista tal como lo vemos, es la atención de uno mismo y la de todos nuestros semejantes, vertida a la vez y enlazada en una apretada red de interpretaciones cuya fortaleza es el estar de acuerdo. Uno de los presentes le pidió que aclarase ese asunto. Explicó: *“Verás, el dominio de la atención es de suma importancia en el camino de los brujos, porque es la materia prima de la creación. En todos los mundos, los grados de la evolución se miden por la capacidad de darse cuenta. A fin de manipular y entender las emanaciones que llegan a nuestros sentidos, los brujos desarrollan el poder*



*de su atención, aguzándola a través de la disciplina hasta niveles exquisitos que les permiten trascender las limitaciones humanas y consumir todas las posibilidades de la percepción. Su concentración es tan intensa, que ellos pueden perforar la gruesa coraza de las apariencias, exponiendo la esencia misma de las cosas. A ese grado de conciencia acrecentada los videntes le llaman 'ver'. Aún cuando a los ojos ajenos la fijeza de la atención puede manifestarse como terquedad, obsesión o fanatismo, para el practicante no es más que disciplina."* Nos advirtió que no confundiéramos la disciplina de los brujos con los esquemas repetitivos de la gente. *"La disciplina, tal como la entiende el guerrero, es creativa, abierta y produce libertad. Es la capacidad de encarar a lo desconocido, transformando la sensación de saber en asombro reverente; de plantearnos objetivos que excedan el alcance de nuestros hábitos y atrevernos a enfrentar la única guerra que vale la pena: la del conocimiento. Es el valor para aceptar las consecuencias de nuestras acciones, sean las que sean, sin sentimientos de autocompasión o culpa. Tener disciplina es la clave en el manejo de la atención, porque nos lleva a la voluntad. Y esta nos permite modificar el mundo hasta que quede tal y como queremos, no como nos fue impuesto desde afuera. Por tal razón, para los guerreros, la voluntad es la antesala del intento. Su poder es tan grande que, al enfocarla en un objetivo, ellos pueden producir los más asombrosos efectos."*

Como ejemplo, nos contó diversas historias sobre eventos extraordinarios de los cuales afirmó haber sido testigo. Sostuvo que en el fondo de cada una de las portentosas acciones de los brujos, hay una vida de disciplina, sobriedad, desapego y capacidad

de análisis. Tales atributos, los más apreciados de un guerrero, constituyen en su conjunto el estado de ser que ellos llaman impecabilidad. Siguió explicándonos que la impecabilidad no tiene nada que ver con una posición mental, una creencia o algo por el estilo. Es consecuencia del ahorro de energía. *"Un guerrero acepta con humildad aquello que él es, y no pierde su poder lamentando que las cosas no hayan sido de otro modo. Si una puerta está cerrada, ¡uno no le pega de patadas y puñetazos! Más bien, examina con atención la cerradura y busca cómo abrirla. De igual modo, si su vida no es satisfactoria, el guerrero no se ofende ni se queja. Por el contrario, diseña estrategias para alterar el curso de su destino. Si aprendemos a cortar nuestra autocompasión, y al mismo tiempo ponemos sitio a la fortaleza del yo, nos volveremos conductos del intento cósmico y canalizaremos en nuestro favor torrentes de energía. Para fluir de esa manera, debemos aprender a confiar en nuestros recursos y comprender que nacimos con todo lo que necesitamos para la extravagante aventura que es nuestra vida. Como guerrero, cada hombre o mujer que se adentra en los caminos de la brujería sabe que es responsable por sí mismo. No mira a los lados buscando aprobación o tratando de descargar en otros sus frustraciones. Don Juan me decía: 'Lo que buscas está en ti mismo. Lucha para que tus acciones sean finales y tu brillo propio ¡Comprométete internamente antes de que sea demasiado tarde!'. El aspecto de la impecabilidad que más atañe a nuestra vida cotidiana, es saber hasta dónde el ejercicio de nuestra libertad afecta a otros y evitar los roces a toda costa. Ocasionalmente nuestras relaciones con los demás generan fricciones y expectativas. Un brujo en pie de lucha se cuida de esos*

roces y se convierte en un cazador de señales. Si no hay señales, él no interactúa con la gente; se limita a esperar, porque, así como no tiene tiempo, tiene toda la paciencia del mundo. Sabe que hay demasiado en juego y no está dispuesto a arruinarlo todo por un paso en falso. Como no se desespera por tratar con nadie, el guerrero puede elegir sus afectos con sobriedad y desprendimiento, cuidando en todo momento que las personas con las cuales accede a tratar sean compatibles con su energía. El secreto para tener tal claridad de visión consiste en identificarse y no identificarse. El brujo se identifica con lo abstracto, no con el mundo. Eso le permite ser independiente y cuidarse solo.”

A continuación nos contó una historia sobre un tipo que se consideraba a sí mismo un gran guerrero, pero cada vez que tenía problemas en su casa y su esposa no le hacía de comer o no le lavaba y planchaba la ropa, se hundía en el caos. Después de mucho batallar con esa situación, el hombre se decidió a introducir un cambio radical en su vida; pero, en lugar de reformar su carácter, como era lo debido, cambió de esposa. “Dense cuenta de que, frente a su destino, cada uno de nosotros está solo. Así que tomen el mando de su propia vida. Un guerrero pule los detalles, desarrolla su imaginación y pone a prueba su ingenio para resolver las situaciones. Es inconcebible que se sienta desvalido, porque tiene autodominio y no necesita nada de nadie. Al concentrarse en los detalles, aprende a cultivar la finura, la sutileza y la elegancia. Don Vicente Medrano decía que la belleza de esta guerra radica en las puntadas que no se ven. Esa es la marca registrada del brujo, los remates del intento. El don de la independencia y el domino sobre los detalles producen la capa-

cidad de persistir allí donde otras personas desistirían. Al llegar a este punto, el guerrero se encuentra apenas a un paso de la conducta impecable. La impecabilidad nace de un equilibrio delicado entre nuestro ser interno y las fuerzas del mundo exterior. Es un logro que requiere esfuerzo, tiempo y dedicación, y estar permanentemente atento al objetivo para que el propósito final no se disipe. Pero, sobre todo, requiere persistencia. La persistencia derrota a la apatía; es tan simple como eso. El umbral de la magia es un intento sostenido más allá de lo que parecía posible, deseable o razonable. Es una cabriola mental, un ponerse en sintonía con la voluntad de las emanaciones del Aguila y permitir que su comando afloje la rigidez de nuestros límites. Pero pocos están dispuestos a pagar el precio, a caminar la milla extra.” Confesó que, en varias ocasiones, él mismo estuvo a punto de abandonar a su maestro, abrumado por la magnitud de la tarea que éste le deparaba. Lo que le salvó, en todo caso, fue lo que calificó como “el segundo aire”, una oleada de energía que el guerrero saca de sí mismo cuando todo parece perdido. “Muchos aprendices, después de buscar durante años y no viendo satisfechas sus expectativas, se retiran decepcionados, sin saber que quizás ya se encontraban a sólo unos pasos de su meta.” Sacudió la cabeza y comentó con tristeza: “No hay que morir en la playa después de haber nadado tanto... Una vez que ha acumulado flexibilidad, humildad, sentido de la independencia, control sobre los detalles y persistencia, un guerrero en busca de la impecabilidad sabe que cuenta con el poder de su decisión. Está facultado para hacer o no hacer, según le convenga, y nadie puede obligarlo a nada. Es en este punto donde él necesita, como nunca, ser dueño



de sus emociones y de su mente, porque la claridad aunada al poder forman una mezcla explosiva y le es fácil al hombre cometer temeridades.”

*“El camino del guerrero es el del ahorro de la energía; todo lo que vaya en contra de eso atenta contra su intención de ser impecable. Pero, a veces, por causa de los excedentes de poder que se han ido acumulando en su luminosidad, las circunstancias pueden tornarse particularmente duras para él. Su dilema es el mismo que enfrenta el volador de ala delta que, tras haberse esforzado durante horas para subir a lo alto de una montaña cargando su pesado equipo, encuentra que las condiciones climáticas no son las más apropiadas para el lanzamiento. En tales circunstancias, le es más fácil a ese atleta decidirse a saltar que decidirse a permanecer en tierra. Si no ha aprendido a controlar adecuadamente sus decisiones, lo más probable es que salte hacia su muerte. De igual modo, en ocasiones el aprendiz olvida que el objetivo no es quedar bien con su ego, y accede a enfrentarse a situaciones más fuertes que él. Esto no sólo puede ser fatal, sino que constituye una grave indisciplina que lo atasca en los laberintos del poder. En estos casos, el poder se convierte en su verdugo. Un guerrero del conocimiento no se entrega a la emoción de la guerra sin ton ni son. Primero observa las condiciones, calibra sus posibilidades y establece sus puntos de apoyo, y luego, dependiendo de esta evaluación, se lanza o se retira sin el menor titubeo. No se trata de dar golpes a ciegas, sino de hacer de sus pasos un ejercicio inmaculado de estrategia. El aprendiz que no aprende a tiempo a decidir cómo, cuándo y con quién ha de entrar en batalla, es discontinuado, ya sea porque lo maten o porque lo derroten tantas veces que no pueda volver a*

*levantarse. El desafío final del guerrero es equilibrar todos los atributos de su camino. Una vez que lo consigue, su propósito se torna inflexible. Ya no se mueve por un desesperado interés de ganancia. Es dueño de la voluntad y puede ponerla a su servicio personal. Al llegar a ese punto, el guerrero ha aprendido a ser impecable y todo depende de sus reservas de energía para que siga siéndolo.”*

Puso como ejemplo de lo anterior a un aprendiz que utiliza sus recién ganados poderes para hacerse rico. A continuación se enfrenta a una disyuntiva, caer en el “quiero esto, quiero aquello”, o cultivar el intento. En el primer caso, ha llegado al tope de su camino, porque, no importa cuánta energía les dedique, los anhelos del ego realmente nunca se llegan a satisfacer. En el segundo, en cambio, ha encontrado su ruta a la libertad. *“El intento es la sintonía de nuestra atención con la conciencia cósmica, la cual transforma nuestras voliciones en los comandos del Águila. Hay que ser osado para intentarlo deliberadamente, pero una vez allí, todo es posible. Su intento permite a los brujos vivir en un mundo no cotidiano y proponerse un destino de libertad. Para ellos, la libertad es un hecho, no una utopía. Debido a que desconoce los principios del camino del guerrero, el hombre moderno se ha metido en una trampa endemoniada, compuesta de intereses familiares, religiosos y sociales. Trabaja ocho horas diarias para mantener funcionando su sistema de vida. Luego regresa a casa, donde le espera la esposa de siempre y uno hijos idénticos a otro billón de hijos, que le pedirán las cosas de siempre, obligándole a seguir en la cadena, hasta que sus fuerzas se agotan y se convierte en un objeto inservible que rumia sus me-*

*morias en un rincón de la casa. Le dijeron que eso es la felicidad, pero él no se siente feliz, se siente atado. ¡Sean guerreros, detengan eso! ¡Dense cuenta de sus potencialidades y libérense de lo que sea! No se pongan límites. Si pueden violar la fuerza de la gravedad y volar, ¡qué bueno! Y si aún les queda ímpetu para retar a la muerte y comprarse un boleto a la eternidad, ¡eso sí que es tremendo! ¡Arriésguense! ¡Sálganse de la trampa del auto reflejo y atrévanse a percibir todo lo que es humanamente posible! Un guerrero del conocimiento se esfuerza por ser auténtico y no acepta matices, porque el objeto de su lucha es la libertad total.”*

## CONCIENCIA DE LA MUERTE

Durante años, la necesidad de entender el mundo me había llevado a almacenar un montón de explicaciones científicas o religiosas sobre casi todo, cuyo denominador común era una gran confianza en la continuidad del hombre. Al ayudarme a enfocar el universo con ojos de brujo, Carlos destruyó en mí esa sensación. Me hizo ver que la muerte es una realidad inapelable y que soslayarla con creencias de segunda mano es vergonzoso. En cierta oportunidad alguien le preguntó: “Carlos, ¿qué expectativas tienes para el futuro?” Saltó: “¡No hay expectativas! ¡Los brujos no tienen mañana!” Esa noche nos habíamos reunido un grupo bastante grande de interesados, en el auditorio de una residencia privada, por la zona de San Jerónimo. Cuando llegué, ya Carlos había hecho acto de presencia y se dedicaba, muy sonriente, a responder

algunas preguntas. Su tema inicial fue lo que definió como “el no-hacer”, una actividad especialmente diseñada para desterrar de nuestras vidas todo vestigio de cotidianidad. Afirmó que el no-hacer es el ejercicio favorito de los aprendices, porque les introduce en un ámbito de maravilla y desconcierto muy refrescante para la energía, a cuyo efecto sobre la conciencia ellos le llaman “parar el mundo”. Respondiendo a algunas interrogantes, explicó que el no-hacer no se puede razonar. Cualquier esfuerzo encaminado a comprenderlo, en realidad es una interpretación de la enseñanza y cae automáticamente en el campo del hacer. “La premisa de los brujos para tratar con este tipo de prácticas es el silencio mental, y la calidad de silencio requerida para algo tan descomunal como parar el mundo, sólo puede venir de un contacto directo con la gran verdad de nuestra existencia: que todos vamos a morir.” Nos aconsejó: “Conózanse a ustedes mismos, sean conscientes de su muerte personal. Ella no es negociable, es lo único que de veras tienen. Todo lo demás podrá fallar, pero la muerte no, a ella pueden darla por segura. Aprendan a usarla para producir efectos verdaderos en sus vidas. Además, dejen de creer en cuentos chinos, ¡nadie les quiere allá afuera! Ninguno de nosotros es tan importante como para que hayan inventado algo tan fantástico como la inmortalidad. Un brujo que cuenta con su humildad sabe que su destino es el de cualquier otro ser vivo de la tierra. Así que, en lugar de ilusionarse con falsas esperanzas, trabaja concreta y duramente para salir de su condición humana y acogerse a la única salida que tenemos: el rompimiento de nuestra barrera perceptual. Al mismo tiempo que escuchan el consejo de la muerte, háganse responsables de

*sus vidas, de la totalidad de sus acciones. Explórense, reconózcanse y vivan intensamente, como viven los brujos. La intensidad es lo único que puede salvarnos del aburrimiento. Una vez alineados con su muerte estarán en condiciones de dar el siguiente paso: reducir al mínimo el equipaje. Este es un mundo-prisión y hay que salir como fugitivos, sin llevar nada. Los seres humanos somos viajeros por naturaleza. Volar y conocer otros horizontes es nuestro destino ¿Acaso te vas de viaje con tu cama o con la mesa en que comes? ¡Sintetiza tu vida!”*

Comentó que la humanidad de nuestra época ha adquirido una extraña costumbre que es sintomática del estado mental en que vive. Cuando viajamos, compramos todo tipo de artefactos inútiles en otros países, cosas que, de seguro, no adquiriríamos en nuestra propia tierra. Una vez que regresamos a casa, los acumulamos en un rincón y terminamos olvidándonos de su existencia, hasta que un día los descubrimos, por casualidad, y los echamos a la basura. *“Así pasa con nuestro viaje por la vida. Somos como asnos cargando un fardo de porquerías, no hay nada valioso ahí. Todo lo que hicimos sólo sirve para que, al final, cuando la vejez nos asalte, repitamos incansablemente alguna frase, como disco rayado. Un brujo se pregunta: ¿qué sentido tiene todo eso? ¿Por qué invertir mis recursos en lo que no me ayuda en nada? La cita de un brujo es con lo desconocido, no puede comprometer su energía en nulidades. En tu paso por la tierra, sácale algo de verdadero valor, de otro modo no valió la pena. El poder que nos rige nos ha dado a elegir. O pasamos la vida merodeando en torno a nuestros hábitos, o nos animamos a conocer otros mundos. Sólo la conciencia*

*de la muerte puede darnos el sacudón necesario. La persona común pasa su existencia entera sin detenerse a reflexionar, porque piensa que la muerte está al final de la vida; al fin y al cabo, ¡siempre tendremos tiempo para ella! Pero un guerrero ha descubierto que eso no es cierto. La muerte vive a un costado, a un brazo de distancia, permanentemente alerta, mirándonos, dispuesta a saltar a la menor provocación. El guerrero convierte su miedo animal a la extinción en una oportunidad de gozo, pues sabe que todo lo que tiene es este momento. Piensen como guerreros, ¡todos vamos a morir!”*

Uno de los presentes preguntó: “Carlos, en una plática pasada nos dijiste que poseer el ánimo de un guerrero consiste en ver a la muerte como un privilegio. ¿Qué significa eso?” Respondió: *“Significa salir de nuestros hábitos mentales. Estamos tan acostumbrados a la convivencia que, incluso frente a la muerte, seguimos pensando en términos de grupo. Las religiones no nos hablan del individuo en contacto con lo absoluto, sino de manadas de ovejas y de cabras que van al cielo o al infierno, según lo que les toque. Aún si somos ateos y no creemos que ocurra nada después de la muerte, esa ‘nada’ es genérica, es la misma para todos. No podemos concebir que el poder de una vida impecable pueda cambiar las cosas. Con tal ignorancia, es normal que el hombre común y corriente le tenga pánico a su fin y trate de conjurarlo con oraciones y medicinas, o aturdiéndose con el ruido del mundo. Los humanos tenemos una visión egocéntrica y extremadamente simplista del universo. Jamás nos detenemos a considerar nuestro destino como seres transitorios. Sin embargo, la obsesión por el futuro nos delata. No importa la sinceri-*

*dad o el cinismo de nuestras convicciones, en el fondo, todos sabemos qué es lo que va a pasar. Por eso dejamos señales. Construimos pirámides, rascacielos, hacemos hijos, escribimos libros o, por lo menos, dibujamos nuestras iniciales en la corteza de un árbol. Detrás de ese impulso subconsciente está el temor ancestral, la convicción callada de la muerte. Pero hay un grupo humano que logró encarar ese temor. A diferencia del hombre común, los brujos están ávidos de cualquier situación que les lleve más allá de la interpretación social. ¿Qué mejor oportunidad que su propia extinción? Gracias a sus frecuentes incursiones por lo desconocido, ellos saben que la muerte no es natural, es mágica. Las cosas naturales están sujetas a leyes, la muerte no. Morir es siempre un suceso personal, y por esa sola causa, es un acto de poder. La muerte es el pórtico del infinito. Una puerta hecha a la medida de cada uno de nosotros, que cruzaremos un día de vuelta al origen. Nuestra falta de comprensión nos impele a verla como el reductor común. Pero no, no hay nada de común en ella; todo a su paso se torna extraordinario. Su sola presencia da poder a la vida, concentra los sentidos. Nuestras existencias están hechas de hábitos. Al nacer, ya estamos programados como especie, y nuestros padres se encargan de estrechar aún más ese programa al conducirnos hacia lo que la sociedad espera de nosotros. Pero nadie puede morir como rutina, porque la muerte es mágica. Ella te hace saber que es tu inseparable consejera y te dice: 'Sé impecable; la única opción es ser impecable'."*

Una chica que participaba de la junta, visiblemente emocionada por sus palabras, le comentó que la obsesiva presencia de la muerte en sus enseñanzas era un detalle que contribuía a ensombrecerlas. A ella

le hubiese gustado un acento más optimista, más enfocado en la vida y sus logros. "¡Ah, corazón de melón!, en tus palabras se nota una falta de experiencia profunda en la vida. Los brujos no son negativos, no buscan el fin. Pero ellos saben que lo que le da valor a la vida es tener un objetivo por el cual morir. El futuro es imprevisible e inevitable. Algún día ya no vas a estar aquí, así que ya te fuiste. ¿Sabes que probablemente el árbol de tu ataúd ya fue talado? Tanto para el guerrero como para el hombre común la urgencia de vivir es la misma, porque ninguno de los dos sabe cuándo se acabarán sus pasos. Por eso hay que estar atentos ante la muerte, puede saltarnos desde cualquier rincón. Supe de un tipo que se subió a un puente y se orinó encima de un tren eléctrico que iba pasando. La orina tocó en los cables de alta tensión, le saltó una descarga y lo achicharró allí mismo. ¡La muerte no es de juego, es de a de veras! Si no fuera por ella no habría fuerza alguna en lo que hacen los brujos. Ella te involucra personalmente, quieras o no. Tú puedes ser tan cínico como para descartar otros tópicos de la enseñanza, pero no puedes burlarte de tu fin, porque está más allá de tu decisión y es implacable. La carroza del destino nos va a llevar a todos por igual. Pero hay dos tipos de viajeros: los guerreros, quienes pueden partir con su totalidad, porque han afinado cada detalle de sus vidas, y las personas comunes, con existencias aburridas, sin creatividad, cuya única esperanza es la repetición de sus estereotipos desde ahora hasta el final; gentes cuyo fin no encontrará diferencia alguna, ocurra hoy o dentro de treinta años. Todos estamos ahí, esperando en el andén de la eternidad, pero no todos lo sabemos."

"La conciencia de la muerte es un arte mayor.

Cuando un guerrero pone en jaque a sus rutinas, cuando ya no le importa estar acompañado o estar solo, porque ha escuchado el susurro silencioso del espíritu, entonces se puede decir que, verdaderamente, ha muerto. A partir de ahí, aún las cosas más simples de la vida se vuelven para él extraordinarias. Por eso un brujo aprende a vivir de nuevo. Saborea cada momento como si fuera el último. No se consume en disgustos ni tira su energía. No espera a ponerse viejo para reflexionar sobre los misterios del mundo. Se adelanta, explora, conoce y se maravilla. Si quieren hacer espacio a lo desconocido, denle entrada a su extinción personal. Acepten su destino como el hecho inevitable que es. Purifiquen ese sentimiento, haciéndose responsables por el increíble suceso de estar vivos. No le supliquen a la muerte, ella no es condescendiente con quienes claudican. Invóquenla, conscientes de que vinieron a este mundo para conocerla. Desafíenla, aún sabiendo que, hagamos cuanto hagamos, no tenemos la menor posibilidad de vencerla. Ella es tan gentil con el guerrero como despiadada con el hombre común.

Después de esta plática, Carlos nos regaló un ejercicio. “Se trata de inventariar a sus seres amados, a todo el que les interese. Una vez que los clasifiquen, según el grado de los sentimientos que tienen por ellos, van a tomarlos uno por uno y pasarlos por la muerte.” Pude notar un murmullo de consternación que sacudió a los oyentes. Haciendo un ademán tranquilizador, Carlos añadió: “¡No se asusten! La muerte no tiene nada de macabro. Lo macabro es que no podamos enfrentarla con deliberación. Deben realizar el ejercicio a la media-noche, cuando la fijeza de nuestro punto de encaje se conmueve y estamos dispuestos a creer en

fantasmas. Es muy sencillo, evocarán a sus seres queridos a través de su fin inevitable. No piensen en cómo o cuándo se van a morir. Simplemente, háganse conscientes de que algún día ya no van a estar allí. Uno por uno se irán, sabe Dios en qué orden, y no importará lo que ustedes hagan para evitarlo. Al evocarlos así no les hará ningún daño, ¡por el contrario!, les estarán colocando en su perspectiva apropiada. El punto de enfoque de la muerte es prodigioso, restituye los verdaderos valores de la vida.”

## EL DRENAJE ENERGÉTICO

En diversas ocasiones que pude escuchar a Carlos, él se refirió al tema de la energía. Cada vez explicó aspectos distintos de ese asunto, algunos de los cuales he reunido en este capítulo para dar al lector un panorama más coherente. Su enseñanza, o más bien la de la tradición de videntes a la que él pertenecía, parte del hecho de que el universo es dual, está formado por dos fuerzas que los antiguos videntes simbolizaban mediante dos serpientes que se entrelazan. Pero esas fuerzas no tienen que ver con las dualidades que llamamos bien y mal, Dios y diablo, lo positivo y lo negativo, o cualquier otro tipo de oposición en la cual podamos pensar coherentemente. Más bien, conforman una inexplicable onda de energía que los toltecas denominaron el Tonal y el Nagual. De un modo axiomático, establecieron que todo lo que podemos interpretar o representarnos de algún modo es el tonal, y todo lo demás, lo innominable, es el nagual. Para

enfatar que no se trata de dos realidades antagónicas, sino de dos aspectos complementarios de una fuerza única, a la que apodaron “el Águila”, aquellos videntes cotejaron el tonal y el nagual con los dos lados de nuestro cuerpo físico, el lado derecho y el lado izquierdo. Y vieron que, así como la conformación básica de los organismos está estructurada casi en su totalidad a partir de una simetría bilateral, también lo están las formas en que se manifiesta la energía en el Cosmos, y con ello, el modo en que percibimos.

La vida se forma cuando una porción de energía libre del infinito, que los antiguos llamaban “las emanaciones del Águila”, es encapsulada por una fuerza exterior, convirtiéndose en un nuevo ser individual, consciente de sí mismo. Y vieron que la percepción del mundo ocurre cuando entra en juego algo a lo que denominaron “el punto de encaje de la percepción”. Aunque ese centro selector está en operación en cada ser viviente del universo, la conciencia deliberada de sí mismo, en esta tierra, sólo la consiguen en forma plena los humanos y un conjunto de especies desprovistas de organización física, a las que los antiguos llamaron “aliados”. La interacción entre el hombre y estos seres no sólo es factible, sino que es algo que ocurre frecuentemente en nuestros sueños. Los brujos la cultivan, ya que la conciencia inorgánica, siendo mucho más antigua que la nuestra, está llena de algo que todos deseamos: conocimiento.

Dándose el trabajo de investigar los modos de la energía, los sabios del antiguo México se vieron urgidos a describir a sus contemporáneos lo que habían descubierto. En su afán por encontrar los términos más adecuados posibles, dijeron que todo lo que ex-

iste está dividido en claro y oscuro, a semejanza del día y la noche. De ahí derivan todas las descripciones binarias que se le puedan ocurrir a la mente. Es un comando que refleja la gran dualidad cósmica. A través de su ver, detectaron que el mundo energético está compuesto de extensas zonas de oscuridad salpicadas por diminutos puntos de luz, y percibieron que las zonas oscuras corresponden a la parte femenina de la energía, mientras que las zonas claras corresponden a lo masculino. La inevitable conclusión a la que llegaron es que el universo es casi en su totalidad femenino, y que la energía clara, lo masculino, es una rareza. Por definición, asociaron la oscuridad con el lado izquierdo, el nagual, lo desconocido y lo femenino, y la claridad con el lado derecho, el tonal, lo conocido y lo masculino. Continuando su observación, vieron que el acto de creación galáctico tiene origen cuando la oscuridad cósmica se contrae sobre sí misma y de ella surge una explosión de luz, una chispa que se dilata, dando origen al orden del tiempo y el espacio. La ley de este orden es que las cosas tengan siempre un final, lo cual implica que el único y perenne principio del universo es la energía oscura, femenina, creadora y eterna.

Asimismo, el hombre está dividido en tonal, representado por el período de la vigilia diurna, y el nagual, en sus sueños por la noche. De esta consideración se deriva el resto de la sabiduría de los naguales. Enseñan que el sueño es una puerta para el poder porque, en última instancia, lo que nos alimenta es la energía oscura, a la cual vamos periódicamente para renovarnos. En consecuencia, dirigieron todas sus fuerzas a perfeccionar el arte de tomar concien-



cia dentro del estado del sueño. A ese tipo especial de atención le llamaron “ensueño”, y lo usaron para explorar la energía oscura con deliberación y entrar en contacto con la fuente del universo. De esa manera, la observación inicial de los sabios toltecas se convirtió en un conocimiento práctico.

Una de las afirmaciones más frecuentes de Carlos era que los juicios que nos hacemos sobre todas las cosas convierten nuestro mundo en algo cada vez más predecible, hasta que la posibilidad de visitar otros mundos se convierte en un cuento de hadas. *“Para el hombre moderno -dijo en una ocasión- absolutamente todo lo que existe cae dentro de determinadas categorías. Somos máquinas de etiquetar. Encasillamos el mundo y el mundo nos encasilla a nosotros. Si una vez mataste un perro, eres el mataperros toda tu vida aunque jamás hallas vuelto a tocar uno. Y esas clasificaciones ¡se heredan!”* Mencionó una serie de apellidos chistosos y expresivos que en su momento estuvieron relacionados con las características de una persona en particular, pero luego fueron legados como una imposición a sus descendientes. Sostuvo que, energéticamente, la gente se queda marcada. Afirmó que el ejemplo máximo de esa propensión absurda a clasificarnos es lo que los creyentes llaman “el pecado de Adán y Eva”, por cuya causa todos somos pecadores, y además, nos comportamos como tales. *“Nos hemos convertido en carceleros perceptuales de los demás. La cadena del pensamiento humano es poderosísima. Hasta nuestros sentimientos más profundos están catalogados y ordenados de manera que no se nos escape nada. Un ejemplo de ello es el modo como nos enajenamos del tiempo real para caer en la repetición*

*de estereotipos. Tenemos una colección de días prefijados: el día de las madres, el de los muertos, el del amor, aniversarios de cumpleaños y bodas... Son como estacas donde amarramos nuestra vida para no perdernos, y así vamos por el mundo, dando vueltas a nuestras descripciones cual bestias atadas por el pescuezo.”*

Nos contó que, en cierta ocasión, él y don Juan recorrían un pueblo pequeño al norte de México y se sentaron a descansar en la banca del patio de una iglesia. De pronto se acercaron diez o doce jóvenes que traían un judas hecho de trapo y cañas, vestido de manta y huaraches, como un indio. Lo instalaron en la plaza del pueblo y esa noche hubo quemazón. Todo el mundo bebió y todos insultaron al muñeco por turnos, como parte del ritual. *“Con costumbres semejantes, la gente mantiene vivo al judas. Lo rememoran, lo alimentan, lo tienen en un verdadero infierno con sus recuerdos y, después de quemarlo, al año que viene lo resucitan de nuevo para volver a matarlo. La fijeza de la conducta humana se revela en esas rutinas.”* Una persona del público pidió permiso para hablar y le preguntó si su afirmación respecto a que, al recordarlo, el pueblo mantiene vivo al judas, era literal o sólo una metáfora. Respondió: *“Los brujos afirman que mientras haya memoria hay conciencia de ser, ya que la corriente del pensamiento es una inyección de vida. La verdadera muerte es el olvido. La idea de que el tiempo corre en línea recta de atrás hacia delante es completamente primitiva, algo que va en contra de la experiencia de los brujos e incluso de la ciencia moderna. Debido a esa limitada interpretación, la mayor parte de la humanidad es prisionera del túnel del tiempo, cuyo destino es la repetición infinita de lo mismo. La*

realidad de nuestra condición es que estamos atorados energéticamente debido a lo que los brujos llaman 'la fijeza colectiva del punto de encaje'. Una consecuencia notable de esa fijeza es el modo como nos especializamos. Al prepararnos para una profesión, por ejemplo, en lugar de acrecentar nuestros alcances, lo habitual es que terminemos volviéndonos individuos sedentarios, aburridos, sin creatividad y sin motivación. En unos pocos años nuestra vida se vuelve tediosa, pero, lejos de hacernos responsables y cambiar, le echamos la culpa a las condiciones.

“Uno de los hábitos más graves que nos impone nuestro inventario es el de contar a los demás todo lo que hacemos o dejamos de hacer. Es parte importante de la socialización. Queremos generar una imagen exclusiva de nosotros, pero esa imagen termina por amoldarnos a la expectativa ajena, convirtiéndonos en imitaciones de lo que pudimos ser. Una vez que nos dan por hechos, tenemos que seguir ciertos esquemas de conducta, aún cuando nos tengan hartos o no creamos en ellos, porque cualquier intento de cambiar nos pone de cara contra la pared. La mayoría de las personas se sienten vacías cuando no tienen amores o amigos, pues han construido su vida sobre una base superficial de relaciones y no les queda tiempo para analizar su destino. Lo malo es que, por lo común, la amistad se basa en el intercambio de intimidades, pero una premisa de las relaciones mundanas es que todo cuanto digamos algún día será usado en contra nuestra ¡Es triste que quienes más nos importan sean al mismo tiempo nuestros peores dolores de cabeza! Los brujos sostienen que hablar de nosotros mismos nos hace accesibles y débiles, mientras que aprender a callar nos llena de poder. Un principio del send-

ero del conocimiento es hacer de la propia vida algo tan imprevisible, que ni uno mismo sepa qué es lo que va a pasar. El único modo de salir del inventario colectivo es apartándonos de aquellos que nos conocen bien. Pasado un tiempo, las murallas mentales que nos aprisionan se ablandan un poco y comienzan a ceder. Es entonces cuando se nos presentan oportunidades genuinas de cambio y podemos tomar el control de nuestras vidas.

Si fuésemos capaces de trascender la interpretación, enfrentándonos sin prejuicios a la percepción pura, se acabaría la impresión de un mundo de objetos y en su lugar atestiguaríamos la energía tal como fluye en el universo. En tales condiciones, la cadena del pensamiento ajeno ya no tendría el menor efecto sobre nosotros y no nos sentiríamos obligados con nada. En consecuencia, nuestros sentidos no tendrían límites. Eso es ver.” Definió: “El objetivo de los brujos es romper la fijeza de la interpretación social para ver la energía directamente. Ver es una experiencia perceptual total. Ver la energía tal como fluye es una necesidad imperiosa en el camino del conocimiento. En última instancia, todo el esfuerzo de los brujos va encaminado a ello. Al guerrero no le basta con saber que el universo es energía, tiene que averiguarlo por sí mismo. Ver es un asunto práctico que tiene consecuencias inmediatas y del mayor alcance en nuestras vidas. La más dramática de ellas es que los brujos aprenden a ver el tiempo como una dimensión objetiva.”

Siguió diciendo que la energía se distribuye por el universo en forma de capas. Todos los seres conscientes pertenecemos a una de ellas y podemos sintonizar con la energía de otras bandas gracias a un fenómeno conocido como “el alineamiento de la



percepción”. En algunos puntos las capas se cruzan, generando vórtices de energía donde tienen lugar fenómenos de la mayor importancia para los brujos que ven. Allí las condiciones para el alineamiento son óptimas y éste ocurre de forma espontánea. Los videntes hablan de pasadizos, puentes y barreras en el espacio donde las coordenadas del tiempo se anulan y la conciencia del viajero penetra en mundos extraños. Seres inorgánicos provenientes de todos los rincones del universo aprovechan esos puntos para cruzar la frontera hacia la tierra, y nosotros también podemos hacer lo mismo.

*“A ustedes les puede parecer increíble, pero ese tipo de fenómenos a mí me llueve del cielo. En cierta ocasión me llevaron a un sitio por el norte de México, en el desierto, y me mostraron un paraje donde el intento cósmico se arremolina. Durante horas todos luchamos por penetrar en el área, pero nos fue imposible ¡como si hubiera una barrera ahí!”* Le preguntamos qué era aquello y respondió: *“Nunca pude descifrarlo. Pero un brujo con suficiente poder ¡quién sabe qué usos hubiese sacado de ello! En otra ocasión pude presenciar los más extraordinarios efectos de uno de esos pasadizos de energía. Manejaba en medio del desierto cuando una tormenta se abatió sobre la carretera, nublando por completo mi área de visión. De pronto apareció un remolque junto a mi coche. El conductor me hizo señas de que le siguiese y durante un largo trecho avancé a su costado, protegido por el enorme flanco del camión. Finalmente, la tormenta amainó y ambos nos detuvimos. Estábamos en un camino de piedras que yo no conocía. El conductor del camión descendió y me saludó. Lo reconocí; era un chamán indio de la zona, a quien*

*ya había tratado anteriormente. Me dijo que, al protegerme de ese modo, me estaba pagando el regalo que yo le había hecho años antes, y que no tratará de identificar el sitio donde nos hallábamos, porque era un escondrijo de la segunda atención. Quedé asombrado por sus palabras. ¡Ese guerrero tenía suficiente energía para transportarme con auto y todo al otro mundo! Después de una breve charla me dijo que era tiempo de salir de allí, porque la tormenta ya había terminado. Lo seguí por un sendero desconocido y de nuevo me encontré en la autopista. Del camión remolque no se veían ni ras-*

Estas anécdotas tuvieron el efecto de excitar nuestra imaginación, de modo que lo acosamos con todo tipo de preguntas. Pero Carlos se mantuvo imperturbable. Dijo que ese tipo de fenómenos ocurre con más frecuencia de lo que pudiéramos creer, y que no es para razonarlo, sino para experimentarlo. Siguió explicando que otro efecto impactante y muy útil de ver la energía tal como fluye, es que los brujos perciben los sentimientos de los demás directamente, como oleadas térmicas que despedimos de nuestras masas luminosas impulsadas por las emociones. Incluso, detectan sentimientos que ni su propio poseedor sabe que están allí. *“Es como si tuviesen vista infrarroja, pueden orientarse donde sus semejantes no ven más que una impenetrable oscuridad. Esto les permite ponerse en guardia frente a la conducta ajena. Por eso resulta imposible engañar a un vidente y es extremadamente difícil sorprenderlo. Sin embargo, el verdadero valor del ver es que nos ayuda a comprender el intento. Una vez que atestiguamos la totalidad de la existencia como niveles de energía, vemos que hay algo más allí,*

un depósito ulterior, cierta regla de acción que lo organiza todo. Los brujos identifican ese propósito como una voluntad suprema e impersonal con la cual logran sintonizar a través del silencio interior. Naturalmente, un hombre de conocimiento con tal herramienta a su disposición combina las cosas del modo más apropiado para su energía. Una energía rebosante y serena es la marca del brujo que ve.”

En otra de sus pláticas nos dijo que todos traemos la totalidad de nuestra energía al nacer, pero generalmente morimos hechos unos desastres. “Es como si naciósemos con cierta cantidad de dinero en el banco, unos un millón, otros más y otros menos. No importa la diferencia; en la generalidad de los casos, se trata de una cantidad suficiente, que podría ayudarnos a llevar unas vidas dignas hasta el final. Pero, por falta de una cultura energética adecuada, la mayor parte de la gente comienza a gastar a lo loco ese patrimonio desde el primer momento y, cuando mueren, están en un estado de miseria lastimosa. Sin embargo, unos pocos aprenden a ahorrar y hasta a multiplicar sus ganancias. También se mueren, pero con más capital. Estos llegan más lejos. La diferencia entre morir con todas nuestras ganancias, como un guerrero pleno de poder, o morir pelado como un perro callejero, se debe al modo como tratamos a nuestra energía.”

Explicó que el campo luminoso que nos rodea es como una gigantesca bola de algodón dulce, un denso entretejido de fibras que emana energía como un radiador. “Cuando dos personas entran en relación, lo que ocurre es un intercambio de emanaciones. Nuestras fibras de luz interactúan aunque no queramos, o sin siquiera darnos cuenta de ello. Es una

ley que la energía fluya de donde hay más a donde hay menos. Como pasamos la vida en una constante interacción, lo normal es que, al final, seamos muy poco de nosotros mismos y mucho de lo que los demás dejaron en nosotros. Sin embargo, los guerreros aprenden a violar la ley de intercambio energético mediante ejercicios como la recapitulación, cuyo fin es recuperar la energía. De ese modo se hacen autosuficientes, recobran su capital y devuelven escrupulosamente todos los ‘préstamos’. Como ya no hay desgaste, puede decirse que sus huevos luminosos son térmicos. Para protegerse de la irradiación, los brujos suelen adoptar costumbres extrañas. Algunos usan objetos de poder a fin de desviar el peso de la atención ajena. Otros se separan de la gente y se vuelven ermitaños. Juan Tuma acostumbraba usar gafas oscuras ‘para no disipar la energía por los ojos’. El verdadero valor de esa precaución era que así creaba una barrera entre él y los demás y dejaba de ser accesible.”

“El tema de los intercambios es de la más seria implicación en nuestra vida y ha dado lugar al dicho ‘dime con quién andas y te diré quién eres’. Ese dicho no sólo describe un estado de afinidad psicológica entre dos personas, sino un efecto energético mensurable, que un brujo puede percibir. Si quieres ser tú mismo, aprende a andar solo. El punto crucial son nuestras interacciones, ya que pueden liberarnos o esclavizarnos. No todo intercambio es indeseable. Los guerreros buscan la compañía de aquellos que les ayudan a crecer. Tratar con los brujos nos obliga a estar alertas y a ser impecables. En cambio, las relaciones comunes son desgastantes, porque nos exigen un patrón de conducta predeterminado. Piensen, por ejemplo, en las relaciones de pareja, donde los niveles de exigencia suelen ser tan altos que a veces

*acaban con la vida misma de la persona.”*

Uno de los presentes le preguntó cómo ocurre el intercambio de emanaciones luminosas en las relaciones sexuales. Respondió que, puesto que la vida comenzó con un acto sexual, podemos considerar que la energía de la que disponemos es energía sexual. Por lo tanto, la consideración primaria en el tratamiento de nuestra luminosidad está relacionada con esa dimensión fundamental del ser. *“Lo primero que tenemos que saber es que nuestros enlaces emocionales con la gente son consecuencia del modo como nos hicieron. En ese momento se definió de una vez y para siempre nuestra disponibilidad luminosa. En el ámbito de la energía somos comunidades selladas, somos la suma de la pasión y el deseo que nuestros padres acopiaron en el momento de concebirnos. Todo lo que vino después, ya sean los desgastes y compromisos o bien el sendero de ahorro y recuperación energética, es una manipulación dentro de aquellos límites. En este punto surge el primer problema, puesto que las relaciones sexuales entre los humanos suelen ser actos rutinarios. La socialización nos aprisiona de tal forma, que se mete en nuestra intimidad, convirtiendo la mágica posibilidad de una unión energética consciente en una rutina obscena, obligatoria y de consecuencias indeseables. Y eso se refleja vivamente en los hijos.”* Como apoyo para esta aseveración, nos contó un chiste sobre un individuo que dice a su esposa: “Querida, el lunes no puedo estar contigo porque juego cartas con los amigos; el martes voy al boliche; el miércoles me esperan en el gym”. Así continuó enumerando sus ocupaciones para toda la semana. Finalmente, ella replica: “¡En esta casa se coge todos los días a las ocho, estés o no

estés!”.

*“El problema no está en hacer el amor, sino en hacerlo por hábito. El efecto de toda rutina es disipar la energía y eso se nota trágicamente en la rutina del sexo, porque su resultado, en la mayoría de los casos, son hijos que vienen al mundo con un grave déficit de vitalidad. Estamos tan adaptados a esta situación que, cuando un niño nace con todo su poder, lo consideramos anómalo y lo llevamos al psiquiatra para que lo tranquilicen. Debido a la casualidad del modo como seleccionamos la pareja reproductora, don Juan llamaba a la generación de la sociedad moderna ‘los hijos de la aberración’. Hay dos tipos de cogida: la aburrida y la energética. Por cuestiones sociales, es muy difícil ser producto de una cogida energética. Casi todos nosotros procedemos de una cogida rutinaria y, a la vista del vidente, tenemos la energía arremangada, con pliegues, como si desde el nacimiento ya fuésemos muy viejitos. Puesto que no podemos cambiar nuestra herencia, es un asunto de cordura el aprender a economizar nuestros recursos.”*

*“Según los brujos, el principal escape de la energía en un hombre o mujer es la reproducción. Esa es una gran inversión, porque afecta de manera permanente nuestra luminosidad. Por lo tanto, el propósito de traer niños a este mundo debe ser deliberado y sopesado con la mayor seriedad. Si somos producto de una cogida aburrida y, al mismo tiempo, nos dedicamos al impulso reproductivo, el resultado es la fragmentación inevitable de nuestra unidad energética. El huevo luminoso de los padres es como una represa con agujeros por donde es drenada el agua; esos agujeros son los hijos. Una persona así nunca llegará a acumular lo suficiente como para cambiar por sí misma, a menos que aplique en su*

vida los principios del camino del guerrero.”

Alguien del público le preguntó cómo ocurría el intercambio entre padres e hijos. Contestó que cortar el cordón umbilical del recién nacido no significa que automáticamente quede roto su enlace con sus progenitores. El “cordón” de luz se mantiene activo durante toda la vida, como un popote energético. Es una conexión real, que los videntes ven como una fibra que sale del capullo luminoso de los padres hacia sus hijos. *“Como el drenaje no ocurre en forma consciente, no hay modo de que podamos evitarlo. No importa cuánto amor se profesen padres e hijos entre sí; desde el punto de vista de la energía, ese amor sólo es preocupación por la luminosidad que ha sido intercambiada. Por eso los padres suelen ser tan exigentes con sus hijos, procurando amoldarlos por todos los medios a fin de que lleguen a ser como ellos. Traerlos a este mundo no es una entrega limpia, es una inversión. Los videntes pueden ver cómo, debido a la depredación de que han sido objetos, la energía de los padres está desgarrada y fragmentos del tejido luminoso se proyectan hacia afuera, como si se tratase de una camisa vieja y deshilachada, o como si los hubiesen despanzurrado y se les saliesen los intestinos ¡Una condición de lo más horrorosa!”*

Las descripciones de Carlos, acompañadas con una gráfica gesticulación, tuvieron el efecto de sumir a casi todos sus oyentes en un estado de alarma. Pude notarlo por las caras que ponían quienes se encontraban a mi alrededor. Con voz trémula, uno de los asistentes le preguntó cómo puede un guerrero tapar sus puntos de drenaje. Respondió que la única posibilidad que tenemos de cancelar el comando

de la socialización es abandonando padre y madre y no volviendo la cabeza atrás. En cuanto a los hijos, afirmó, no queda otro remedio que comerlos. *“Si no te puedes comer a un chico, él te comerá a ti.”* Estas palabras fueron demasiado y noté que algunos de los presentes abandonaron la sala. Sin inmutarse, Carlos nos contó cómo, en cierta ocasión, se vio involucrado en un extraordinario encuentro con un ser consciente de otro reino al cual él quiso liberar de su condición de esclavitud. Como resultado de sus imprudencias, le obligaron a engendrar un cuerpo para la energía foránea. *“Cuando su madre parió, don Juan tomó a la criatura, que era una hembra, y se la llevó consigo. Al regresar, puso delante de nosotros una charola de carnicerías y nos dijo: ‘aquí está su hija ¡Cómanla!’. No pudimos hacer otra cosa; obligados por su imperiosa mirada, la madre y yo acatamos la orden. Para nosotros fue un acto monstruoso, pero tuvo un efecto inapreciable: restablecimos de una vez nuestra integridad luminosa. Al comulgar con la tierna carne, ambos recuperamos todo el cariño, toda la luz que habíamos vertido sobre la criatura y cerramos nuestros agujeros. De ese modo volvimos a estar completos. Ocho años más tarde don Juan nos trajo de vuelta a la niña. Nos la presentó como ‘el Explorador Azul’ y dijo que la había tenido escondida durante ese tiempo, que lo que nos habíamos comido su madre y yo era una cría de cochino.”*

Al escuchar este desenlace, un suspiro de alivio recorrió la sala. Carlos continuó: *“No puedo decir que el retorno de mi hija me haya inspirado nada, ni amor, ni consuelo al saber que todo había sido una broma, ni nada. Mi energía no se conmovió.”* Por curiosidad, algunos de los presentes quisieron saber qué

había pasado con la chica durante esos ocho años. Respondió: “¡Ah! Mi maestro la crió consigo en el norte de México, entre los yaquis. La convirtió en un ser feroz. No era una criatura normal, su energía venía de otra parte. Usaba plantas de poder sin discriminación. Era tan indómita que, para sacarla de México y llevarla a Estados Unidos, tuve que amarrarla e introducirla en el portaequipajes del auto como si fuese una valija. Nosotros, sus padres físicos, nunca pudimos tocarla. Sólo se mostraba un poco dócil con don Juan. Recuerdo que en una ocasión, por su propia voluntad, la pequeña puso su cabeza en mis rodillas. La madre y yo nos miramos sorprendidos, sin poderlo creer. Todo eso fue efecto de la maniobra del nagual. La niña supo que estaba sola, que no iba a tener un par de padres que parasitar. La convirtió en un ser a la medida de su verdadera constitución. Somos seres agresivos, territoriales; no somos animales domésticos. Esa niña es el vivo ejemplo de lo que puede lograr una maniobra de brujos en el sentido de recompartar nuestra energía.”

En otra ocasión en que volvió a tocar el tema de las cogidas aburridas, su conversación derivó hacia la manipulación de la energía sexual. Nos dijo que la fuerza generadora que fue colocada en nosotros es trascendente y tiene muchos usos de los cuales no estamos plenamente conscientes. Es lastimoso que la mayor parte de la gente sólo sepa pensar en el sexo en términos de placer corporal. Es como el uso que puede hacer un salvaje cuando, por casualidad, se tropieza con un libro muy valioso; todo lo que ve ahí es un material apropiado para encender fuego. “*Gastamos la mayor parte de nuestra vida en preocuparnos por el modo como nos verán los miembros del sexo opuesto.*

*Eso implica, en primer lugar, una atención constante hacia la apariencia física. Además, asistir a lugares a donde va la gente que está en la misma situación que uno, establecer citas e invertir muchas, muchas horas charlando de cosas periféricas, pero con la mente fija en nuestro objetivo material. Tal inversión es exagerada. Los brujos saben que el fundamento del sexo no es el placer y tampoco la reproducción. ¿A poco creen que el poder que nos rige se molestó en crear algo tan importante como la fuerza generadora, sólo para que nos perpetuásemos como hongos sobre la tierra? El propósito del sexo va más allá, nos conecta con el misterio del origen de todas las cosas, porque el universo surgió de un único estallido que aún perdura y se expresa cada vez que hacemos el amor. Si la fuente de lo que somos es el poder germinal, entonces el centro de nuestro trabajo interior es la recanalización de la energía sexual.”* Haciendo un gesto muy expresivo con las manos, exclamó: “¡Dense cuenta de lo que tienen y no lo malgasten! ¡El sexo es dinero, dinero en efectivo! Nuestro destino cósmico es expandir la conciencia, por eso fuimos dotados con una porción del poder creativo del Aguila. El sexo se hizo para ensoñar!”

Afirmó que, en teoría, el intercambio sexual de la pareja no tiene por qué afectar la disponibilidad luminosa de cada uno de los participantes, ya que el hombre toma a la mujer tanto como ésta le toma a él, y el resultado es un balance neutro. En todo caso, lo indeseable de la operación es que la energía se mezcla, por lo cual se generan lazos de dependencia que restringen nuestra libertad y que requieren largos años de recapitulación para ser desechados. Pero, en la práctica, ese tipo de intercambio es de lo más extenu-

ante para nuestra vitalidad, porque cuando hacemos el amor, el movimiento de la energía no ocurre en un sistema cerrado; siempre hay un hueco ahí. *“Tener sexo con una persona es hacerlo con la entera cadena genética que le dio origen, pues, debido a las fibras de drenaje que nos conectan con nuestros progenitores, los seres humanos no somos autonomías luminosas, sino elementos terminales. De manera que, aunque el acto sexual ocurre entre individuos, es el molde humano, la fijeza colectiva del punto de encaje quien se lleva la mayor parte de la energía así procesada. Esa fijeza es responsable de los sentimientos de celos, dependencia y apegos que relacionamos con nuestras parejas sexuales, y hace que nos convirtamos en inversionistas empedernidos, pervirtiendo hasta la vileza una palabra tan noble como ‘amor’. La actitud del hombre común ante la posibilidad de amar es la de una fría máquina calculadora: amo a mis hijos porque son depósitos de mi energía, a mi esposa porque lava la ropa, cocina y me la cojo; a mi perro porque cuida la casa, a mi país porque aquí nací, a mi dios porque me va a salvar...”* Su rostro se contrajo en un gesto de desagrado. *“¡Que difícil es dar sin esperar algo a cambio! El amor cotidiano termina transformándose en deuda cuando los demás nos reclaman la atención que nos dieron. ¡Y una deuda de los sentimientos es algo fatal! Por tal razón, una de las prioridades del maestro es destruir los esquemas sexuales de su aprendiz. Este es un asunto crucial que requiere un trabajo de toda la vida, pero que hay que emprender desde el primer momento, porque una partida de brujos de ningún modo puede servir de pretexto a las carencias sexuales. Si no resolvemos ese asunto como hombres y mujeres comunes y corrientes, tenemos*

*muy pocas posibilidades de adelantar en el camino del guerrero.”* *“Los brujos tienen muchos modos de corregir a un aprendiz. Algunos no tienen escrúpulos en someter al discípulo a verdaderos suplicios, atacando sus debilidades hasta que se cura o se raja. Otros, como mi maestro, son extremadamente delicados en ese punto y prefieren trabajar la energía desde dentro, haciendo que el aprendiz tome conciencia de sí mismo y reaccione. Cualquier método es lícito si produce los resultados deseados. El nagual Julián, por ejemplo, unía una eficiencia despiadada a una habilidad tremenda para transformarse en lo que quisiera; no es que se disfrazara, sino que de veras se transformaba, moviendo su punto de encaje hasta la posición correspondiente a la forma de un animal o de otra persona. Una de sus personalidades favoritas era de mujer. Cierta vez, como una hermosa muchacha, sedujo a su aprendiz Juan Matus, que por entonces tenía poco más de veinte años y estaba caliente como un toro joven. Cuando ambos estaban en la cama, colocó su punto de encaje en la posición habitual y de nuevo fue hombre, haciendo que el joven huyese despavorido de la habitación. Para una mentalidad como la que tenía Juan Matus por esa época, el impacto resultó devastador, trituró sus estereotipos. Fue una burla grotesca, pero de eficacia única. De un tajo cortó su propensión a entregarse a la primera hembra que se le insinuara. Don Juan nunca le perdonó a su maestro tamaña broma, pero con el tiempo aprendió a reírse de la historia.”*

En este punto Carlos permitió una pequeña ronda de preguntas. Uno de los presentes le interrogó respecto al celibato, si era imprescindible o no para los brujos, y cuáles eran sus ventajas. Respondió: “A



priori, los brujos no están a favor ni en contra de nada. Ven que todo depende de cuál sea la disposición congénita de energía. Hay quienes nacen con la pasión necesaria para hacer el amor todos los días, mientras que otros tienen ni siquiera para una masturbación. Algunos recuperan su totalidad luminosa mediante la disciplina, otros tienen la apariencia de coladores y morirán incompletos. Pueden comprender que todos estos factores modifican y determinan la conducta de los brujos con respecto al sexo. Lo que caracteriza a los brujos es su renuncia a ser víctimas del comando reproductor colectivo y su capacidad para elegir un uso responsable. Además, ninguno de ellos puede ser entrampado en una clasificación sexual. Son libres, proceden en cada momento según lo que les indica el Poder. Para tener esa visión, precisan de una sobriedad que no conoce la persona común. En general, los nuevos videntes optan por una posición de celibato y autosuficiencia, porque son muy avaros con su energía y prefieren dedicarla al acrecentamiento de su conciencia. Los mundos de los que han sido testigos en sus viajes por el infinito hacen que todas las demás cosas, incluso el acto sexual, parezcan pálidas y carentes de atractivos. Don Juan decía que hacer el amor es para quienes no tienen apegos.”

Respondiendo a otra pregunta, dijo que no hay un “problema sexual” en sí, sino individuos con sus propios y muy particulares dilemas que resolver. “Verlo en forma genérica es una trampa, porque hace que diluyamos nuestra responsabilidad y nos disculpemos aduciendo que el resto de la gente es igual que uno. Como nacer y morir, procrear es un acto individual, que por un don del Águila podemos compartir. Lo que demandan los brujos es algo muy simple: respon-

sabilidad. La sociedad en que vivimos es una escuela donde nos obligan a seguir órdenes de una espeluznante crueldad. Nos hacemos viejos y hacer el amor se torna una parodia grotesca. Pero esta sociedad nos impone un drenaje, una conducta prefijada que no para hasta que ya no queda en nosotros ni una sola gota de luz. Tuve un ejemplo de ello en mi abuelo. El viejo decía: ‘¡No se puede coger a todas, pero hay que intentarlo!’ Ya tenía un pie en la tumba y todavía seguía reaccionando del modo como le enseñaron. Pasó la mitad de su tiempo procurándose una hembra y la otra mitad trabajando para mantenerla, y jamás se dio cuenta de que no le mostraron sus auténticas opciones. Al final, ya en su lecho de muerte, el viejo se amargaba con la idea de que sus amantes ya no le querían por su virilidad, sino por su dinero. ‘¡Ella no me quiere!’, lloriqueaba, y sus nietos le asegurábamos: ‘¡Ella sí te quiere, abuelito!’ Así murió el baboso, gritando: ‘¡Ahí te voy, mamacita!’. ¿Acaso hay que ser brujos para entender que eso no es todo lo que podemos dar como seres humanos?

Confesó que, antes de decidirse a practicar la vida del guerrero, él se creía un seductor y se comportaba como tal, impulsado por el estereotipo del macho latino. “En una ocasión seduje a una chica y la metí en mi coche. Ambos nos pusimos tan calenturientos que el parabrisas se empañó de tantos besos y abrazos que nos dimos. Cuando más emocionado estaba, ¡descubrí que la supuesta chica era un hombre! Otra vez, me enamoré sinceramente de una joven, pero con el tiempo comencé a sospechar que me engañaba. Entonces cambié mi coche y me quedé vigilando desde la esquina de su casa. En eso llegó otro. Cuando le pedí explicaciones, ella me dijo: ‘¡Es que contigo es amor y con él es solo sexo! Este

*tipo de encuentros me decidió a comportarme con más mesura en mis lances amorosos. Sin embargo, la presión de mi estereotipo era demasiado fuerte. Continué entregando mi energía al molde sexual de mi raza hasta que don Juan me puso en la disyuntiva de calmarme o abandonar la enseñanza.”*

*Atendiendo a otra pregunta, sostuvo que el mejor modo de cortar el drenaje energético que tiene lugar a través de la sexualidad es aprendiendo a tener gestos magnánimos, que contradigan y reencaucen la fijeza de nuestra atención. “Hemos recibido la vida como un regalo cósmico y es nuestro privilegio reflejar ese gesto con total desprendimiento. Gracias a su desapego, el guerrero está en posición de hacer de su amor un cheque en blanco, incondicional, un afecto abstracto, porque no parte del deseo. ¡Qué maravilla! Contra lo que suele pensar el hombre de la calle, la naturaleza de los brujos es telúricamente pasional. Sólo que su objeto ya no es carnal. Han visto el pegamento que liga todas las cosas, una onda de pasión que inunda el universo y que no puede ser detenida, porque, de serlo, todo sería reducido a nada. A través de su ver, han establecido su base en la piedra angular de la conciencia: el más poderoso estado de la atención individual. Su amor es una avasalladora realidad que vibra en cada respiración, intenta en cada gesto y adquiere sentido en cada palabra; una fuerza que les impulsa a explorar, a correr riesgos y a evolucionar, sacando lo mejor de sí a cada momento. Los brujos han descubierto la más refinada forma del amor, porque se aman a sí mismos. Saben que todo lo que damos hacia afuera es un reflejo de lo que tenemos dentro. Han puesto el poder de la pasión al servicio del ser, y ella les da el ímpetu necesario*

*para emprender la única búsqueda que cuenta: la de uno mismo.”*

## LA RECAPITULACIÓN

Al revisar mis notas, descubrí que otro de los temas a los que Carlos se refirió con más insistencia en sus pláticas fue a la recapitulación. Afirmó que ese es el ejercicio al que los brujos dedican la mayor parte de su tiempo. En una ocasión comentó que, a pesar del drenaje energético al que la interacción social nos expone, todos tenemos una opción, pues la característica sellada de nuestra constitución luminosa nos permite recomenzar desde cero a cada momento para recuperar nuestra totalidad. “Nunca es tarde -afirmó-. Mientras estamos vivos, siempre hay un modo de vencer cualquier tipo de bloqueo. La mejor manera de recuperar las fibras luminosas que hemos disipado es llamando de regreso a nuestra energía. La parte más importante es dar el primer paso. Para quienes están interesados en el aborro y recuperación de su energía, el único camino abierto es la recapitulación. Un brujo sabe que si no vamos por nuestros fantasmas, ellos vienen por nosotros. Por eso no deja pendientes. Recuenta su pasado, busca la coyuntura mágica -el momento exacto donde se involucró con los destinos de la gente-, aplica toda su concentración a ese punto y desanuda los lazos del intento. Los brujos dicen que llevamos nuestra existencia a la distancia de un recuerdo. Pasamos la vida enganchados, dolidos por algo que ocurrió hace treinta años y cargando un fardo que ya no tiene sentido. ¿No lo



perdono!’, gritamos, pero no es cierto, ¡no nos perdonamos a nosotros mismos! Los compromisos emocionales que contraemos con la gente son como inversiones que hemos hechos a lo largo del camino. ¡Hay que ser muy necios para dejar tirado nuestro patrimonio por ahí! La única forma en que podemos volver a estar completos es recogiendo esa inversión, reconciliándonos con nuestra energía y disipando la carga de los sentimientos. El mejor método que han descubierto los brujos para ello, es rememorar los sucesos de nuestra historia personal hasta su completa digestión. La recapitulación te saca del pasado y te inserta en el ahora. No podemos evitar el haber nacido como cogidas aburridas, y tampoco el haber invertido la mayor parte de nuestra luminosidad en hacer hijos o mantener relaciones extenuantes. Pero podemos recapitular; eso cancela el efecto energético de aquellos actos. Afortunadamente, en el ámbito de la energía no existen cosas como el tiempo y el espacio. Así que es posible regresar al lugar, al momento mismo donde se dieron los eventos a ser revividos. No es muy difícil, ya que todos sabemos muy bien dónde nos duele. Recapitular es acechar nuestras rutinas, sometiénolas a un escrutinio sistemático y despiadado. Es la actividad que nos permite visualizar nuestra vida como totalidad y no como una sucesión eventual de momentos. Sin embargo, y aunque esto pueda parecer extraño, sólo los brujos recapitulan como norma, el resto de la gente apenas lo hace por casualidad. La recapitulación es la herencia de los antiguos videntes, la práctica básica, la esencia de la brujería. Sin ella no hay camino. Don Juan solía referirse despectivamente a los aprendices que no habíamos recapitulado como ‘radioactivos’. Don Genaro ni siquiera me daba la mano, y si yo lo rozaba

por casualidad, corría a lavarse como si lo hubiese infectado. Decía que yo estaba lleno de porquería y que se me escurría por cada poro de la piel. Con esa parodia, me inculcó la idea de que recapitular es un acto elemental de higiene.”

En otra conferencia, Carlos se refirió al estancamiento luminoso que describió como una fijación de nuestra atención que bloquea el flujo de la energía. Dijo que esto ocurre cuando nos negamos a enfrentar los hechos y nos resguardamos detrás de acciones evasivas. También, cuando dejamos asuntos pendientes o contraemos compromisos que nos atan. La consecuencia del estancamiento es que la persona deja de ser ella misma. Al estar presionada por la cadena de decisiones que ha tomado durante su vida, ya no puede actuar de manera deliberada y se enreda en las circunstancias. Esta situación puede llegar al punto de la enfermedad mental o física, y sólo se puede solucionar a través de la recapitulación. Sostuvo que, en esencia, recapitular consiste en hacer una lista de las heridas causadas por nuestras interacciones. El siguiente paso es viajar de regreso al momento cuando tuvieron lugar los hechos para absorber de vuelta lo que nos pertenece y devolver lo ajeno. “El guerrero comienza rebobinando su día. Reconstruye las conversaciones, descifra los significados, recuerda las caras y los nombres, busca matices, insinuaciones, disecciona las reacciones emocionales propias y ajenas. No deja nada al azar, agarra los recuerdos del día uno por uno y los limpia a través de la respiración. También escudriña capítulos y categorías completas de su vida. Por ejemplo, las parejas que tuvo, las casas en que vivió, escuelas, lugares de trabajo, amigos y enemigos, peleas

y momentos felices, y así. Lo ideal es acometer la tarea por orden cronológico, desde el recuerdo más reciente hasta el más lejano que es posible evocar. Pero, para empezar, es más fácil hacerlo por temas. Una forma muy rentable del ejercicio, accesible a todos nosotros, es la recapitulación fortuita. Si se dan cuenta, constantemente estamos recapitulando. Todos los recuerdos que conforman nuestro diálogo interno pueden ser catalogados como tal. Sin embargo, los evocamos en forma involuntaria. En lugar de observarlos en silencio, los juzgamos, interactuamos con ellos visceralmente. Eso es lastimoso. Un guerrero aprovecha la oportunidad, porque esos recuerdos, aparentemente al azar, son avisos de nuestro lado silencioso.

Señaló que para recapitular no hacen falta condiciones especiales. Se puede intentar el ejercicio en cualquier momento y lugar en que uno se sienta animado a hacerlo. “Los guerreros recapitulan cuando van por el camino, en el baño, al trabajar o al comer, ¡cuando sea posible! Lo importante es hacerlo.” Añadió que no hay una postura definida. El único requisito es estar cómodos, para que el cuerpo físico no demande atención ni interfiera con los recuerdos. “Sin embargo, los brujos toman muy en serio el ejercicio. Algunos usan para ese efecto cajas de madera, tapancos, armarios, o cuevas. Otros se fabrican un asiento en las ramas más altas de los árboles grandes o excavan un hueco en la tierra y lo cubren con ramas. Una buena práctica es recapitular sentados en la cama, en la penumbra, antes de acostarnos a dormir. Cualquier medio que nos aisle del entorno sirve para recapitular formalmente. Una vez que hemos localizado un evento y recreado cada una de sus partes, hay que inhalar para recuperar la energía

que dejamos atrás y exhalar las fibras que los demás depositaron en nosotros. La respiración es mágica, porque es una función que da la vida.” Nos explicó Carlos que este tipo de respiración debe estar acompañado de un movimiento lateral de la cabeza al que los brujos llaman “ventilar el evento”. Alguien le preguntó si hay que respirar de derecha a izquierda o viceversa. Respondió: “¿Qué importa eso? Es un trabajo energético, no hay un patrón fijo. Lo que vale es el intento. Aspiren cuando busquen recuperar algo y soplen de regreso todo lo que no sea de ustedes. Si hacen eso con la totalidad de su historia, dejarán de vivir atados a una cadena de recuerdos y se enfocarán en el presente. Los videntes describen ese efecto como enfrentarse a los hechos tal como son o ver el tiempo objetivamente.”

Le preguntaron qué hay que hacer con los recuerdos una vez que los localizamos, si se trata de examinarlos con algún método psicoanalítico o algo así. Respondió: “No hay que hacer nada en particular. Los propios recuerdos buscan su cauce y la luminosidad se reordena por sí sola a través de la respiración. Tú solo inténtalo, ponte disponible; el espíritu te dirá cómo hacerlo. La recapitulación parte de adentro, se sostiene a sí misma. Es asunto de acallar la mente y nuestro cuerpo energético toma el control, haciendo lo que para él es un deleite hacer. Te sientes bien, confortado; lejos de darte trabajo, te descansa. Tu cuerpo lo percibe como un inefable baño de energía. Pero debes tener la actitud correcta. No confundas el ejercicio con una cuestión psicológica. Si lo que necesitas son interpretaciones, ¡ve con el psiquiatra! Él te dirá qué hacer para seguir siendo el idiota que eres. Tampoco debes andar detrás de una lección. Las historias con moraleja sólo existen en los

cuentos de niños. La recapitulación es una forma especializada de acecho y deben emprenderla con un alto sentido de estrategia. Se trata de entender y poner en orden nuestras existencias, viéndolas tal y como son, sin remordimientos, reproches o felicitaciones, con desapego total y un ánimo de ligereza, incluso de humor, porque nada en nuestra historia es más importante que nada y todas las relaciones, al final, son efímeras. Lo importante es empezar, pues la energía que recuperamos desde el primer intento nos dará fuerzas para seguir recapitulando aspectos más y más intrincados de nuestras vidas. Primero, hay que ir por la inversión más fuerte, que son los sentimientos más desgarradores. Después, vamos por aquellas memorias tan profundas que ya creíamos olvidadas, pero que ahí están. Al principio, el recapitular puede darnos algún trabajo, porque nuestra mente no está acostumbrada a la disciplina. Pero, después de cerrar las heridas más dolorosas, la energía se reconoce a sí misma y nos vamos volviendo adictos al ejercicio. Desde ese momento, cada partícula de luz que recuperemos nos ayuda a ganar más. En el momento en que ustedes se dispongan a deshilar voluntariamente la trama de sus historias personales, estarán dando un paso decisivo.

Respondiendo a otra pregunta, dijo que la recapitulación no tiene fin, debe durar hasta el final de nuestros días y más allá. “Yo estiro mis fibras al recordar cada noche lo que ocurrió durante el día. Así, mi lista de eventos se mantiene actualizada. Pero una vez al año me entrego a un ejercicio más completo y total, para lo cual me aparto de todo durante varias semanas. Advirtió que, no por ser cotidiano, hemos de ver el ejercicio como una rutina. “Si no recupera-

mos la totalidad de nuestra energía, nunca llegaremos al poder de nuestras decisiones; siempre habrá un ruido de fondo, un comando foráneo ahí. Y sin el poder de sus decisiones un hombre no es nada. Actualizar los eventos es lo ideal, porque limpia las heridas del pasado y descongela los conductos energéticos. De ese modo, rompes la fijeza de la mirada ajena, desenmascaras los patrones de conducta de la gente y ya nada puede volver a engancharte. Te vuelves un ser soberano; tú decides qué quieres hacer de ti mismo.”

Otra de las preguntas que le hicieron fue concerniente a los afectos de la recapitulación sobre la conciencia. Sostuvo que el ejercicio tiene dos efectos principales. “En lo inmediato, corta nuestro diálogo interno. Cuando un guerrero logra detener su diálogo está estrechando relaciones con su energía. Eso le libera de la obligación de la memoria y de la carga de los sentimientos, y deja un residuo energético que puede invertir en ampliar las fronteras de su percepción. El guerrero comienza a apreciar lo genuino, no la interpretación. Por vez primera, hace contacto con el consenso de los brujos, que es la descripción de una realidad inconcebiblemente integrada. Es normal que un guerrero en esta etapa se ría por cualquier cosa, porque la energía proporciona alegría. Gracias a su recapitulación, está contento, rebosante, salta como un niño. Por otro lado, comienza a hacerse una persona terrible, ya que, al tener intacta su luminosidad y su vida limpia, las decisiones ya no van a ser un obstáculo para él. Va a decidir lo que sea necesario en el momento que quiera, y eso a los demás los asusta. También es aquí donde el guerrero requiere una dosis extra de sobriedad y cordura, pues, de no ser así, correría riesgos innecesarios, poniendo en peligro su

seguridad y la de otros. Otro efecto de la recapitulación es que funciona como una invitación al espíritu para que venga y haga morada con nosotros. Dicho en otros términos, recordar nuestro pasado es el método más eficaz para unificar los cuerpos físico y energético que durante años han estado separados.”

Siguió diciendo que el brujo que ha logrado recompactar lo más grueso de su energía está en condiciones de proponerse una proeza intelectual: intentar una copia de su experiencia para burlar a la muerte. *“Tal es el objetivo final de la recapitulación: crearse un doble y prepararse para partir. No hay que ser brujo para entender la importancia de todo esto. Morir en deuda es una lastimosa forma de morir. En cambio, tener un doble que ofrecer al Águila es la garantía de seguir adelante. La lucha de los brujos es heroica. Al recapitular impecablemente el contenido de sus vidas, ellos recogen las fibras que drenaron su atención y devuelven a quienes han conocido toda la atención que éstos les cedieron. De ese modo, llegan a un balance que les permite partir con toda su conciencia. Sus recuerdos, coherentes, pulidos e integrados, funcionan como un ser independiente, que servirá de boleto a cambio de su conciencia. El Águila toma ese esfuerzo como un pago y se hace a un lado, porque le basta con nuestra réplica para satisfacer su demanda. Los videntes ven ese momento como una explosión de energía que alinea la conciencia encapsulada del brujo con la totalidad de las emanaciones de afuera, y su punto de encaje se alarga infinitamente, como un torbellino de luz.”*

En otra de sus charlas se refirió a un método diseñado por los nuevos videntes que puede ayudar al ejercicio de la recapitulación. Afirmó: *“Una de las*

*tareas de los brujos es analizar constantemente las insinuaciones del espíritu. Para ello, suelen llevar un libro de sucesos memorables, un mapa de las ocasiones en que el espíritu intervino en sus vidas, obligándoles a tomar decisiones de una forma voluntaria o involuntaria.”* Explicó que la ventaja de esta técnica es que, al escribir, nos desapegamos un mínimo de las cosas y logramos enfocarlas con más objetividad. *“No se trata de describir nuestra rutina diaria, sino de estar atentos a los raros momentos en que el intento se manifiesta. Esas son coyunturas mágicas, porque producen cambios y nos ponen frente al sentido de nuestra existencia.”* A petición, nos puso algunos ejemplos de sucesos de ese tipo. *“Aunque las señales del espíritu son un asunto de lo más personal, hay eventos comunes que por lo general marcan la vida de la gente, como nacer, elegir una carrera, entrelazar el destino con el de otra persona o tener hijos. También las enfermedades y accidentes graves, porque establecen un nexo con la muerte. Para quienes tienen la fortuna de encontrar un conducto del espíritu bajo la forma de un nagual, éste es sin duda el suceso más memorable de todos. Las intervenciones del intento son precursores, memorias muy significativas para un guerrero, y se pueden usar como marcos de referencia de donde partir para explorar los episodios de la historia personal. Hay que tener la presteza y la claridad para seleccionarlás y sintetizarlás, extrayendo el lado personal y dejando la esencia mágica. De ese modo, se transforman en lo que los nuevos videntes llaman ‘los centros abstractos de la percepción’, una matriz de intento que un guerrero tiene el deber de descifrar.”*

## EL UMBRAL DEL SILENCIO

Una de las características de Carlos era no ser previsible. A veces llegaba puntualmente a sus citas, otras veces tardaba más de una hora. El sistema tenía sus ventajas; hacía que los menos interesados se levantaran y se fueran, y a los más comprometidos los obligaba a cultivar la paciencia. Esa tarde la cita fue en la Universidad de México. Entre otras muchas cuestiones, le preguntaron si él creía en Dios. Como respuesta, Carlos nos pidió que no confundiéramos sus palabras con un mensaje religioso. *“Los brujos -dijo- se atienen a su experiencia. Han cambiado el creer por el ver. Hablan del espíritu, no porque crean en su existencia, sino porque le han visto. Pero no lo ven como un padre amoroso que vea por encima de todos, allá arriba. Para ellos, el espíritu es algo mucho más directo e inmediato, un estado de conciencia que trasciende la razón. Todo lo que llega a nuestros sentidos es una señal. Sólo hay que tener la velocidad necesaria para silenciar la mente y captar el mensaje. Mediante esas indicaciones, el espíritu nos habla con una voz muy clara.”* Uno de los presentes notó que, aún tratándose de una metáfora, la idea de escuchar al espíritu o hablar con él tenía un aire excesivamente religioso. Pero Carlos fue tajante en su definición: *“¡Esa voz no es una metáfora! ¡Es literal! A veces se compone de palabras, otras veces sólo susurra o despliega una escena delante de nuestros ojos, como una película. De ese modo, el espíritu nos transmite sus comandos, que pueden resumirse en una sola expresión: ‘Intenta, intenta!’.* La voz del espíritu nos habla a todos por igual, pero no nos damos cuenta. *Estamos tan ocupados con nuestros pensamientos que,*

*en lugar de hacer silencio y escuchar, preferimos recurrir a todo tipo de subterfugios. Por eso existen los convocadores.”* Le preguntaron qué era un convocador. Respondió: *“Es un recurso de la atención, una manera de acceder a otro nivel de conciencia. Podemos usar casi cualquier cosa para sintonizar al espíritu, porque, finalmente, está detrás de todo lo que existe. Pero ciertas cosas nos atraen con más fuerza que otras. Por lo común, la gente tiene sus oraciones, sus rezos y amuletos, o elabora rituales privados y colectivos. Los brujos de la vieja guardia eran propensos al misticismo; usaban la astrología, oráculos y conjuros, varas mágicas, cualquier cosa que burlase la vigilancia de la razón. Pero, para los nuevos videntes, esos recursos son un despilfarro y ocultan un peligro: pueden desviar la atención de la persona que, en lugar de enfocarse en su vínculo inmediato con el espíritu, se hace adicta al símbolo. Los guerreros actuales prefieren métodos menos ostentosos. Don Juan recomendaba intentar directamente el silencio interior.”*

Recalcando las palabras, precisó que *la brujería es el arte del silencio. “El silencio es un pasadizo entre los mundos. Al callar nuestra mente, emergen aspectos increíbles de nuestro ser. A partir de ese momento, la persona se hace vehículo del intento y todos sus actos comienzan a rezumar poder. Durante mi aprendizaje, mi benefactor me mostró prodigios inexplicables que me espantaban, pero, al mismo tiempo, despertaban mi ambición; ¡yo también quería ser poderoso como él!. Frecuentemente le preguntaba cómo podía yo aprender sus trucos, pero él colocaba un dedo sobre sus labios y se me quedaba viendo. Sólo fue años más tarde cuando pude apreciar plenamente la magnífica lección de su*

respuesta. *La clave de los brujos es el silencio.*” Uno de los presentes le pidió que definiese ese concepto. Contestó: *“No es definible. Cuando lo practicas, lo percibes. Si tratas de entenderlo, lo bloqueas. No lo veas como algo difícil o complejo, porque no es nada del otro mundo; tan sólo es acallar la mente. Podría decirles que el silencio es como un muelle a donde llegan los barcos; si el muelle está ocupado no hay cabida para nada nuevo. Tal es mi visión del asunto, pero, en verdad, no sé cómo hablarles de eso.”*

Explicó que el silencio mental no es solamente la ausencia de pensamientos. Más bien, se trata de suspender los juicios, de atestiguar sin interpretar. Sostuvo que entrar al silencio se puede definir, según el contradictorio modo de los brujos, como “aprender a pensar sin palabras”. *“Para muchos de ustedes lo que yo estoy diciendo no tiene sentido, porque están acostumbrados a consultarlo todo con la mente. Lo irónico es que, para empezar, los pensamientos ni siquiera son nuestros, suenan a través de nosotros, lo que es diferente. Y, como nos acosan desde que tenemos uso de razón, hemos terminado por acostumbrarnos a ellos. Si le preguntan a la mente, ella les dirá que el propósito de los brujos es necedad, porque no se puede demostrar con la razón. En lugar de aconsejarles que vayan y verifiquen honradamente ese propósito, ella les ordenará que se escondan detrás de un sólido bloque de interpretaciones. Por tanto, si quieren darse una oportunidad, sólo les queda una salida: ¡desconecten la mente! La libertad se logra sin pensar. Conozco gentes que consiguieron parar su diálogo interno y ya no interpretan, son pura percepción; nunca se desilusionan o se arrepienten, pues todo lo que hacen parte del centro de la decisión. Han apre-*

*ndido a lidiar con su mente en términos de autoridad y viven en el más auténtico estado de libertad.”*

Siguió diciendo que el silencio es nuestra condición natural. *“Nacimos del silencio y allá volveremos. Lo que nos contamina son las ideas superfluas que se cuelan en nosotros a partir de nuestra forma colectiva de vivir. Nuestros parientes, los primates, tienen costumbres sociales muy arraigadas cuyo objetivo es disminuir los niveles de tensión dentro del grupo. Por ejemplo, dedican mucho de su tiempo a acariciarse, olerse o extraerse mutuamente los piojos. Esas costumbres son genéticas, así que no han muerto; están aquí dentro, con ustedes, con ustedes y conmigo. Sólo que los humanos hemos aprendido a sustituirlas por intercambios de palabras. Cada vez que tenemos una oportunidad, nos tranquilizamos unos a otros platicando sobre cualquier cosa. Después de milenios de convivencia, hemos interiorizado esos intercambios al punto que ya sea que estemos dormidos o despiertos, nuestra mente no está quieta, siempre está hablando consigo misma. Don Juan afirmaba que somos animales predatorios que, a fuerza de amansarnos, hemos terminado por convertirnos en rumiantes. Pasamos la vida regurgitando una lista interminable de opiniones sobre casi todo. Los pensamientos nos llegan en racimos; uno empalma con el otro, hasta rellenar todo el espacio de la mente. Ese ruido no tiene ninguna utilidad, porque prácticamente en su totalidad, está dirigido al engrandecimiento del ego. Debido a que va en contra de todo lo que nos fue enseñado desde niños, el silencio debe ser intentado con ánimo de combate. En este momento ustedes cuentan con una gran ventaja: la experiencia de los acechadores. Los brujos de ahora nos proponemos pasar por el mun-*



do sin llamar la atención, tratando con todos por igual. Un guerrero acechador se hace dueño de la situación, para bien o para mal, porque hay algo terriblemente efectivo en actuar sin la mente.”

Le pidieron que nos diese algunos ejercicios prácticos para llegar al silencio. Contestó que ese era un asunto muy privado, porque los resortes del diálogo interno se nutren de nuestra historia personal. “Sin embargo, a través de milenios de prácticas, los brujos han observado que, en el fondo, somos muy parecidos y hay situaciones que tienen el efecto de silenciarnos a todos por igual. Mi maestro me transmitió diversas técnicas para acallarme que, bien entendidas, se reducen a una: el intento. El silencio se intenta crudamente, haciendo el esfuerzo. Es cosa de insistir una y otra vez. Ello no significa que reprimamos nuestros pensamientos, sino que aprendamos a controlarlos. El silencio empieza con una oración, un acto de voluntad que se convierte en el comando del Aguila. Sin embargo, hemos de tener en cuenta que mientras nos imponemos el silencio nunca estaremos verdaderamente ahí, sino en la imposición. Hay que aprender a transformar la voluntad en intento. El silencio es tranquilo, es un abandonarse, dejarse ir. Produce una sensación de ausencia, como la que tiene un niño cuando se queda mirando al fuego. ¡Qué maravilla recordar ese sentimiento, saber que se puede volver a evocar! El silencio es la condición fundamental del sendero. Yo pasé largos años batallando para conseguirlo y todo lo que logré fue enrollarme en mi propia tentativa. Además de la plática habitual que desde siempre tenía lugar en mi mente, comencé a recriminarme por no poder entender qué era lo que don Juan esperaba de mí. Todo cambió un día, mientras me

hallaba contemplando distraídamente unos árboles; el silencio se abalanzó desde ellos como una fiera, parando mi mundo y arrojándome a un estado paradójico, por nuevo y a la vez conocido. La técnica de observar, es decir, de contemplar el mundo sin ideas preconcebidas, funciona muy bien con los elementos. Por ejemplo, con las llamas, la caída del agua, las formas de las nubes o la puesta del sol. Los nuevos videntes le llaman ‘engañar a la máquina’, porque, en esencia, consiste en aprender a intentar una nueva descripción. Uno tiene que luchar denodadamente para conseguirlo, pero, después que ocurre, el nuevo estado de conciencia se sostiene con naturalidad. Es como poner el pie en la puerta, ya que está abierta y es asunto de acumular suficiente energía para pasar al otro lado. Lo importante es que nuestro intento sea inteligente. De nada vale que nos esforcemos por llegar al silencio si primero no le creamos condiciones favorables para que se sostenga. Por lo tanto, además de ejercitarse en la observación de los elementos, un guerrero está obligado a hacer algo muy simple, pero muy difícil: ordenar su vida.”

“Todos vivimos en una cadena de intensidad a la que llamamos ‘tiempo’. Como no divisamos su fuente, tampoco nos detenemos a pensar en su fin. Mientras somos jóvenes nos sentimos eternos, y para cuando envejecemos, sólo nos queda quejarnos por el ‘tiempo perdido’. Pero eso es una ilusión, el tiempo no se pierde, ¡nos perdemos nosotros! La sensación de que tenemos tiempo es un equívoco que nos lleva a desperdiciar la energía con todo tipo de compromisos.” Cuando un hombre conecta con el silencio interno, revalora su tiempo. Así que, otra forma de definirlo, es decir que el silencio es una aguda conciencia del presente.



*“Un método infalible para conseguir el silencio es el no-hacer, una actividad que programamos con nuestra mente, pero que tiene la virtud de acallar los pensamientos una vez que es puesta en marcha. Don Juan le llamaba a ese tipo de técnicas ‘sacar una espina con otra’.”* Puso como ejemplo de no-hacer el escuchar en la oscuridad, trocando la prioridad de nuestros sentidos y el comando que nos obliga a dormirnos en cuanto cerramos los ojos. También, conversar con las plantas, pararnos de cabeza, caminar hacia atrás, observar las sombras, la distancia o los espacios entre las hojas de los árboles. *“Todas esas actividades son de lo más efectivas para acallar nuestro diálogo, pero tienen un defecto: no podemos sostenerlas durante mucho tiempo. Después de un rato, nos vemos forzados a recuperar nuestras rutinas. Un no-hacer que se exagere, automáticamente pierde su poder y cae dentro del hacer. Si lo que queremos es acumular silencio profundo, de efectos duraderos, el mejor no-hacer es la soledad. Junto con el ahorro de la energía y el abandono de aquellos que nos dan por hechos. El mundo del guerrero es de lo más solitario que hay. Aún cuando varios aprendices se junten para viajar por las rutas del poder, cada uno sabe que está solo, que no puede esperar nada del otro ni depender de nadie. Lo más que puede es compartir su camino con quienes le acompañan. Estar solos requiere un gran esfuerzo, porque aún no hemos aprendido a sobreponernos al comando genético de la socialización. Al principio, el aprendiz debe ser forzado a ello por su maestro, a través de trampas si es preciso. Pero con el tiempo aprende a disfrutarlo. Es normal que los brujos busquen el silencio en la soledad de la montaña o en el desierto y que vivan solos durante largos períodos.”*

Alguien comentó que esa era “una perspectiva horrorosa”. Carlos replicó: *“¡Horroroso es llegar a viejos como unos niños llorones! Una de las ironías de la vida moderna es que, mientras más se incrementan las comunicaciones, más solitarios nos sentimos. La existencia del hombre común es de un desgarrador desolamiento. Busca compañía, pero no se encuentra a sí mismo. Su amor ha sido devaluado, su sueño es pura fantasía. Su curiosidad natural se ha vuelto un interés personal y sólo le quedan los apegos. En cambio, la soledad del guerrero es como el retiro de los enamorados, de lo que buscan un nicho apartado para escribir poemas a su amor. Y su amor está en todas partes, porque es esta tierra que por tan poco tiempo ha venido a pisar. Así que, donde quiera que vaya, el guerrero se entrega a su romance. Es natural que a veces rehuya el trato con el mundo; el silencio interior es solitario.”*

Siguió diciendo Carlos que los brujos antiguos solían emplear plantas de poder para detener el diálogo interno. Pero los guerreros actuales prefieren condiciones menos riesgosas y más controladas. *“Los mismos resultados producidos por las plantas podemos obtenerlos cuando nos ponemos contra la pared. Al enfrentar situaciones límite, como el peligro, el miedo, la saturación sensorial y la agresión, algo en nosotros reacciona y toma el mando, la mente se pone en alerta y suspende automáticamente su parloteo. El ponerse deliberadamente en esa situación se llama acecho. Sin embargo, el método preferido de los guerreros es la recapitulación. La recapitulación detiene la mente de una forma natural. El principal combustible de nuestros pensamientos son los asuntos pendientes, las expectativas y defensa del ego. Es muy difícil encontrar una*

persona cuyo diálogo interno sea sincero; lo común es que disimulemos nuestras frustraciones yéndonos al extremo opuesto. Así, el contenido de nuestra mente se vuelve una oda al yo. Recapitular acaba con todo eso. Después de un tiempo de esfuerzo sostenido, algo cristaliza ahí dentro. El diálogo habitual se nos hace incoherente, incómodo; no queda otro remedio que pararlo. Es normal que un aprendiz en esta fase se enfrente a un fuego cruzado. Por un lado, está la homogenización de su punto de encaje; y por el otro, unos enormes paréntesis de silencio que se cuclan en su mente, fragmentándola. Cuando se agota la inercia del diálogo interno, el mundo se hace de nuevo. La oleada de energía se siente como un insoportable vacío que se abre bajo los pies. Por tal motivo, el guerrero puede pasar años de inestabilidad mental. Lo único que le conforta en tal situación es mantener claro el propósito de su camino y no perder, bajo ninguna circunstancia, su perspectiva de libertad. Un guerrero impecable jamás pierde la cordura. Si al aplicar alguna de estas técnicas sienten que la mente se estremece y una voz que no es la habitual comienza a susurrarles cosas al oído, eso es normal y no deben asustarse. No están enloqueciendo, están entrando en el consenso de los brujos.”

Le preguntaron si el mover el punto de encaje también atrae el silencio. Respondió: “Es al revés. El silencio interno induce desplazamientos del punto de encaje, que son acumulativos. Una vez alcanzado cierto umbral, el silencio puede por sí mismo mover el punto a una gran distancia, pero no antes.” Explicó que la fuerza del consenso colectivo tiene cierta inercia, que varía de persona a persona, según sus características energéticas. La resistencia de la descripción

del mundo puede ir desde unos segundos a un ahora o más, pero no es eterna. Vencerla mediante un intento sostenido es lo que los brujos llaman “llegar al umbral del silencio.” “Esa ruptura se siente físicamente, como un chasquido en la base del cráneo o como un sonido de campana. A partir de ahí, es asunto de cuánta fuerza se ha acumulado. Hay quienes paran su diálogo interno por unos segundos y de inmediato se asustan, comienzan a preguntarse cosas o a describirse a sí mismos lo que sienten. Otros aprenden a permanecer en ese estado durante horas o días, e incluso lo emplean para actividades útiles. Por ejemplo, ahí tienen mis libros; por exigencia de don Juan, los he escrito desde un estado básico de silencio. Pero los brujos con experiencia van aún más lejos; ellos pueden entrar en forma definitiva al otro mundo. Conocí a un guerrero que vivía casi permanentemente allí. Cuando yo le preguntaba algo, me respondía lo que estaba viendo, sin importarle que esa respuesta fuese coherente con mi pregunta. Vivía más allá de mi sintaxis. Desde mi punto de vista de aprendiz ¡por supuesto que estaba loco! A pesar de ser indefinible, podemos medir el silencio a través de sus resultados. Su efecto final, el que buscan los brujos con avidez, es que nos sintoniza con una dimensión magnífica de nuestro ser, donde tenemos acceso a un saber instantáneo y total que no se compone de razones, sino de certidumbres. Las antiguas tradiciones describen ese estado como ‘el reino del cielo’, pero los brujos prefieren llamarle por un nombre menos personal: el conocimiento silencioso. Puede decirse que un hombre que domina el silencio ha limpiado su vínculo con el espíritu y el poder desciende a raudales sobre él. Un chasquido de dedos, ¡zas!, y el mundo se hace otro. Don Juan se refería a ese estado como ‘el

*salto mortal del pensamiento, porque comenzamos en el mundo de todos los días, pero ya nunca volvemos a caer ahí.”*

El extraño poder de fascinación que ejercían sobre mí las pláticas de Carlos, hacía que la simple idea de perderme uno de esos encuentros me resultara insoportablemente dolorosa. En cierta ocasión le comenté sobre el asunto y me respondió: *“¡Ya estás enganchado! Don Juan siempre incitaba a quienes le rodeaban a sostener un romance con el conocimiento.”*

Le pregunté qué quería decir con eso. *“Es el deseo puro de saber, no sentir apatía, interesarse vivamente con lo que el espíritu viene a contarte, sin esperar nada de ello. Sólo el sostener un apasionado romance con el saber puede darnos la fuerza para no echarnos atrás cuando las señales apuntan en dirección a lo desconocido. Cuando su ausencia ya no corresponde a las expectativas humanas, cuando le lleva a situaciones que desafían la razón, entonces se puede decir que un guerrero ha entablado una relación íntima con el conocimiento. Tú has tenido una suerte extraordinaria al silenciar tu mente por un momento y permitir que el poder te señalara. Pero eso no basta; ahora tienes que ajustarte a su mensaje, para que tu vida sea la vida de un guerrero. En adelante, tu trabajo consistirá en cultivar un vínculo honesto y limpio con el infinito.”*

## SEGUNDA PARTE:

### DIÁLOGO DE GUERREROS

## SATURACIÓN CONCEPTUAL

En cierta ocasión expuse a Carlos lo difícil que me estaba siendo entender los postulados de la brujería y le pedí algunas definiciones que orientasen un poco mi racionalidad. Pero él me dijo que eso no era posible ni útil, ya que él no vivía en una realidad de consenso ordinario. *“Ni yo mismo me entiendo”* -me aseguró con absoluta seriedad. Sostuvo que ‘comprender’ es fijar nuestra atención en un punto específico desde donde las cosas se pueden explicar. Mientras más aceptado es ese punto por la generalidad de la gente, más verdadero nos parece. *“Pero el universo no es razonable, su esencia está más allá de toda descripción. La seguridad y el sentido común son como islotes que flotan en un mar sin fondo, a los que nos aferramos únicamente por temor. Si continuas en el sendero del conocimiento, pronto descubrirás que las explicaciones son un placebo, ya que nunca cumplen con lo que prometen. Por cada cosa que nos aclaran, generan una estela de contradicciones. En realidad, nunca entendemos nada; la verdadera enseñanza es física y nos llega después de años de lucha. Tal es la naturaleza de las lecciones del nagual. Sin embargo, los brujos han comprobado que existe una forma de entender las cosas sin razonarlas, y es llevándolas a la práctica. Una hora de prácticas arrasa con años de explicaciones y produce resultados reales, que se quedan para siempre. A medida que te hagas testigo del poder, la obsesiva presión de tu mente por estar al mando será anulada y en su lugar renacerá en ti el espíritu infantil de la aventura y el descubrimiento. En ese estado ya no piensas, actúas.”*

A continuación me preguntó hasta qué

punto mi interés por el conocimiento de los brujos del México antiguo era sincero. Le aseguré que de mi sinceridad no había dudas, y que estaba dispuesto a realizar cualquier esfuerzo, excepto a transgredir mis principios, basados en la honestidad y las buenas acciones. El estrechó mi mano. “*¡Eres el candidato ideal!*” -exclamó, no sé si en son de burla o con sinceridad. Para mi sorpresa, afirmó que mis principios, que no eran míos, sino de cualquiera persona inteligente y normal, eran una base muy buena para empezar el trabajo. “*Son tu materia prima. Pero ahora tienes que convertirlos en intento inflexible, porque si te quedas en las buenas intenciones no te servirán de nada.*” Haciendo una pausa, añadió: “*Yo puedo ayudarte a dilucidar las creencias de los videntes del México antiguo mediante una combinación de estudio y experiencias.*” Tomando mi silencio como un acuerdo, continuó describiendo un programa de acción que yo debía incorporar en mi mundo diario, basado en tres puntos: detener mi diálogo interno a base de puro intento, compactar mi energía mediante el reacomodo de mi forma de vida y soltar las amarras de mi mente para ensoñar. Dijo que ese programa estaba diseñado para ayudarme a aflojar un poco las fijaciones colectivas y animarme a contraer un compromiso práctico con los postulados de los brujos. Acepté su propuesta y me dispuse a escuchar.

Pero Carlos era cualquier cosa excepto un buen instructor. Cuando leía sus libros, al menos tenía la oportunidad de detenerme, releer una frase o dejarlo todo para después. Pero, al estar a su lado, su impaciencia y su incontinente torrente de palabras me agobiaban. Además, me daba la impresión de que

evitaba por todos los medios que estableciéramos una relación humana. Cuando le hice notar que ese método no funcionaba, me respondió que se trataba de una deliberada estrategia de cazador. Al parecer, él estaba acechando las rutinas de mi mente a través de lo que llamó la “saturación conceptual”. Le pregunté qué quería decir con eso y me explicó: “*La razón se satura cuando le das demasiado contenido de trabajo. Don Juan acostumbraba decir que los conceptos extraños, tales como los que manejan los brujos, deben ser repetidos hasta el cansancio, para que así ganen un lugar definido en nuestra conciencia, agobiada por el peso de tantos asuntos triviales. Lo que nos asusta frente a las lecciones de los brujos es que, aunque no lo queramos, constantemente estamos evaluando todo lo que llega hasta nosotros. Cuando el objeto de ese análisis es una proposición irracional, hay que tener mucha fuerza para no caer en el prejuicio. Si quieres conocer el lado mágico del mundo, sé implacable con tus razonamientos, no permitas que se acomoden, llévalos hasta su límite, al punto mismo de ruptura. En tales circunstancias, tu mente tendrá sólo dos opciones: imponerse, obligándote a abandonar el aprendizaje, o bien calmarse, dejándote en paz.*”

## UN INVENTARIO DE CREENCIAS

“*¿Cómo va tu recapitulación?*” Su pregunta me tomó desprevenido. Le respondí que aún no había intentado el ejercicio porque estaba esperando tener condiciones propicias en mi hogar. Me lanzó una mi-

rada muy seria, casi de reproche, y comentó que, para los brujos, la totalidad de un camino se resume en su primer paso. *“Eso significa que las condiciones ideales son aquí y ahora.”* Suavizando el tono de voz, concedió: *“Así nos pasa a todos en el primer momento. Observar nuestra vida es un ejercicio perturbador, porque nos asusta llegar hasta el fondo y se hace fácil dejarlo de un día para otro. Pero, si insistimos, después de algún tiempo de escrutinio comenzamos a descubrir que lo que siempre nos parecieron formas obvias y correctas de pensar, en realidad son creencias implantadas. Las ideas a las que nos volvemos adictos constituyen la materia más densa de nuestra contaminación mental. Por lo general, todas ellas parten de un defecto de sintaxis. Si cambia la forma de hablar, éstas dejan de tener sentido y son sustituidas por nuevas ideas. De ahí que haya tantos sistemas de creencias en el mundo. Desde el centro del conocimiento silencioso todos sabemos eso, por ello pocas veces estamos dispuestos a practicar nuestras creencias. Podemos pasar la vida hablando de amar al próximo o poner la otra mejilla, pero ¿quién se atreve a cumplir con eso? Ahí tienes las guerras por motivos religiosos, en las que la gente se mata por su forma peculiar de pronunciar el nombre de Dios. Los brujos saben que las creencias basadas en ideas son falsas.”*

Me explicó que el punto de partida de nuestras convicciones suele ser algo que nos dijeron en tono imperativo o persuasivo cuando éramos niños, antes de que tuviéramos un registro de experiencias para comparar, o bien el efecto de la propaganda masiva subliminal a la que el hombre actual se ve sometido. Con frecuencia, suelen provenir de un súbito y profundo arranque emocional, como el que

padecen aquellos que se dejan arrastrar por la histeria religiosa. Esa modalidad de creencia es meramente asociativa. *“Puesto que en el núcleo de cada una de nuestras acciones, costumbres o reacciones se esconde una creencia, entonces la tarea inicial en el camino del conocimiento es hacer un inventario de todas aquellas cosas en que hemos depositado nuestra fe.”* Me sugirió que dedicase una libreta nueva a ese ejercicio, donde debía apuntar todas mis creencias. Aseguró que esta práctica me serviría para hacerme un mapa de mis motivaciones y apegos. *“En cada caso -dijo-, debes buscar la fuente de tus creencias y analizar cada una de ellas con profundidad. Determina cuándo y por qué surgieron, qué había antes de eso y cómo te sentías, y cuánto ha cambiado tu fe con el paso de los años. La intención no es que justifiques nada, sino que, simplemente, dejes las cosas en claro. Este ejercicio se llama ‘acechando al creyente’.”* Predijo que el resultado de la práctica me llevaría a liberarme de mis convicciones de segunda mano, y recalcó que en el mundo de los brujos sólo es válida la experimentación directa.

## CREER SIN CREER

Acepté el ejercicio porque me pareció inofensivo. Durante un par de semanas me dediqué a catalogar todo aquello con lo que me sentía mentalmente identificado. Esperaba que mi inventario fuese sencillo y claro, pero pronto me sorprendió constatar que se iba transformando en una lista interminable de patrones de pensamiento, a veces no muy coher-

entes entre sí. Por ejemplo, una de mis creencias era que sólo las cosas demostrables son ciertas; al mismo tiempo, otra de ellas sostenía que existe una realidad suprema, un ser divino más allá de toda forma de experimentación. Por mucho que lo intenté, no pude reconciliar esa contradicción. En el campo de las no-creencias también tuve mis sorpresas. Lo más desagradable fue descubrir el modo como una simple sugestión había bloqueado para mí un área enorme de posibilidades. Cuando comencé a investigar por qué no me era honestamente posible aceptar las afirmaciones de Carlos respecto a que, a través del sueño, se puede acceder a otros mundos reales y completos, recordé que, cuando era muy pequeño y tenía alguna pesadilla, mi madre solía repetirme el estribillo de un cuento infantil que decía: “Los sueños, sueños son”.

Cuando nos volvimos a encontrar le conté superficialmente el resultado de mis pesquisas. Carlos me dijo que era suficiente, que ya había bastante material como para acometer la segunda parte del ejercicio. Entonces me sugirió que seleccionase la más importante de mis creencias, aquella que servía de base a todas las demás, y dejase de creerla por un momento. Así debía hacer con cada una de ellas, según su grado de importancia. “*¡Te aseguro que no es difícil!* -añadió, observando mi rostro de desconcierto-. *Y sobre todo, no le hace daño a tu fe. Recuerda, es sólo un ejercicio.*” Protesté. Con tono resuelto, le dije que la base de mis principios era mi certidumbre de que Dios existe, y que no estaba dispuesto a poner en duda o siquiera analizar ese asunto. “*¡No es cierto!* -gritó-. *¡Tu convicción más arraigada es que eres pecador y por eso estás justificado! Puedes equivocarte, despilfarrar tu en-*

*ergía, ceder a la ira, la lascivia, los caprichos y el temor; al fin y al cabo, ¡eres humano, Dios siempre perdona! No te engañes. O escoges tu creencia o ella te escoge a ti. En el primer caso es auténtica, es tu aliada, te sostiene y se deja manipular por tu voluntad. En el segundo, es una imposición y no vale la pena.*” Le repliqué que el ejercicio que él me proponía -tratar a mi fe con el mismo desenfado que quien cambia de camisa- no sólo era una actitud blasfema y mercenaria, sino que su práctica probablemente terminaría por arrojarme a un estado de confusión interna. Observó: “*¡No tienes que estar claro para entrar en el mundo de los brujos! La idea que tenemos de que la verdad va de la mano con la claridad es una trampa, porque el espíritu es algo demasiado inaccesible para ser entendido con nuestra frágil mente humana. Como bien sabes, la esencia de la religión no es la claridad, sino la fe. ¡Pero la fe no vale nada en comparación con la experiencia! Los brujos son prácticos; desde su punto de vista, lo que creemos o dejamos de creer es absolutamente irrelevante. No importa la historia que contemos, lo que importa es el espíritu. Cuando hay poder, el contenido de la mente es algo secundario. Un brujo puede ser ateo o creyente, budista, musulmán o cristiano, y aún así, cultivar la impecabilidad, lo cual automáticamente le llevará al poder.*”

Sus palabras me irritaron más allá de lo razonable. Al darme cuenta de ello, me quedé sorprendido al constatar hasta qué punto habían penetrado en mí las doctrinas católicas aprendidas durante mi niñez. Ahora que Carlos las ponía en duda, sentía como si me estuviese despojando injustificadamente de algo muy valioso. El notó mi dilema y se echó a reír. “*No confundas las cosas* -me dijo-. *Las religiones*



no son un remedio, sino una consecuencia del lastimoso estado de conciencia del lastimoso estado de conciencia en que permanece el ser humano. Están repletas de buena intención, pero muy poca gente se apresta a cumplir con ellas. Si sus compromisos significaran algo realmente valioso, ¡el mundo estaría lleno de santos, no de pecadores! En el momento en que se masifican, todas las ideologías, incluyendo el nagualismo, se convierten en mafias culturales, escuelas para adormecer al hombre. Por muy sutiles que sean sus planteamientos y por más que intenten validarlos con la corroboración personal, terminan condicionando nuestras acciones a cierta forma de recompensa o castigo, y con ello pervierten la esencia misma de la búsqueda. Si el pilar de mi fe es un salario, ¿qué mérito tiene? Los brujos aman la pureza de lo abstracto. Para ellos, lo valioso del sendero con corazón no es tanto a dónde nos lleva como qué tan intensamente lo disfrutamos. La fe tiene cierto valor en una vida común y corriente, pero no sirve de nada en contra de la muerte. Nuestra única esperanza frente a lo inevitable es el camino del guerrero. A la capacidad de manipular sus apegos mentales los brujos le llaman ‘creer sin creer’. Ellos han perfeccionado ese arte hasta el punto de que pueden identificarse sinceramente con cualquier idea, vivirla, amarla y desecharla si viene al caso, sin remordimientos de conciencia. Y dentro de esa libertad de elección, se hacen preguntas de brujos; por ejemplo, ¿por qué aceptarme como pecador si puedo ser impecable?”

Después de alguna resistencia, concordé con Carlos en que no podía haber nada de malo en someter a mis creencias a una sacudida. Según pude atestiguar, el principal efecto de la técnica de “creer sin

creer” fue poner en evidencia la increíble fragilidad de mi catálogo de ideas, dispuesto a desintegrarse al menor golpe. Entendí por qué don Juan afirmaba que el mundo en que vivimos es un tejido mágico, la magia del “primer anillo de poder.”

## LA PRÁCTICA DEL SILENCIO

Como base para el silencio mental, Carlos me sugirió que luchase en contra de lo que llamó mi “condición doméstica”, es decir, mi pertenencia a un medio social. Lo refirió como un primer paso hacia la libertad. “Poner en tela de juicio nuestras interacciones significa analizar de nuevo un montón de cosas que siempre dimos por sentado, comenzando por nuestro rol sexual, y terminando por los compromisos familiares, religiosos y cívicos que solemos contraer. No se trata de juzgar o subvertir nada, sino de observar. El observar, por sí mismo, tiene un efecto sobre las cosas.” Le pedí que me explicase cómo el acto pasivo de atestiguar puede modificar las cosas. Me respondió que la atención nunca es pasiva, por muy tenue que sea, porque está formada de la misma materia que conforma el universo. El sólo acto de ejercerla implica una transferencia de energía. “Es como la velocidad que, al ser aplicada a un objeto, le añade masa. Asimismo, el enfoque de la atención añade realidad a las cosas, y esa realidad tiene un límite, después del cual, el mundo que conocemos se desintegra. El secreto de los prodigios de los brujos es la canalización de la atención. No importa cómo la apliquen, ya sea para bien o para mal, lo que

*cambia es la intención, no la fuerza del enfoque. Para los nuevos videntes, lo mágico de la brujería no está en sus resultados, sino en los modos como llegamos a ellos. Por lo tanto, tu mejor intento como aprendiz es acallar tu mente.”*

Cuando regresé a verle le confesé que, a pesar de que llevaba un buen tiempo tratando de cumplir con su consejo, no notaba ningún adelanto sustancial en cuanto al logro de un estado de quietud interior. Por el contrario, había notado que mis pensamientos estaban más agitados y confusos que nunca. Me explicó que esa sensación es consecuencia normal de la práctica. “Como todo principiante, estás tratando de clasificar el silencio como un elemento más de tu inventario de creencias. El objetivo de tu inventario fue hacerte consciente del peso que tienen nuestros prejuicios. Empleamos casi toda la energía disponible en sostener un esquema del mundo, y eso lo conseguimos mediante sugerencias conscientes o inconscientes. Cuando un aprendiz se libera de esa cárcel, la sensación que tiene es que ha caído en un océano de paz y silencio. No importa que hable, cante, llore o medite, esa sensación permanece. En las primeras etapas del camino es muy difícil encarar el silencio como práctica, porque, en cuanto detectamos la ausencia de pensamientos, surge una vocecilla traviesa que nos felicita por ello. Eso automáticamente rompe el estado. El problema ocurre porque confundes el objetivo de los brujos con un ideal. El concepto de ‘silencio’ es demasiado tenue para una mente como la tuya, acostumbrada a las clasificaciones. Es obvio que te has planteado el ejercicio en términos auditivos, como carencia de sonido. Pero no es así. Lo que quieren los brujos es algo más sencillo. Ellos procuran resistir a

*las sugerencias, sólo eso. Si logras hacerte dueño de tu mente y pensar con propiedad, sin juicios previos ni falsas convicciones, podrás cancelar la parte doméstica de tu naturaleza, un logro supremo. De otro modo, ni siquiera entenderás de qué se trata el ejercicio. Una vez que aprendemos a obviarlos, sin agraviarnos con ellos ni prestarles ningún tipo de atención, los comandos de la mente se quedan en nuestro interior por algún tiempo y después se irán. Así que no se trata de ‘sacarlos’ de ahí, sino de matarlos de aburrimiento. Para alcanzar ese estado tienes que sacudir tu inventario de ideas. Yo te pedí que empezaras por tus creencias, pero hubiese funcionado igual si, por ejemplo, enlistas todas tus relaciones y afectos, o los elementos más llamativos de tu historia personal, o tus esperanzas, objetivos y preocupaciones, o bien tus gustos, preferencias o aversiones. Lo importante es que te hagas consciente de tus esquemas de pensamiento. La magia de todo inventario se basa en el orden de sus componentes. Cuando sacudimos ese orden, cuando falta alguna de las piezas que siempre dimos por supuesto, todo el esquema comienza a desmoronarse. Así pasa con las rutinas de la mente; cambias un parámetro -de pronto hay una puerta abierta donde debió haber una pared- y eso lo cambia todo. ¡La mente se estremece! Eso es lo que has estado experimentando como una activación extraordinaria de tu diálogo interior. Antes ni siquiera lo notabas, pero ahora sabes que está ahí. Algún día esa presencia será tan pesada que harás algo al respecto. Ese día dejarás de ser un hombre común y corriente y te convertirás en un brujo.”*

## LA OPORTUNIDAD MÍNIMA

En una conferencia en que estuvo explicándonos los métodos de los naguales para ayudar a sus aprendices, uno de los presentes, interrumpiéndole, le echó en cara: “Carlos, siempre dices que sin nagual no hay libertad, pero, ¿es que tú tuviste un maestro! ¿Qué podemos hacer nosotros, los que no hemos tenido esa suerte?” “*¡No es cierto, tiene toda la información necesaria! ¿Qué más quieren? ¿Esperan recibir todo gratis, sin ningún esfuerzo? Si creen que otro va a hacer el trabajo por ustedes, ¡están jodidos!*” Con tono de reproche, se burló de la flojera humana que nos lleva a esperar que otros hagan las cosas para aprovecharnos luego en lo posible. Calificó esa propensión como “la antítesis de la conducta del guerrero.” “*Todo lo que un hombre necesita es la oportunidad mínima de estar consciente de las posibilidades descubiertas por los brujos. Un guerrero no espera que vengan y le pateen el trasero para moverse; se adelanta y dice: ¡Yo puedo! ¡Yo puedo hacerlo solo!*.” No hacen falta maestros.

En otra oportunidad le pregunté: “Carlos, ¿qué es lo que determina que un hombre común tenga acceso al conocimiento de los brujos?” “*El intento -me respondió-. El intento del hombre tiene que hacer una oferta al espíritu, y éste debe aceptarla, poniendo los medios de evolución en su camino. En tiempos pasados el único medio disponible era ser señalado directamente hacia un nagual. Hoy día el hombre común tiene la posibilidad de orientarse a través de publicaciones. Para intentar el acceso al mundo de los brujos hay que estar preparado. Un encuentro imprevisto con el poder no va a llevar a nada, excepto a un susto brutal para el bus-*

*cador, quien a partir de ahí, jurará que la brujería es obra del demonio, o bien que todo eso es pura falsedad. Pero una preparación mal conducida, que fomenta la importancia personal en lugar de aumentar el asombro y el deseo de aprender, se convierte en un estorbo casi total para el aprendiz. Quien llega al nagual saturado de creencias sobre casi todo, no tiene ninguna oportunidad para seguir adelante. Por lo tanto, el siguiente requisito para ponerse en el camino del conocimiento es la más profunda honestidad. Hay que vaciar el puerto para que llegue la nave, reconociendo que, en el fondo, no sabemos nada. Una vez que se alcanza ese grado de preparación, es asunto de suerte. El espíritu determina quién será elegido y quién no. La respuesta del espíritu es inescrutable. Ocurre en forma imprevista y en términos que son casi siempre incomprensibles para la razón. De nuestra parte sólo nos queda estar atentos a las señales, colocándonos deliberadamente en su camino. Cuando el intento del hombre sella una alianza con el espíritu, es inevitable que el maestro aparezca.*”

Le pregunté si el nagual podía considerarse un maestro por el estilo de los instructores orientales. “*¡No! No hay comparación, por una razón muy simple; un nagual jamás escoge a sus aprendices. Es el espíritu el que determina, a través de augurios, quién puede y quién no puede ser parte de un linaje. Un verdadero maestro es un guerrero impecable que ha perdido la forma humana y tiene un vínculo muy claro con lo abstracto. Así que no acepta voluntarios. Los sistemas de enseñanza basados en el deseo espontáneo del buscador no llegan lejos, pues no están orientados hacia la realización, sino hacia los intereses del ego. Todo lo que hacen los seguidores es imitar, y eso no lleva a nada.*”

*Por lo tanto, no hacen falta maestros. Después de años de aprendizaje, me he convencido de que lo único que requiere un buscador es la oportunidad de estar consciente de sus posibilidades y un compromiso a muerte con su propósito.”*

Observé que sus afirmaciones eran contradictorias con sus continuas referencias a que, sin don Juan, él no hubiese logrado nada. Replicó: “Los brujos establecen una sustancial diferencia entre los conceptos de ‘guía espiritual’ y ‘maestro nagual’. Una cosa es un individuo que se profesionaliza en dirigir rebaños, y otra cosa es un guerrero impecable que sabe que su papel se reduce a servir de enlace con el espíritu. El primero te dirá lo que quieres oír y te dará los milagros que quieres ver, porque le interesas como acólito; mientras que el segundo se guiará por los comandos de un poder impersonal. Su ayuda no es altruista, sino un modo de pagar su vieja deuda con el espíritu del hombre. El nagual no es un tipo benévolo; no viene para agradarnos sino para despertarnos, y lo hará a palos si es preciso, porque no siente compasión. Al intervenir en la vida de su aprendiz, él puede producir una condición de agitación tal en su interior, que su energía latente se pone en acción.”

## CONOCERSE A SÍ MISMO

La conversación versaba sobre la tendencia que tienen los seres humanos de comportarse en forma imitativa, algo que calificó como “un asunto de primates”. “Nuestra gran oportunidad, y al mismo tiempo nuestro desasosiego, es el resquicio de cono-

cimiento silencioso que aún queda dentro de cada uno de nosotros. Por debajo del ruido de la mente, todos tenemos la sensación de que hay algo indefinido, algo que nos lleva a agarrarnos de cualquier cosa que alivie la presión de lo desconocido. Con frecuencia tal sentimiento nos lleva al fanatismo, y siempre hay quienes están dispuestos a lucrar con la fe ajena.” Entonces, ¿todos los maestros son unos fraudes? “Lo que he visto es que la mayoría de ellos están dormidos como sus seguidores, pero han aprendido a disimularlo. Imagínate un planeta en el que todos los moradores son ciegos; entre ellos circula el mito de que es posible ver, pero ninguno lo ha verificado. Un día llega uno y dice: ‘Yo sí veo!’ ¿Qué pueden hacer los demás? Sólo creer o dejar de creer, y siempre habrá quienes conciban esperanzas. No importa que el maestro también sea ciego, le es muy fácil aprovecharse de la situación. El Águila no pide que la reverencies, sólo que te llenes de conciencia. Caer de rodillas ante lo desconocido es completamente inútil, pero hacerlo ante otro ser humano es el colmo de la idiotez. El simio que llevamos dentro anhela tener algo que lo guíe, necesita creer que existen entidades superiores que pueden mágicamente resolver sus problemas. Como los niños, siempre estamos esperando que otro venga y se haga cargo. De ahí nacen los cultos que, en esencia, son formas de dejar la responsabilidad por el propio crecimiento en manos ajenas. Hemos sido engañados. Se nos ha dicho que somos especiales porque somos racionales, pero eso no es cierto. El ser humano se desespera por obedecer, se muere de miedo cuando le quitan sus preciadas creencias. Somos como peces limpia-peceras, siempre con la boca abierta, devorando cualquier tipo de detritus que nos lancen. Mientras tanto, desconocemos la fuente

*de vida y conocimiento que tenemos en nuestro interior. Te voy a contar una historia muy vieja y conocida, pero siempre nueva. Los dioses pensaron dónde esconder la sabiduría para sacarla del alcance del hombre. ¿En las montañas? Las escalaría ¿En el océano? Terminaría por encontrarla. El espacio sideral, la luna y las estrellas resultaron igualmente desechados, algún día serían explorados. Finalmente, los dioses llegaron a la conclusión de que el mejor lugar para esconderla era en el interior del propio hombre, porque ahí nunca la iba a buscar. ¿Qué hizo entonces el hombre? En lugar de examinarse a sí mismo con toda honestidad, se buscó un maestro. Hacerse responsable por la propia existencia es una anomalía, una violación de leyes, un estado de pasión nada ordinario, una lucha que requiere toda la vida. Es el único proceder que renueva nuestra energía. No sé si podrás comprender este detalle: conocerse a uno mismo es un intento de guerreros. ¡Nadie puede intentarlo por ti!”*

## PLANTAS DE PODER

En un banco, casi oculto detrás de un puesto de periódicos, se hallaba sentado un individuo. Me llamó la atención, pero en una forma tan subconsciente que vine a reaccionar como a los veinte metros de distancia. Me volví; el individuo me miraba sonriente. Era Carlos. Me abrazó con efusión y comentó que un encuentro de esa naturaleza tenía que ser tomado como un augurio. “Ahora sí, soy todo tuyo -exclamó-. ¡Pregunta!” Vi venir mi oportunidad. En diversas

charlas Carlos afirmó categóricamente que las plantas alucinógenas no son aconsejables para un buscador del conocimiento. Sin embargo, en sus primeros libros había escrito exactamente lo contrario, e incluso dio ejercicios extensos sobre su uso, poniéndose a sí mismo como ejemplo del poder de esas plantas. Este era un asunto que me interesaba vivamente, ya que yo nunca había experimentado en carne propia las increíbles formas de percepción que él describía y sentía una gran curiosidad. De manera que, aprovechando su buen ánimo, le pedí que me aclarase la situación. Al escuchar mi pregunta su entusiasmo se enfrió. Por lo visto, el tema le afectaba profundamente. Después de algunos segundos de reflexión, me contó que su cambio de perspectiva había sido determinado por una señal del espíritu. “En el año de 1971, tras publicar mi segundo libro, recibí una incómoda visita. Agentes del gobierno de los Estados Unidos se me acercaron en una de mis presentaciones y me informaron que yo me estaba convirtiendo en un ídolo de la drogadicción juvenil, y que me expulsarían del país a menos que modificara mi actitud. Al principio consideré que no valía la pena tomar en cuenta esta amenaza. Pero después hice algunas averiguaciones y quedé impactado por la situación. Muchos estudiantes estaban tomando las enseñanzas de don Juan como un permiso académico para doparse. Mi nombre se citaba por todas partes como si yo fuese una autoridad en materia de drogas. Pero, ¡yo no quería ser el santo patrono de nada! Fui con mi dilema a ver a don Juan, quien se rió del asunto y me dijo que un principio de los acechadores es no confrontar a nadie, y menos aún a gentes más poderosas que ellos. Te has metido entre las patas de los caballos y tienes

que salir por ti mismo de ahí. Te sugiero que cuides tu aprendizaje; lo demás, ¿qué importa?' Ese consejo me decidió a tener una actitud más cauta en mis próximas publicaciones."

"En lo personal yo no apruebo ni desapruebo nada, ya que no soy nadie para juzgar en el asunto y, además, mi aprendizaje fue un resultado de tales técnicas. Sin embargo, en el público no puedo estimular el uso de las plantas, porque mis libros llegan a todo tipo de gente y cada cual los interpreta a su manera. Sin vigilancia especializada, las plantas de poder pueden producir resultados lamentables, ya que mueven el punto de encaje con brusquedad y en forma errática, y a la larga, terminan cobrándose en la salud, la cordura, y a veces en la vida del practicante. En cierta ocasión me avisaron que el padre de un estudiante me estaba buscando con un arma para matarme, pues me culpaba por la muerte de su hijo, que había estado experimentando con drogas. El asunto de las plantas es muy delicado. Si quieres entenderlo, tienes que abandonar la visión folclórica que tiene casi todo el mundo sobre los brujos. Los verdaderos guerreros toltecas no son fanáticos del doping ni de nada; su conducta está estrictamente dictada por la impecabilidad. Ya les he explicado que don Juan usó plantas conmigo sólo al principio de mi aprendizaje, y porque yo estaba excepcionalmente fijo en mis rutinas. Mientras más terco me ponía, más plantas me daba. De ese modo logró aflojar mi punto de encaje el mínimo necesario para captar las premisas de la enseñanza. Sin embargo, a pesar de su cuidadosa conducción, eso tuvo un altísimo costo para mí y es una de las principales causas por las que mi salud está hoy en día tan deteriorada."

"Las plantas de poder tienen un límite y un brujo lo encuentra muy pronto. Son un estímulo inicial, pero no pueden convertirse en la base del trabajo, porque no tienen capacidad para llevarnos a mundos completos, que es lo que busca el vidente." "¿Quieres decir que el movimiento que inducen sobre el punto de encaje no es lo suficientemente amplio?" "Por el contrario, producen una sacudida profunda y desmesurada. Un brujo hecho y derecho puede manejar eso, pero un aprendiz no. Si las emplea para romper sus límites perceptuales, el principiante se verá tentado a clasificar todo lo que está atestiguando como una alucinación; al fin y al cabo, ¡todo partió de una planta! De ese modo, nunca alcanzará el grado de compromiso suficiente como para fijar su punto de encaje en una nueva posición. Las plantas te llevan rápida y fácilmente al otro mundo, pero no te permiten acechar allí; esa es su limitación. El mejor modo de desplegar nuestra percepción es a través del ensueño. Como método, el ensueño es igual de sencillo, pero menos riesgoso, más abarcador y, sobre todo, mucho más natural. El objetivo del aprendiz es tomar las riendas de su punto de encaje. Una vez que consigue desplazarlo, está obligado a repetir esos movimientos sin ayuda externa, a fuerza de disciplina e impecabilidad. Entonces se puede decir que el guerrero ha encontrado un aliado."

## LA TRAMPA DE LA FIJEZA

En una de sus conferencias Carlos explicó que nada es tan frágil como la fijeza del punto de en-

caje. Sostuvo que el arte de estar de acuerdo es tan especial, que nos cuesta casi veinte años de entrenamiento diario. Llamamos “adultos” a quienes lo logran y “locos” a quienes no lo consiguen. *“Sin embargo, nada es más fácil para nosotros que desplazarnos a nuevos universos. Para ello, basta con retornar a lo que fuimos.”* Nos explicó que la fijeza del punto de encaje consume enormes cantidades de energía y produce una visión estática del mundo. La energía procesada de ese modo se esparce por toda nuestra luminosidad y termina apelotonándose en sus bordes, donde forma masas densas que crean un reflejo del yo. En tales circunstancias, conmover la fijeza se vuelve una tarea agotadora. *“Para romper la trampa de la fijeza es válido, en principio, apelar a cualquier recurso. En la mayoría de los casos, sólo un empujón proveniente del exterior puede provocar en una persona el movimiento del punto de encaje. Cuando tenemos mucha, pero mucha suerte, ese empujón nos llega a través del golpe del nagual. Una vez conseguido el desplazamiento inicial, el guerrero debe luchar por el dominio de su atención, y debe hacerlo mediante el ejercicio del intento y la práctica del ensueño. Ensoñar es la puerta de escape para la raza humana, y es lo único que da a nuestra existencia su dimensión apropiada.”*

## SUEÑO Y DESPERTAR

Carlos tenía una gran habilidad para conducir las conversaciones hacia el lado práctico. A pesar de la extraordinaria agudeza de su intelecto,

le repugnaba que sus charlas derivasen al plano de las especulaciones. Muchas veces pude atestiguar el modo ingenioso y rotundo con que se deshacía de los interlocutores más rígidos, enfrentándolos al tema de los resultados. En mi caso, su método para acallar mis ataques de raciocinio era reducirlo todo a una proposición inmediata y, según él, nada difícil: el control de los sueños. Sin embargo, el ensueño era para mí el aspecto más duro de su enseñanza. En primer lugar, porque no podía diferenciar entre los conceptos de “sueño” y “ensueño”, que para un brujo son completamente diferentes. En segundo, porque la idea de enfascar mi atención en el dormir, en lugar de hacerlo en el despertar, era contraria a todo lo que había aprendido en mi búsqueda filosófica. Ambas consideraciones, completamente apresuradas, hacían que esquivase el ensueño, sin proponérmelo jamás como una posibilidad auténtica y al alcance de mi mano. Siempre que le escuchaba hablar de ese asunto, me llenaba de aprensión y me justificaba aduciendo para mis adentros que un tópico tan irracional, ni siquiera valía la pena analizarlo.

Esa tarde me preguntó cómo andaba mi práctica. Le confesé que mis prejuicios me habían impedido enfrentarla con decisión y, por supuesto, no había obtenido ningún resultado positivo. Comentó: *“Quizás no has tenido buena suerte. Mi maestro decía que cada ser humano trae su propensión de nacimiento. No todos somos buenos ensoñadores, algunos tenemos mayor facilidad para el acecho. Lo importante es que insistas.”* Pero sus palabras no me consolaron. Comencé a explicarle que mi incredulidad parecía más bien consecuencia de algún bloqueo mental implantado



en mi más temprana infancia. El no me dejó terminar; haciendo un gesto imperativo con la mano, replicó: *"No has hecho lo suficiente. Si te haces el propósito de no comer o no pronunciar una sola palabra hasta que ensueñes, ¡ya verás lo que pasa! Algo en tu interior se ablanda, el diálogo cede y... ¡cabum! Ten en cuenta que, para ti, ensoñar no es una opción, es algo básico. Si no lo consigues no puedes continuar en el camino."* Alarmado con estas palabras, le pregunté: "Pero, ¿qué tengo que hacer para lograrlo?" *"¡Querer hacerlo! -me respondió-. Es tan simple como eso. Estás exagerando la dificultad del ejercicio. El ensueño está abierto a todo el mundo, pues, en su grado inicial, apenas requiere el mínimo de deliberación que hace falta para aprender a escribir a máquina o a conducir un auto."*

Le comenté que se me hacía muy difícil entender cómo puede el manejo de los sueños llevarnos al despertar interno. El observó: *"Te confundes con las palabras. Cuando los brujos hablan de soñar y despertar, esos términos no tienen nada que ver con los estados fisiológicos que tú conoces. Yo no tengo más remedio que usar tu lenguaje, porque de otro modo no me entenderías. Pero si tú no pones de tu parte, dejando de lado los significados cotidianos y tratando de penetrar en el sentido de lo que te digo, entonces nunca vas a salir de tu estado de suspicacia. Sólo te puedo garantizar que, una vez que deseches la flojera que te impide enfrentar ese reto y acometas el ensueño directamente, sin titubeos, tu enredo mental se aclarará por sí mismo."* Me disculpé por mi terquedad y le pedí que me dilucidase nuevamente el significado del ensueño. En lugar de enfrascarse en una explicación teórica, que era lo que yo deseaba, Carlos me puso un símil. *"Imagínate*

*un creyente empedernido, de esos que no pueden hacer nada sin pedirle antes permiso a su dios. Una vez que se duerme, ¿qué es lo que pasa con sus convicciones, a dónde van?"* No supe qué responderle. El continuó: *"Se apagan, como la llama de una vela al viento. En el sueño no eres dueño de ti. Tus visiones son burbujas aisladas, sin conexiones entre sí y sin recuerdo del yo. Por supuesto, la fuerza de la costumbre te llevará casi siempre a soñar que eres tú mismo, pero igual puedes ser un valiente que un cobarde, joven o viejo, hombre o mujer. En verdad, eres sólo un punto de encaje que se mueve al azar, nada personal. Para el hombre común, la diferencia entre estar despiertos y dormir es que en el primer estado su atención fluye con continuidad, y en el segundo, en forma desordenada; pero, en ambas experiencias, el grado de participación de la voluntad es mínimo. La persona despierta ahí, donde siempre, se pone su personalidad como una camisa y sale a cumplir con sus tareas de rutina. Y al dormirse se desconecta de nuevo, porque no sabe que puede hacer otra cosa. La vigilia cotidiana no nos deja lugar para detenernos y preguntarnos si este mundo que estamos percibiendo ahora es tan real como parece. Y lo mismo cabe decir del sueño ordinario; mientras dura, lo aceptamos como un hecho indiscutible, nunca nos proponemos recordar dentro del sueño alguna orden o acuerdo pactado en la vigilia."*

*"Pero existe otro modo de encauzar la atención, y a su resultado ya no podemos llamarle 'sueño' o 'vigilia', porque parte de un uso deliberado del intento. Lo que ocurre ahí es una toma de conciencia, y da igual que estemos dormidos o despiertos, porque es algo que trasciende ambos estados. ¡Ese es el verdadero despertar: adueñarnos de nuestra atención! La enseñanza tolteca*

enfatisa el ensueño. No importa cómo se le describa, su resultado es convertir el caos perceptivo de un sueño común en un espacio práctico, donde podemos actuar inteligentemente.” “¿Un espacio práctico?” “Así es. Un ensoñador se recuerda a sí mismo en cualquier circunstancia. Siempre tiene una contraseña a mano, un pacto con su voluntad que le permite alinear en un microsegundo el intento del guerrero. Puede sostener su visión, sea la que sea, y regresar a ella cuantas veces quiera para explorarla y analizarla. Y lo que es mejor, puede darse cita en esa visión con otros guerreros; eso es lo que los brujos llaman ‘acechar en el ensueño’. Esta técnica nos permite proponernos objetivos y dar seguimiento a los actos, tal como lo hacemos en el mundo cotidiano. Podemos resolver problemas y aprender cosas. Lo que aprendes allí es coherente, funciona. Quizás no puedas explicar cómo te llegó ese conocimiento, pero ya no lo olvidas.”

Le pregunté a qué tipo de conocimiento se refería. Me respondió: “La vida se aprende viviéndola. Lo mismo pasa en el sueño, sólo que ahí aprendemos a ensoñar. Pero, por el camino, se nos pegan a veces otras habilidades. Don Juan, por ejemplo, solía usar su cuerpo de ensueño para buscar tesoros ocultos, cosas enterradas de cuando la guerra. El producto de esas operaciones lo invertía en diversos rubros, como petróleo, plantaciones de tabaco...” Debí reflejar en mi rostro un gran asombro mezclado de incredulidad, porque él exclamó: “¡No es tan extraordinario! Todos podemos realizar hazañas semejantes; ¡ni siquiera es difícil comprender cómo sucede! Imagina que alguien te enseña un idioma nuevo mientras duermes, el resultado es que aprendes esa lengua y puedes recordarla cuando despiertes. Del mismo modo, si atestigüas algo en ese estado,

tal como un objeto perdido o un evento que esté ocurriendo en otro lado, puedes ir y verificarlo después; si es tal como lo soñaste, entonces fue un ensueño. El aprendizaje dentro del sueño es un recurso muy usado por los brujos. Yo aprendí mucho de plantas en esa forma y aún lo recuerdo todo. No menosprecies tus recursos. Todo lo que el espíritu ha puesto en nosotros tiene un sentido trascendente. Eso significa que los sueños están ahí para ser usados; si no fuera así, no existirían. Las técnicas que te he descrito no son especulativas, las he comprobado personalmente. El arte del ensueño es mi mensaje a la gente, ¡pero nadie me hace caso!”

Al percibir el tono de tristeza con que Carlos hizo esta última observación, de pronto se me hizo patente la insoportable timidez de mi imaginación. Durante años, incansablemente, él nos había estimulado para que acrecentásemos nuestra visión, no por un interés egoísta, sino por el placer de transmitirnos su estado superior de conciencia. ¡Y yo, regodeándome en mis creencias de trasmano y mis dudas habituales! Quise solidarizarme con él. Me levanté de la banca con la intención de apretar su mano, agradecido. Estaba a punto de prometerle algo, pero él me detuvo. “Mejor no digas nada, ¡no pierdas tu tiempo! Quizá no sea tu destino el ser un brillante guerrero volador, pero no tienes excusa. Como todos, tú también estás espléndidamente habilitado para ensoñar. Si no lo consigues es porque no quieres.”

## LA PUERTA DE LA PERCEPCIÓN

En otra de charlas sus explicó que un determinado estado de conciencia que involucre una posición inusual del punto de encaje es técnicamente un ensueño. Afirmó que la ventaja del ensueño sobre los estados cotidianos de atención, es que durante el mismo podemos abarcar sensorialmente más terreno y sintetizar mejor la información que recibimos. En otras palabras, aprendemos a vivir con más intensidad. El resultado: una mayor claridad sobre nuestros procesos perceptuales. *“Sobre todo -dijo-, el ensueño nos permite acceder a eventos críticos de nuestro pasado, tales como el nacimiento y la temprana niñez, y también pone al descubierto las situaciones traumáticas y los estados alterados de conciencia. ¡Un brujo no puede dejar de lado sus experiencias más desgarradoras!”*

Hacia el final de su conferencia dio una definición que a mí me pareció muy importante, porque tocaba un tema que me era sensible. Afirmó: *“El ensueño no es algo imposible, es sólo un tipo de meditación profunda.”* Durante años yo había llevado a cabo algunos ejercicios espirituales a los cuales llamaba “meditación”. Tales prácticas eran bastante diferentes de lo que Carlos nos estaba proponiendo, tanto en sus formas como en sus resultados. De modo que, en cuanto tuve oportunidad, le pedí que me deslindase los conceptos de ensueño y meditación. Me respondió: *“Lo que me pides es difícil, porque no hay modo de meditar sin ensoñar, ambos términos describen el mismo fenómeno.”* “Entonces, ¿por qué mis ejercicios no me han producido nada de lo que tú dices?” *“Eso respóndemelo tú. En mi opinión, lo que*

*has practicado hasta ahora no ha sido meditación, sino un poco de autosugestión. Es común que la gente confunda ambas cosas que, para un brujo, no tienen nada que ver. El apaciguamiento de la mente no es meditación, sino adormecimiento. En cambio, el ensueño es algo dinámico, es la consecuencia de un proceso de concentración sostenida que equivale a mantener una verdadera batalla contra nuestra falta de atención. Si fuese únicamente el resultado de la atenuación de los sentidos, sus practicantes no se llamarían ‘guerreros’. Un ensoñador puede ser la encarnación de la ferocidad o aparentar la más profunda calma, pero nada de eso le importa realmente, porque no se identifica con sus estados mentales. Sabe que cualquier sensación definida no es otra cosa que una fijación del punto de encaje. El ensueño ocurre cuando logramos cierto equilibrio en nuestra vida diaria, y sólo después de silenciar el diálogo interno. El término ‘ensueño’ no es el más apropiado para describir un ejercicio de conciencia que no tiene nada que ver con el contenido de la mente. Yo lo uso por respeto a la tradición de mi linaje, pero los antiguos le llamaban de otra manera. Los brujos expertos ensueñan a partir de su vigilia con la misma facilidad con que lo hacen a partir del sueño, porque para ellos no se trata de cerrar los ojos y roncar, sino de atestiguar otros mundos que están ahí.”*

*“Desde el punto de vista de la voluntad, lo que diferencia el ensueño de la vigilia cotidiana de un brujo es que su cuerpo energético obedece a otras leyes, puede realizar proezas como atravesar una pared o trasladarse hasta los confines del universo en un abrir y cerrar de ojos. Tales experiencias son completas y acumulativas, y sólo alguien que no las haya vivido se aferrará*

a categorías lógicas para explicarlas. Pero ese tipo de manifestaciones, aunque apreciables, no es el objetivo del ensueño. Ensoñar es esencial para ti, porque el acceso al nagual ocurre casi exclusivamente en ese estado.” Le pregunté por qué era así. “La razón es evidente. Aquellas personas que tienen una tendencia natural al ensueño y un excedente de energía, califican para encontrar a otros ensoñadores más adelantados, ya sea de una forma accidental o porque los busquen deliberadamente. En ocasiones, estos compañeros de viaje aceptan hacerse cargo de instruirles más profundamente en el arte. Después que un aprendiz comienza a brillar por sí mismo, es inevitable que atraiga la atención de un nagual. Los nagueles son como águilas, están constantemente al acecho. En cuanto detectan un incremento de conciencia se lanzan en picada, porque un ensoñador voluntario es una rareza. Para un maestro es mucho más fácil estimular un esfuerzo ya comenzado que crear uno de la nada.”

Me contó Carlos que él mantenía contacto con muchos guerreros de diversas partes del mundo a través del ensueño. Siguió diciendo que otra razón por la cual el ensueño es la puerta al conocimiento, es que su práctica permite solventar mil problemas derivados del aprendizaje, como son la falta de claridad y atención del principiante, su suspicacia respecto a las actividades de su instructor y el peligro intrínseco de algunas de las técnicas. “Ese arte suaviza la naturaleza obsesionante de las emanaciones del Águila, las cuales podrían destruir el equilibrio psicológico y la voluntad de un aprendiz.” “Entonces -le interrogué-, ¿qué podemos hacer quienes no ensoñamos a fin de acceder a esa enseñanza?” El pareció molestarse con

mi pregunta. Gruñó: “¿Tienes el enfoque equivocado! La verdadera pregunta sería ¿qué debo hacer yo para ensoñar? Un guerrero no puede ir por el mundo dejando cabos sueltos a cada paso. Si no puedes genuinamente considerar a tus sueños como parte de tu vida, si no puedes visualizarlos como lo que son -avenidas al poder-, si ni siquiera entiendes qué son o para qué sirven, entonces tienes mucho trabajo por delante.”

## EL DOBLE DE ENSUEÑOS

“En nuestra esfera de percepción hay una fuerza aparte de lo que llamamos ‘uno mismo’ que es detectable a través del ensueño. Esa fuerza puede llegar a hacerse auto consciente, absorbiendo los principios de nuestra personalidad y comportándose con independencia. La sensación que nos produce el tratar con ella es incalificable, porque se trata de un ser no orgánico.” “¿No orgánico?” “¡Por supuesto! Llamamos ‘orgánica’ a la atención cotidiana porque se apoya en un cuerpo compuesto de órganos, ¿no es así?” Asentí. “¿Cómo llamarías entonces al cuerpo con que percibes y actúas cuando sueñas?” “Diría que es una apariencia” -le respondí con cautela. “¡De acuerdo! Es un ser inorgánico; tiene apariencia, pero no tiene masa. Para ti es sólo una proyección mental. Sin embargo, desde el punto de vista de ese ser, es nuestro lado físico el que vive en un mundo imaginario. Si tuvieras la energía y la concentración necesarias para cobrar conciencia de tu otro yo y le preguntaras a ese ser qué piensa de tu mundo diario, él te respondería que le parece bastante irreal, casi un mito.

*Y ¿sabes que?, ¡estaría en lo cierto! Nuestro ser soñado tiene muchas aplicaciones. Puede trasladarse en tiempo cero al sitio que tú quieras y averiguar cosas. Incluso puede materializarse, creando un doble visual, algo que otras personas pueden ver, ya sea que estén dormidas o despiertas. Sin embargo, sigue siendo una mera apariencia, no tiene funciones corporales. Un ser humano lo ve como persona, pero un animal lo vería de otra forma.” Le interrumpí: “¿Cómo sabes todo eso?” “¡Es tan sencillo! Lo constato permanentemente, porque mi doble de ensueños recibe toda mi atención. Cuando quiero saber algo de él o del mundo donde se mueve, le pregunto y él me dice. Tú también puedes hacerlo, no es tan difícil. Puedes contactar con tu energía esta misma noche, en cuanto te duermas.” ¿Cómo? “Hay muchas maneras. Por ejemplo, busca un espejo en tus sueños, asómate a él y mírate a los ojos; ¡verás qué sorpresa te llevas!”*

Yo había leído algo sobre el doble en sus libros, pero mis prejuicios me impedían acercarme a ese asunto con la mente abierta, y en mi interior había una gran confusión entre conceptos como el “huevo luminoso” o campo magnético que rodea a los seres vivos, el “cuerpo de energía” y el “doble de ensueños”. Le pregunté si se trataban de la misma cosa o si había alguna diferencia entre ellos. Mi pregunta le sorprendió. “Pero, ¿es que no has entendido nada? Estamos hablando de la conciencia, no de objetos físicos. Esas entidades, aún la unidad perceptiva que llamamos ‘cuerpo físico’, son descripciones de la misma cosa, porque no hay dos tú, ¡eres tú! No ‘tienes’ un cuerpo energético, ¡eres energía, eres un punto de encaje que ensambla emanaciones, y sólo uno! Tú puedes tener

*diversos sueños y aparecer en cada uno con una apariencia diferente, ya sea humana, animal o inorgánica, o incluso puedes soñar que eres varias personas a la vez, ¡pero no puedes fragmentar tu darte cuenta!”*

Me dijo que el confundir la descripción de nuestros vehículos de conciencia con el sentido de ser es algo común a todos en el mundo, particularmente a quienes tienen un diálogo interno robusto e intelectual. *“En una ocasión fui a ver un maestro oriental y nuestra conversación recayó en el ensueño. El hombre se decía un experto, me presumió: ‘¡Yo tengo siete cuerpos de ensueño!’ Abrumado con esa revelación, no supe ni qué responderle. Le confesé: ‘Don Juan sólo me enseñó uno.’”* Al decir esto, Carlos bajó la cabeza y la metió entre sus hombros, como si estuviese muy apenado, pero escondiendo una cínica risita. Le pregunté: *“Entonces, cuando hablas del doble de ensueños y del cuerpo de energía, ¿te refieres a la misma cosa?”* *“Prácticamente. El primero puedes alcanzarlo a través del ensoñar y el segundo mediante el acecho. O dicho de otro modo, el cuerpo energético es el doble de ensueños con control voluntario por parte del ensoñador; pero ambos son una y la misma cosa. La diferencia es la forma de acceder a ello. Los antiguos brujos amoldaron su cuerpo de ensueños a fuerza de voluntad e intentaron reproducir el cuerpo físico hasta en sus menores detalles. De ahí viene la tradición de llamarle ‘doble’. La idea tiene un sentido práctico, ya que estamos tan acostumbrados a vernos de cierta forma y sólo así que, al principio, es muy cómodo para el ensoñador considerarse a sí mismo en términos físicos. Pero los nuevos videntes dicen que llevar ese intento a sus últimas consecuencias es un desgaste inútil, porque nos fuerza a dedicar grandes*

*cantidades de atención a detalles que nunca tendrán un uso práctico. Ellos han aprendido a verse como lo que realmente somos, burbujas de luz.”*

Le pregunté si, en el nagualismo clásico de los prehispánicos, la facultad de los brujos de convertirse en animales consistía en que intentaban verse con cuerpo de animales. Me miró como diciendo: “¡Elemental!” *“El ensueño es la utilización deliberada del cuerpo energético. La energía es plástica, y si le aplicas una presión constante, termina adoptando la forma que quieras, desde un ser libre hasta una bestia. Por supuesto, para lograr algo tan especializado como convertirse en un animal no hay que intentarlo en forma improvisada, existen procedimientos. El doble se maneja a través de la fijación del punto de encaje en nuevas posiciones. Tal fijeza tiene la naturaleza de la obsesión y debe ser evocada con métodos de brujos. Por ejemplo, si tu anhelo es ser un halcón y lo intentas con inflexibilidad, ¡llegarás a serlo! Cada cual logra lo que busca. Ese es el truco del nagual, manejar sus obsesiones. Sin embargo, debes saber que las personas que se enfocan en objetivos que no son exclusivamente de libertad y sobriedad se quedan estancadas, lo cual puede llevarles a la locura o a la más crasa cotidianidad. En verdad, eso es lo que hacemos todos nosotros, elegimos ser hombres, ¡y lo somos! La obsesión mal canalizada es la esclavitud. El problema de muchos naguales del México actual es que se han olvidado de las posibilidades abstractas. Hay brujos que prefieren transformarse en guajolotes y de ahí no salen. Es más, muchos no tienen ni idea de que pueden hacer algo más con su energía que procurarse sensaciones fuertes y asustar a los demás. Tal decadencia de la enseñanza es lo que ha movido a los videntes*

*del linaje de don Juan a intentar la libertad del modo más impersonal posible, abandonando todas las posiciones caprichosas del punto de encaje que heredaron de sus ancestros. El propósito de la libertad es absolutamente limpio y desplaza a todos los demás. Al intentarlo, los nuevos videntes han restaurado la pureza del nagualismo.”*

Le pregunté qué sentido tenía el enorme esfuerzo que indudablemente significa prepararse un doble en el ámbito del sueño. Me respondió: *“Para la mayoría de los brujos ese esfuerzo es la otra opción, la puerta a otro reino de conciencia, un darse cuenta que les permitirá intentar en su momento el paso definitivo a la tercera atención. Al proporcionar autonomía y propósito a su doble, están preparándose a permanecer conscientes después de la muerte. Cuando ese cuerpo está completo y llega el momento, la conciencia abandona definitivamente la cáscara humana, el cuerpo físico se marchita y muere, pero el sentido de ser continúa.”*

## LA TRANSMISIÓN DEL ACECHO

Poco a poco las historias de Carlos habían ido haciendo efecto sobre mí. Cierta día me senté a deliberar seriamente sobre la cantidad de esfuerzo que invertía en sostener mi importancia personal. No en la forma burda en que ésta suele manifestarse, como autosuficiencia o reclamos de atención, sino en su cara sutil, vinculada con las ideas fundamentales que yo tenía sobre el mundo. Estas sesiones de reflexión no me llevaron a ninguna certidumbre. Por el contrario,

comencé a notar cómo el entero edificio ideológico en el cual vivía, y que siempre había dado por sentado, se tambaleaba. Cuando le conté esto a Carlos, él lo tomó como una cosa natural. *“Estás aprendiendo a acecharte a ti mismo -me dijo-. Es lo que debiste hacer desde que tienes uso de razón.”*

Ya había leído acerca del arte del acecho, una estrategia de caza mediante la cual empleamos en contra de nuestra víctima sus propias rutinas. Podemos aplicar dicha estrategia a la vida común; por ejemplo, a los negocios. Pero también podemos proyectarla contra nuestros demonios internos, como la duda, la flojera y la autoindulgencia. Aprovechando que en esta oportunidad teníamos algún tiempo libre antes de que comenzara su plática, le pedí que me contara más al respecto. Pero, para mi completo asombro, me dijo que no podía hacerlo mientras yo no me comprometiese a muerte con la enseñanza. *“¿Por qué?”* *“Porque terminarías volteándote en mi contra. El aprendizaje del ensueño no ofende, lo más que puedes hacer es no creer que tal cosa sea posible. En cambio, el acecho, tal como lo practican los brujos, es muy ofensivo a la razón. Muchos guerreros evitan hablar de ello, porque no tienen estómago para aguantarlo. En la fase inicial, el aprendiz se encuentra bajo fuego cruzado y se siente frustrado, no consigue salirse de su ego. El acecho es como una moneda, tiene dos caras. Por un lado, es lo más fácil que hay, y, por el otro, es una técnica muy difícil, no porque sea complejo, sino porque trata con aspectos de uno mismo que normalmente la gente no quiere tratar. El acecho induce movimientos minúsculos, pero muy sólidos del punto de encaje; no es como el ensueño, que te mueve profundamente, pero rebotas como*

*una liga y vuelves de inmediato a lo que eras. Cuando acechas, todo lo sigues viendo igual que siempre, así que tratarás de aplicar criterios cotidianos a las cosas. Si en una circunstancia así eres forzado a algún cambio por tu instructor, lo más seguro es que salgas ofendido o herido en tu amor propio y te alejes de la enseñanza.”*

Le pregunté cuál era, entonces, el modo en que los brujos transmiten ese arte. Me respondió que, tradicionalmente, es enseñado en estado de conciencia acrecentada y se deja para el final. *“No es algo que se diga a la cara, hay que captarlo entre líneas. Esta parte del aprendizaje pertenece a las enseñanzas para el lado izquierdo. Cuesta muchos años recordar en qué consiste, y otros tantos el poder llevarla a la práctica. En el nivel en que tú estás ahora, lo único que te permite sobrellevar el acecho es abordarlo con métodos de ensueño. Si en algún momento sientes que estoy tocando temas demasiado personales o te asaltan las sospechas, mírate las manos o usa cualquier otro convocador que hayas elegido. La atención de ensueños te ayudará a conmover tu fijeza.”*

## LA MARCA DEL NAGUAL

A pesar de su reticencia, en otra oportunidad el propio Carlos aceptó responder a mis preguntas sobre el tema del acecho, siempre que nos mantuviésemos dentro de consideraciones teóricas. Aprovechando su buena voluntad, le pedí que me explicase la utilidad práctica del arte de acechar. Explicó: *“El acecho es la actividad central de un rastreador de energía. Aunque*



puede aplicarse con resultados asombrosos a nuestro trato con la gente, está diseñado principalmente para afinar al propio practicante. Manipular y dominar a otros es una tarea ardua, pero es incomparablemente más difícil dominarnos a nosotros mismos. Por eso el acecho es la técnica que distingue al nagual. El acecho puede ser definido como la habilidad de fijar el punto de encaje en nuevas posiciones. El guerrero que acecha es un cazador. Pero, a diferencia del cazador ordinario, que tiene la vista fija en sus intereses materiales, el guerrero persigue una presa más grande; su importancia personal. Eso lo prepara para enfrentar el reto de tratar con sus semejantes -algo que en el ensueño por sí solo no puede resolver. Los brujos que no aprenden a acechar se vuelven cascarrabias.” “¿Por qué?” “Porque no tienen paciencia para aguantar las pendejadas de la gente. El acecho es natural para nosotros debido a una característica de nuestra herencia animal: para sobrevivir, todos hemos desarrollado hábitos de conducta que amoldan nuestra energía y nos adaptan al medio. Estudiando esas rutinas, un observador atento puede predecir con exactitud el comportamiento de un animal o un ser humano en un momento dado. Los guerreros saben que toda forma de hábito es una adicción. Puedes atarte al consumo de drogas o a ir a la iglesia cada domingo; la diferencia es de forma, no de esencia. Del mismo modo, cuando nos acostumbramos a pensar que el mundo es razonable o que las cosas en que creemos son la única verdad, estamos siendo víctimas de un hábito que nubla nuestros sentidos, haciendo que sólo veamos lo que nos es familiar. Las rutinas son patrones de conducta que seguimos de forma mecánica, aunque ya no tengan sentido. Para acechar hay que salirse del

imperativo de la supervivencia. Debido a que es dueño de sus decisiones, un guerrero acechador es una persona que ha desterrado de su vida todo vestigio de adicción. Sólo tiene que recuperar su integridad energética para ser libre. Y como tiene libertad de elegir, puede involucrarse en formas calculadas de conducta, ya sea para lidiar con la gente o con otras entidades conscientes. El resultado de esta maniobra ya no es una participación habitual, sino un acecho, porque consiste en estudiar las conductas de los demás.”

Le pregunté qué sentido tenía todo eso. Me respondió: “Desde tu punto de vista, ninguno. La libertad no obedece a razones. Sin embargo, todo tu ser se estremece cuando rompes tus rutinas, porque desmascaras el mito de la inmortalidad.” Señalando a la gente que regresaba de sus trabajos, me dijo: “¿Qué crees que fueron a hacer? ¡Esta gente fue a vivir su último día! Lo triste es que, probablemente, muy pocos de ellos lo saben. Cada día es único y el mundo no sólo es como nos han dicho. Cancelar la fuerza de la costumbre es una decisión que se toma de una vez. A partir de ese acto, el guerrero se vuelve un acechador.” “¿Y no puede darse el caso de que el guerrero termine haciendo de su propósito algo cotidiano?” “No. Esto es algo que tienes que entender muy bien, porque de lo contrario tu búsqueda de impecabilidad perderá su frescura y terminará traicionándola. Romper rutinas no es la finalidad del sendero, sino apenas un medio. La meta es estar consciente. Teniendo eso en cuenta, otra definición del acecho es ‘una atención inflexible sobre un resultado total’. Ese tipo de atención sobre un animal da como resultado una pieza de caza. Si lo aplicamos sobre otra persona, produce un cliente, un discípulo o un enam-

oramiento. Y sobre un ser inorgánico, nos proporciona lo que los brujos llaman 'un aliado'. Pero si aplicamos el acecho sobre nosotros mismos, puede ser considerado un arte tolteca, porque entonces produce algo precioso: conciencia."

## ACECHANDO AL PINCHE TIRANO

A pesar de sus explicaciones, la dimensión práctica del acecho continuaba siendo para mí uno de los asuntos más oscuros de la enseñanza. Con los años logré algunos ejercicios como la recapitulación y el silencio mental; incluso ensoñé. Pero al tratar de "acechar", sólo conseguía resultados ambiguos, o bien terminaba haciendo el ridículo. Por lo visto, Carlos estaba al tanto de mis esfuerzos, porque en cierta ocasión me llamó y me dijo: "No te compliques. Estás tratando de caricaturizar la enseñanza. Si quieres acechar, obsérvate a ti mismo. Todos nosotros somos excelentes cazadores, el acecho es nuestro don natural. Cuando el hambre nos aprieta, nos aguzamos; los niños lloran y logran lo que quieren; las mujeres entrapan a los hombres y los hombres se desquitan entre sí, embaucándose en sus negocios. Acechar es conseguir salirte con la tuya. Si te haces consciente del mundo en que vives, comprenderás que el mantenernos atentos a él es un tipo de acecho. Puesto que lo aprendimos desde antes de que se desarrollara nuestra capacidad de discriminación, lo damos como un hecho natural y casi nunca lo cuestionamos. Pero todas nuestras acciones, aún las más altruistas, en el fondo están imbuidas del

ánimo del cazador. El hombre ordinario no sabe que acecha porque su carácter ha sido doblegado por la socialización. Está convencido de que su existencia es importante, de modo que sus acciones están al servicio de su importancia personal, no del acrecentamiento de su conciencia."

Añadió que una de las características de la importancia es que nos delata. "Las personas 'importantes' no fluyen, se dan tonos, presumen de sus atributos y carecen de la gracia y la velocidad necesaria para ocultarse. Tienen su luminosidad demasiado rígida y sólo lograrán flexibilizarla cuando ya no tengan nada que defender. El método del brujo consiste en enfocar de una manera nueva la realidad en que vivimos. Más que acumular información, lo que se busca es recompartar la energía. Un guerrero es alguien que ha aprendido a acecharse y ya no carga con una pesada imagen para mostrar a los demás. Nadie puede detectarlo si él no lo quiere, porque no tiene apegos. Está por encima del cazador, pues ha aprendido a retirarse de sí mismo."

Me contó cómo su instructora, doña Florinda Matus, le enseñó a ser inconspicuo. "Justamente en el momento en que mis libros me convirtieron en un hombre rico, jella me envió a freír hamburguesas en un restaurante de carretera! Durante años trabajé a la vista de mi dinero sin poder usarlo. Dijo que eso me enseñaría a no peder la perspectiva adecuada. ¡Y aprendí mi lección! Tiempo después se me presentó de nuevo la ocasión de ser invisible. Había llevado unos cactus a la casa de un amigo y me puse a plantarlos. En eso aparecieron dos reporteros del Times que llevaban un buen tiempo siguiéndome la pista y, tomándome por un peón, me preguntaron por el dueño de la casa.

*'Pues tóquenle ahí', les dije, señalando a la puerta. Mi amigo respondió a sus preguntas. 'No, no lo he visto', y los reporteros se fueron preguntándose dónde diablos se había metido Castaneda.'*

Continuó diciendo que, puesto que el problema de la importancia es un asunto personal, cada guerrero debe adaptar la enseñanza a sus condiciones. De ahí que las técnicas del acechador sean extremadamente flexibles. Pero el entrenamiento es el mismo para todos y se reduce a desembarazarse de las rutinas superfluas y adquirir la suficiente disciplina como para reconocer las señales del intento. Ambos logros constituyen verdaderas hazañas de carácter. *"El mejor modo de adquirir ese grado de disciplina es tratar activamente con un pinche tirano."* Respondiendo a mis interrogantes, me explicó que un pinche tirano es alguien que nos hace la vida imposible. En épocas pasadas, este tipo de personas podía herirnos físicamente y hasta matarnos; hoy día prácticamente ya no existen pinches de esa calidad. Sin embargo, debido al alto nivel de importancia que nos concedemos, cualquiera que esté en posición de molestarnos funciona para nosotros como tal. Lejos de rehuirle, debemos enfrentar, no al pinche tirano en sí, sino a nuestra propia estupidez. *"El pinche tirano es necesario porque la mayoría de nosotros somos demasiado flojos para cambiar por nosotros mismos. El conmueve la fijeza de nuestro 'yo', haciendo que afloren nuestras debilidades. Nos hace ver la verdad -que no somos importantes- y está dispuesto a demostrarlo con sus acciones. Aprender a tratarlo es el único medio realmente eficaz para afinar el acecho. Un pinche tirano es tan importante para la tarea, que la obsesión de un aprendiz es buscarlo y*

*entrar en tratos con él. Una gratitud sincera es el único sentimiento que cabe en un guerrero que ha encontrado la horma de sus zapatos. Los pinches tiranos abundan, lo que no abunda son las agallas para ir a buscarlos, enlazarlos mediante un acecho y provocar su ira, poniéndonos a su alcance y, al mismo tiempo, maquinando estrategias demoledoras. Pasamos la vida huyendo de las situaciones que nos producen dolor, irritación, miedo o desconcierto. De ese modo, nos perdemos una de las herramientas más valiosas que el espíritu ha puesto en nuestro camino."*

*"¿Cuál es la estrategia para confrontar a ese tipo de enemigos?" "Ante todo, no los veas como enemigos; son aliados involuntarios de tu propia causa. No pierdas de vista que la batalla no se hace por ego, sino por energía. Lo importante es ganar, no que el otro pierda. Un pinche tirano no sabe eso, ésa es su debilidad. En mi caso, tuve el privilegio de tratar con varias de estas personas, aunque nunca se me dio un encuentro de la calidad exquisita que tuvo mi maestro."* Me contó que, al comenzar su aprendizaje, su principal impedimento para abordar el arte del acecho era la impaciencia. En una ocasión, por ayudarlo, don Juan le exigió que trabase amistad con cierta persona que vivía en un asilo de ancianos. *"Cuando lo conocí, resultó ser un viejito fastidioso que tenía la costumbre de contar a todos cómo en su juventud, en la década de los veinte, había sido testigo de un suceso espectacular. Se encontraba consumiendo en un café italiano. De repente un automóvil se detuvo frente a la puerta, de su interior salieron varios individuos armados con ametralladoras y comenzaron a disparar hacia el establecimiento. Gracias a su buena estrella, mi amigo pudo esconderse bajo*

unas mesas y salió ileso. La anécdota constituía, al parecer, el único tesoro en la vida de este anciano. Ahora bien, para desgracia de quienes lo conocíamos, el viejo padecía amnesia y olvidaba constantemente a quiénes la había contado. Tuve que sufrirlo una y otra vez durante años. Al llegar al asilo, invariablemente me aferraba del brazo y me preguntaba: '¿Ya te conté cómo fui atacado por unos gangsters?'. Yo sentía pena por él, porque de algún modo me hacía pensar en mi propio e incierto futuro. Pero al final me harté; regresé con don Juan y le dije: ¡Ya no aguanto más! ¡Ese anciano es verdaderamente exasperante! ¿Cuál es el objetivo de que usted me obligue a visitarle?. Pero don Juan fue inflexible; me ordenó que, a partir de ahí, fuese a visitar al anciano diariamente o renunciase a mi aprendizaje. Alarmado con esta amenaza, hice acopio de toda mi paciencia y traté de cumplir. En algún momento fantaseé, pensando en la posibilidad de que el viejito no fuese en realidad la persona que aparentaba ser. Eso me dio ánimos para seguir con mi tarea. Cierta día, al llegar al asilo y preguntar por mi amigo, me informaron que había muerto."

## LA HOMOGENIZACIÓN PERCEPTUAL

Esa tarde Carlos nos estuvo hablando sobre ciertas características de la percepción. Contó que los seres humanos hemos heredado de los dinosaurios la propiedad de ver el cielo de color azul. En cambio, afirmó, nuestros parientes los primates lo ven de color amarillo. Respondiendo a una pregunta que le

formularon, describió el mundo en que vivimos como "un conglomerado de unidades de interpretación." Comprendiendo que esta definición era oscura para sus oyentes, nos explicó: "El ser humano pertenece al grupo de los primates. Su gran fortuna es que puede llegar a expresiones únicas de conciencia, por su capacidad de atención y análisis. Sin embargo, la percepción pura siempre se ve interferida por la forma en que interpretamos. Por lo tanto, nuestra realidad se amolda a la descripción. La meta de los brujos es percibir todo lo que es humanamente posible. Ya que no podemos salir de nuestra condición biológica, ¡seamos monos sublimes!" Añadió que, para perfeccionar nuestro darnos cuenta, el camino de la atención es todo lo que tenemos.

Esa misma noche tuve la oportunidad de hablar con él y le pedí que me dividiera sus afirmaciones en pedazos más pequeños. Me dijo que, debido a nuestra precondition biológica, todos nosotros funcionamos como unidades de percepción y nos es posible efectuar "un milagro de atención: la homogenización perceptual." "¿Qué significa unidades de percepción?" -le pregunté. "Significa que, como seres autónomos que somos, nuestra percepción también podría serlo. Pero no lo es, ya que, al ponernos de acuerdo con nuestros semejantes, todos percibimos lo mismo. Esa extraordinaria facultad, que comenzó con un consenso voluntario orientado a la supervivencia, ha terminado por atarnos a nuestras propias descripciones." Afirmó que el flujo de las emanaciones del Aguila es continuamente nuevo y desconcertante, pero no lo vemos porque vivimos a tres pasos de distancia del mundo real: la sensibilidad innata, la interpretación biológica y el consenso social. Esos pasos no son simultáneos,

pero su velocidad es superior a lo que podemos determinar conscientemente; por eso damos por hecho el mundo que percibimos.

Le pedí que me ejemplificase sus afirmaciones. Me respondió: *“Imagínate que en este momento atestigüas un conjunto de emanaciones del Aguila; automáticamente lo transformas en algo sensorial, con características como luminosidad, sonido, movimiento, etcétera. Entonces interviene la memoria, la cual te obliga a darle significado, y lo reconoces, por ejemplo, como otra persona. Por último, tu inventario social lo clasifica al compararlo con aquellos a quienes conoces; esa clasificación te permite identificarlo. A estas alturas, estás a una buena distancia del hecho real, que es indescriptible, porque es único. Lo mismo ocurre con todo cuanto vemos. Nuestro darnos cuenta es el resultado de un largo proceso de depuraciones o ‘desnates’, como decía don Juan. Lo desnatamos todo, modificamos de tal manera el mundo que nos rodea, que queda muy poco del original. Tal situación, si bien nos ayuda a vivir en mejores condiciones, también nos esclaviza a nuestra propia creación y nos vuelve predecibles. Al homogenizar nuestros puntos de encaje, sólo permitimos el paso de aquello que no va en contra de nuestra idea preconcebida del mundo. Somos como los caballos que, después de aprender un camino, ya no pueden disfrutar de su libertad; todo lo que hacen es repetir un patrón. Esa homogeneidad es estremecedora, es demasiado. Ponte a pensar, ¿algo debe haber ahí?”*

Sostuvo que cualquier idea preconcebida, aún algo tan simple como los nombres que damos a las cosas, nos mantiene sujetos a la razón, pues nos obliga a crear mecanismos de juicio. *“Por ejemplo, cu-*

*ando dices: ‘Yo creo en Dios’, en realidad estás diciendo: ‘Me contaron ciertas ideas y he escogido adoptarlas; ahora hasta mato por ellas’. ¡Entonces no eres tú quien decide! Es otro, el juicio implantado. Lo ideal es que tú mismo determines tu vida a partir de tu experiencia. Si tu creencia te quita algo, ¡cuidado! Todo lo que no te hace libre te esclaviza. El enfocarse en un determinado aspecto del inventario humano tiene dos efectos: nos vuelve especialistas en nuestro campo, pero, al mismo tiempo, fosiliza los conductos energéticos, que ya sólo reaccionan ante ciertos estímulos, saturando nuestro yo de ideas y opiniones. Un guerrero no puede darse el lujo de seguir los modos de la gente y tampoco el de ser reactivo, porque su libertad significa el ejercicio de otras alternativas.”* Le pregunté a qué alternativas se refería, pero él me dio una palmada en el hombro y me dijo que era demasiado tarde. *“Otro día continuamos.”*

## DEPREDADORES DE LA CONCIENCIA

La continuación de nuestra charla llegó años más tarde. En esa ocasión, Carlos trajo a una de sus reuniones un concepto enteramente nuevo y escalofriante, que despertó las más apasionadas controversias. *“El hombre -dijo- es un ser mágico, tiene la capacidad de volar por el universo al igual que cualquiera de los millones de conciencias que existen. Pero, en algún momento de su historia, perdió su libertad. Ahora su mente ya no es suya, es una intrusión.”* Afirmó que los seres humanos somos rehenes de un conjunto de entidades cósmicas que se dedican a la depredación, a

las cuales los brujos llaman “los voladores.” Dijo que este era un tema muy secreto de los antiguos videntes, pero que, debido a un augurio, él había entendido que ya era tiempo de divulgarlo. El augurio fue una fotografía que había tomado Tony, un budista cristiano amigo suyo. En ella aparecía nítidamente la figura de un ser oscuro y ominoso flotando sobre una multitud de fieles reunida en las pirámides de Teotihuacán. “Mis compañeras y yo determinamos que ya era tiempo de dar a conocer nuestra verdadera situación como seres sociales, aún a costa de toda la suspicacia que tal información pueda generar en el público.”

Cuando se me presentó la oportunidad, le pedí que me dijese algo más sobre los voladores, y entonces me contó que uno de los aspectos más terroríficos del mundo de don Juan; que somos prisioneros de seres venidos de los confines del universo, quienes nos usan con el mismo desenfado con que nosotros usamos a los pollos. Explicó: “La porción del universo a la que tenemos acceso es el campo de operaciones de dos formas radicalmente diferentes de conciencia. Una, a la que pertenecen las plantas y los animales, incluso el hombre, es una conciencia blanquecina, joven, generadora de energía. La otra es una conciencia infinitamente más vieja y parasitaria, poseedora de una cantidad inmensa de conocimientos. Además de los hombres y otros seres que habitan esta tierra, hay en el universo una inmensa gama de entidades inorgánicas. Están presentes entre nosotros y en ciertas ocasiones se nos hacen visibles. Les llamamos fantasmas o apariciones. Una de esas especies, que los videntes describen como enormes bultos voladores de color negro, llegó en algún momento de la profundidad del Cosmos y encon-

tró un oasis de conciencia en nuestro mundo. Ellos se han especializado en ‘ordeñarnos’.” “¡Eso es increíble!” -exclamé. “Lo sé, pero es la más pura y aterradora verdad. ¿Nunca te has preguntado el por qué de los altibajos energéticos y emocionales de la gente? Es el predador que viene periódicamente a recoger su cuota de conciencia. Sólo dejan lo suficiente para que sigamos viviendo, y a veces ni para eso.” “¿Qué quieres decir?” “Que a veces se pasan y la persona enferma de gravedad, y hasta muere.” Yo no daba crédito a mis oídos. “¿Quieres decir que estamos siendo devorados en vida?” -le pregunté. Sonrió. “Bueno, ellos no nos ‘comen’ literalmente, lo que hacen es una transferencia vibratoria. La conciencia es energía y ellos pueden alinearse con nosotros. Como por naturaleza están siempre hambrientos, y nosotros, por el contrario, exudamos luz, el resultado de ese alineamiento solo puede ser descrito como depredación energética.” “Pero, ¿por qué hacen eso?” “Porque, en un plano cósmico, la energía es la moneda más fuerte y todos la quieren, y nosotros somos una raza vital, repleta de alimento. Cada cosa viva come a otra, y siempre el más poderoso sale ganando. ¿Quién dijo que el hombre está en la cúspide de la cadena alimenticia? Esa visión solo pudo ocurrírsele a un ser humano. Para los inorgánicos, nosotros somos la presa.”

Le comenté que se me hacía inconcebible que entidades más conscientes que nosotros llegasen a ese grado de rapiña. Replicó: “Pero, ¿qué crees que haces tú cuando comes una lechuga o un bistec? ¿Estás comiendo vida! Tu sensibilidad es hipócrita. Los depredadores cósmicos no son ni más ni menos crueles que nosotros. Cuando una raza más fuerte consume a otra inferior, está ayudando a que su energía evolucione. Ya te he di-



cho que en el universo sólo hay guerra. Los enfrentamientos de los hombres son un reflejo de lo que pasa ahí fuera. Es normal que una especie intente consumir a otra; lo propio de un guerrero es no lamentarse por ello y procurar sobrevivir.” “¿Y cómo nos consumen?” “A través de nuestras emociones, debidamente encauzadas por el parloteo interior. Han diseñado el entorno social en tal forma que estamos todo el tiempo disparando oleadas de emociones que son inmediatamente absorbidas. Sobre todo, les gustan los ataques de ego; para ellos, ése es el bocado más exquisito. Tales emociones son iguales en cualquier lugar del universo donde se presenten, y ellos han aprendido a metabolizarlas. Algunos nos consumen por la lujuria, la ira o el temor; otros prefieren sentimientos más delicados, como el amor o la ternura. Pero todos ellos están interesados en lo mismo. Lo normal es que nos ataquen por la zona de la cabeza, el corazón o el vientre, allí donde guardamos el grueso de nuestra energía.” “¿Atacan también a los animales?” “Esos seres usan a todo lo que esté disponible, pero prefieren la conciencia organizada. Drenan a los animales y a las plantas en la medida de su atención, que no es demasiado fija. Atacan incluso a los demás seres inorgánicos, sólo que aquellos sí los ven y los esquivan, como nosotros esquivamos a los mosquitos. El único que cae completito en su trampa es el hombre.” “¿Cómo es posible que todo eso esté ocurriendo sin que nos demos cuenta?” “Porque heredamos el intercambio con esos seres casi como una condición genética, y a estas alturas nos parece algo natural. Cuando nace la criatura, la madre la ofrece como comida, sin darse cuenta, pues la mente de ella también está dominada. Al bautizarla está firmando un convenio. A partir de

ahí, se esfuerza por inculcarle modales de conducta aceptables, la doma, cercena su lado guerrero y la convierte en una mansa oveja. Cuando un niño sale suficientemente energético para rechazar esa imposición, pero no lo suficiente como para entrar en el camino del guerrero, se vuelve un rebelde o un desajustado social. La ventaja de los voladores radica en la diferencia entre nuestros niveles de conciencia. Ellos son entidades muy poderosas y vastas; la idea que tenemos de ellos es equivalente a la que tiene una hormiga de nosotros. Sin embargo, su presencia es dolorosa y se puede medir en diversas maneras. Por ejemplo, cuando nos provocan ataques de racionalidad o desconfianza, o nos sentimos tentados a violar nuestras propias decisiones. Los locos pueden detectarlos muy fácilmente -demasiado, diría yo-, ya que sienten físicamente cómo estos seres se posan sobre sus hombros, generando paranoias. El suicidio es el sello del volador, pues su mente es homicida potencial.”

“Dices que se trata de un intercambio, pero, ¿qué ganamos nosotros con semejante despojo?” “A cambio de nuestra energía, los voladores nos han dado la mente, los apegos y el ego. Para ellos, no somos sus esclavos, sino una especie de obreros asalariados. Privilegiaron a una raza primitiva y le dieron el don de pensar, lo cual nos hizo evolucionar; más aún, nos ha civilizado. De no ser por ellos, aún estaríamos escondidos en cuevas o haciendo nidos en las copas de los árboles. Los voladores nos dominan a través de nuestras tradiciones y costumbres. Son los amos de las religiones, los creadores de las Historias. Escuchamos su voz en la radio y leemos sus ideas en los periódicos. Ellos manejan todos nuestros medios de información y nuestros sistemas de



creencia. Su estrategia es magnífica. Por ejemplo, hubo un hombre honesto que habló de amor y libertad; ellos lo han convertido en autocompasión y servilismo. Lo hacen con todos, incluso con los naguales. Por eso el trabajo de un brujo es solitario. Durante milenios, los voladores han urdido planes para colectivizarnos. Hubo una época en que se hicieron tan descarados, que hasta se mostraban en público y las gentes los representaron en piedra. Eran tiempos oscuros, pululaban por doquier. Pero ahora su estrategia se ha hecho tan inteligente que ni sabemos que existen. En el pasado nos enganchaban por la credulidad, hoy, por el materialismo. Ellos son responsables de que la aspiración del hombre actual sea no tener que pensar por sí mismo; ¡observa no más cuánto tiempo aguanta alguien en silencio!”

“¿Porqué ese cambio en su estrategia?” “Por que, en este momento, ellos están corriendo un gran riesgo. La humanidad está en un contacto muy rápido y cualquiera puede informarse. O nos llenan la cabeza, bombardeándonos día y noche con todo tipo de sugerencias, o habrá algunos que se den cuenta y avisen a los demás.” “¿Qué ocurriría si lográsemos repeler a esas entidades?” “En una semana recuperaríamos nuestra vitalidad y estaríamos brillando de nuevo. Pero, como seres humanos normales, no podemos plantearnos esa posibilidad, porque ello implicaría ir en contra de todo lo que es socialmente aceptable. Afortunadamente, los brujos tenemos un arma: la disciplina. El encuentro con los inorgánicos es gradual. Al principio no los notamos. Pero un aprendiz comienza a verlos en su ensueño y luego en su vigilia -algo que puede enloquecerle si no aprende a actuar como un guerrero. Después de que se da cuenta, puede confrontarlos. Los brujos manipulan

la mente foránea haciéndose cazadores de energía. Es con ese fin que mis compañeras y yo hemos diseñado para las masas los ejercicios de tensegridad, que tienen la virtud de liberarnos de la mente del volador. En ese sentido, el brujo es oportunista. Aprovecha el empujón que le dieron y dice a sus captores: ‘Gracias por todo, ahí nos vemos! El acuerdo que ustedes hicieron fue con mis antepasados, no conmigo’. Al recapitular su vida, literalmente está sacándole al volador la comida de la boca. Es como si llegásemos a la tienda y devolviésemos el producto al tendero, exigiéndole: ‘¡Regrésame mi dinero!’ A los inorgánicos no les gusta eso, pero no pueden hacer nada. Nuestra ventaja es que somos prescindibles, ¡hay mucha comida por ahí! Una posición de alerta total, que no es otra cosa que disciplina, crea condiciones tales en nuestra atención, que dejamos de ser sabrosos para esos seres. En tal caso, dan media vuelta y nos dejan tranquilos.”

## PERDIENDO LA RAZÓN

En otra plática, Carlos expresó que la razón es un subproducto de la mente foránea y que no hay que tenerle demasiada confianza. Esa afirmación violentó mis esquemas mentales. Cuando le pregunté al respecto, me explicó que lo que rechazan los brujos no es la capacidad de la razón para llegar a conclusiones, sino el modo como se impone en nuestra vida, cual si fuese la única alternativa. “La racionalidad hace que nos sintamos como un bloque sólido y comenzamos a conceder la mayor importancia a conceptos como ‘reali-

dad'. Cuando enfrentamos situaciones poco comunes, como las que asaltan al brujo, nos decimos: 'No es razonable', y tal parece que ya lo dijimos todo. El mundo de nuestra mente es dictatorial, pero frágil. Después de unos cuantos años de uso continuo, el yo se torna tan pesado que es una cuestión de sentido común darnos un descanso para seguir adelante. Un guerrero lucha por romper la descripción del mundo que le han insuflado a fin de abrir espacio a lo nuevo. Su guerra es la guerra contra el yo. Por ello procura estar permanentemente consciente de su potencial. Como el contenido de la percepción depende de la posición del punto de encaje, un guerrero busca con todas sus fuerzas conmover la fijeza de ese punto. En lugar de darle culto a sus especulaciones, presta atención a ciertas premisas del sendero de los brujos. Esas premisas dicen que, en primer lugar, sólo una condición de plenitud energética nos permite tratar adecuadamente con el mundo. En segundo, la racionalidad es una consecuencia de la fijación del punto de encaje en el área de la razón, y ese punto se desplaza cuando logramos el silencio interior. En tercer lugar, hay en nuestro campo luminoso otros puntos tan pragmáticos como la racionalidad. Cuarto, cuando logramos una visión que incluye tanto la razón como su centro gemelo –el conocimiento silencioso–, los conceptos de verdad y mentira dejan de ser operantes y se hace patente que el verdadero dilema del hombre es tener energía o no tenerla. Los brujos razonan al revés que la gente. Para ellos, anclar la atención es demencia y hacerla fluir, sensatez. A la fijación del punto de encaje en zonas no habituales le llaman 'ver'. Consideran que estar cuerdos es un imperativo común, pero han comprobado que la racionalidad no es cordura. La cordura

es un acto voluntario, mientras que ser razonables es fijar nuestra atención en el consenso colectivo. Ya te he dicho que se oponen a su dictadura. Ellos saben que el centro de la razón puede llevarnos muy lejos. La razón absoluta es despiadada, no se detiene en medias tintas; por eso la gente le tiene miedo. Cuando conseguimos enfocarla con inflexibilidad generamos la obligación de ser impecables, porque no serlo no es razonable. Hacer las cosas con impecabilidad es hacer todo lo humanamente posible y un poco más. Por lo tanto, la razón también te lleva al movimiento del punto de encaje."

"Para actuar dentro de los preceptos del camino del guerrero se requiere claridad de propósito, valor para acometer la tarea y un intento inflexible. Si miras a tu alrededor, verás que la mayor parte de la gente 'de razón' en realidad no está ubicada en ese centro, sino en su periferia." "¿Por qué?" "Porque les falta energía. Sus agujeros les impiden tener objetividad. Su atención siempre fluctúa, y por ello su percepción es un resultado híbrido, ambiguo. Flotan como una barca sin timón, en medio de la corriente, a merced de sus emociones y sin divisar ni la orilla del razonamiento puro, ni la orilla de lo abstracto. Lo que se requiere de un guerrero moderno es una condición de incremento energético sostenido a fin de que su atención pueda fluir entre la razón y el conocimiento silencioso. Al moverse de ese modo, está más cuerdo que nunca, y sin embargo, no es un ser racional. Desde cualquier posición en que se fije, siempre estará divisando el otro lado; así su visión adquiere perspectiva y profundidad. Los brujos describen esta condición como 'ser dobles' o 'perder la razón'. Podemos llegar al conocimiento silencioso tal como nuestros maestros nos enseñaron a llegar a la

*razón: por inducción. Es como dominar los dos lados de un puente. Desde uno, puedes ver la razón como una red de consenso que transforma la interpretación colectiva en sentido común a través de las aduanas de la preocupación. Desde otro, puedes intuir el conocimiento silencioso como una negrura insondable y creadora que se extiende más allá del umbral de la no compasión. Al cruzar este umbral, los antiguos llegaron a la fuente del puro entendimiento. Ser doble es hacer una conexión con uno mismo, fluir entre dos puntos. Es algo prácticamente indescriptible, pero un aprendiz lo experimenta tan pronto como ahorra suficiente energía. A partir de ahí, aprende a tratar con la razón como un ser libre, sin reverencias ni sometimiento. Adquiere lo que don Juan llamaba 'intensidad', es decir, la capacidad de almacenar información en un bloque perceptual."*

El concepto de "intensidad" me resultó completamente oscuro. Le pedí que me lo explicase un poco más. Me respondió que la percepción se compone de contenido e intensidad. Un brujo aprende a guardar esas experiencias en el movimiento del punto de encaje. Añadió que lo que propone el camino del conocimiento es un cambio de valores en la manera de entender nuestra interacción social como especie, substrayendo nuestra energía de la vida cotidiana y concentrándola en situaciones que impliquen una vivencia intensiva. "Se trata de regresar al hombre a la maravilla, al poder, a lo que ha soñado; devolverle el asombro y la capacidad de crear. Sólo esa ruptura liberará al ser luminoso de nuestra uniformidad perceptual."

## LOS MOVIMIENTOS DEL PUNTO DE ENCAJE

En otra ocasión, platicando con un pequeño grupo de amigos, Carlos nos explicó que otro efecto del movimiento del punto de encaje es que las cosas adquieren formas nuevas, el brillo de las apariencias cede paso a un brillo más profundo y esencial, y los seres vivos adoptan la forma de enormes y redondeados campos de luz. Sostuvo que la conformación luminosa de un hombre o mujer es el retrato de su existencia. Los videntes ven cada detalle, y así determinan si una persona está o no preparada para el aprendizaje. "La mayor parte de la gente maltrata sus tonales; en consecuencia, sus fibras caen como los pliegues de una cortina vieja. Esas fibras 'cansadas' operan a modo de pegamento, estancando el curso natural de la energía. Don Juan les llamaba 'tonales campana', porque tienen esa forma, son oscuros y dan la impresión de pesar muchísimo. Al moverse, esos campos reptan o dan breves saltos, como si estuviese arrastrando algo o como si la persona se hubiese metido dentro de un disfraz de oso que le queda demasiado grande. En los guerreros, en cambio, los pliegues están tensos. Sus capullos son casi esféricos y rebosan de vigor; el lado inferior es compacto como una pelota de goma maciza y rebota, se despega de la tierra. Cuando avanzan, esos globos no reptan penosamente, sino que saltan con júbilo y a veces planean durante un largo trecho. Don Juan les llamaba precisamente así, 'los planeadores', y afirmaba que era un placer tropezarse con uno de ellos por la calle. Pero sólo los videntes consiguen rediseñar su luminosidad de tal modo, que pueden desprenderse por completo de la tierra y volar. Algunos consiguen

*romper sus límites, lo que se percibe como si esos guerreros hubiesen roto el pellejo que aprisionaba su energía, exponiendo el refulgente núcleo central. Son brujos viajeros y ya no dependen de su cuerpo físico para estar conscientes y actuar. La tarea del aprendiz es volver a centrar su cuerpo energético a través de actos de impecabilidad y fuerza que conduzcan al movimiento del punto de encaje. Ante todo, debe dar movilidad a su energía, haciendo que fluya de una forma natural. De ese modo, sus fibras se estiran y comienzan a brillar con un matiz ambarino. La percepción tiene lugar en un punto de intensa luz blanca que por lo general está rígidamente fijo dentro de un área muy específica que los brujos llaman 'la banda humana'. Ese punto articula las emanaciones que recibimos desde fuera con las que están dentro de nuestro campo luminoso, de un modo semejante a como una antena recoge las ondas de radio y las transforma en sonido."*

Para nuestra sorpresa, aseguró que ver ese punto es un asunto relativamente simple, que ocurre ya en las primeras etapas del camino. *"Basta con que se sugestionen de la manera apropiada. Un aprendiz nunca debe decir: 'Soy un inútil, no veo nada', sino, por el contrario, 'Me parece que lo veo... ¡sí, allí está!' Si repetimos ese intento una y otra vez, tarde o temprano el punto de encaje irrumpirá en nuestro campo perceptivo, y ese es el primer paso para moverlo deliberadamente."* Uno del grupo le preguntó cómo podemos ser testigos de nuestra propia percepción. Explicó que, puesto que no tenemos modo de percibir nada sino a través del punto de encaje, la única forma de entender este asunto es diciendo que el punto de encaje se percibe a sí mismo. Lo que vemos es el resultado de su fun-

cionamiento. Por eso tenemos la sensación de que repentinamente arde una flama allí donde nuestras emanaciones se alinean con las de fuera.

Sostuvo que igualmente podríamos describir ese fenómeno en términos de audición, como un chasquido eléctrico que delata el alineamiento. *"Lo importante es que lo verifiquen por ustedes mismos, porque eso les pondrá más allá de la mente, les llenará de conocimiento silencioso. El solo acto de verlo produce un impacto que conmueve la fijeza del punto de encaje."* Continuó diciendo que un brujo con experiencia logra desplazar su atención muy lejos de la banda humana, tanto en el interior de las emanaciones de su capullo como más allá de él. Esto amplía considerablemente los alcances de su percepción. Algunos van de viaje al reino inorgánico; ese alineamiento es de lo más gratificante para la energía y hace que el viajero regrese a casa renovado. Otros tienen la tendencia de sumergirse en el área baja, el ámbito de la bestia, el rincón más sórdido de la conciencia. Para los seres humanos ese es el lugar peligroso, porque permanecer largo rato allí puede producir lesiones físicas."

Le preguntaron dónde se queda el yo en el momento en que el punto de encaje se desplaza por el área baja. Respondió: *"Por lo visto, ustedes están pensando que el punto de encaje cabe dentro de su inventario de cosas razonables, pero no es así. No lo vean como un objeto sólido o como un miembro más de su cuerpo. No tenemos un punto de encaje, ¡lo somos! Mientras un guerrero está preso en los límites de la forma humana, el sitio más alejado al que puede trasladar su punto de encaje es un área de vacío interpretativo a la que los nuevos videntes llaman 'el limbo'. Ese es un*

*espacio real en la frontera del otro mundo, un área de transición hacia la otra atención. Esos movimientos se acumulan y van condensando nuestro poder personal, hasta que finalmente cristalizan en una especie de matriz luminosa que don Juan llamaba 'las posiciones del ensueño'. A través de la exploración de esas posiciones, la experiencia individual del brujo se sale del cauce humano y se hace prácticamente ilimitada. El movimiento del punto de encaje no obedece sólo al interés de tener acceso a visiones asombrosas, sino, ante todo, al hecho de que cada desplazamiento controlado libera cantidades enormes de energía. Lo ideal es que el guerrero aplique su intento inflexible y encienda su campo energético como si todo él fuese un gigantesco punto de encaje, para atestiguarlo todo de una vez. En ese caso, el punto sale disparado hacia arriba, el viajero se convierte en una ráfaga de luz y ya nunca vuelve a recuperar su forma. Ese es el reto mayor, la unión de nuestra conciencia con el infinito."*

## LA SUPERVIVENCIA DEL PUNTO DE ENCAJE

A pesar de que Carlos tocaba con frecuencia el tema de la muerte, evitaba referirse a lo que sucede después que la persona muere. Esa ocasión me pareció buena para indagar su opinión al respecto. "Carlos -le pregunté-, ¿qué nos pasa cuando morimos?" "Depende -me respondió-. *La muerte nos toca a todos, pero no es la misma para todos. Todo depende del nivel energético.*" Me aseguró que la muerte de una persona común y corriente es el fin de su viaje, el momento

en que tiene que devolver al Águila toda la conciencia que obtuvo mientras estuvo viva. "*Si no tenemos otra cosa que nuestra fuerza vital para ofrecerle, nos habremos acabado. Ese tipo de muerte borra cualquier sentimiento de unidad.*" Le pregunté si esa era su opinión particular o un conocimiento tradicional de los videntes. Me respondió: "*No es una opinión; he estado en el otro lado y sé. He visto niños y adultos vagando por allá y he observado sus esfuerzos por recordarse a sí mismos. Para quienes disiparon su energía, la muerte es como un sueño fugaz, lleno de burbujas de recuerdos cada vez más desvanecidos, y entonces, la nada.*" "¿Quieres decir que cuando soñamos nos aproximamos al estado de los muertos?" "No sólo nos aproximamos, ¡estamos ahí! Pero, como la vitalidad de nuestro cuerpo permanece intacta, podemos regresar. Morir es literalmente un sueño. Verás, cuando una persona común y corriente sueña, no puede focalizar su atención en nada; no le queda más que su fragmentada memoria, alimentada con las experiencias que ha acumulado a lo largo de su vida. Si esa persona muere, la diferencia es que su sueño se alarga y ya no vuelve a despertar. Es el sueño de la muerte. El viaje de la muerte puede llevarle a un mundo virtual de apariciones, donde contemplará la materialización de sus creencias, de sus cielos e infiernos privados, pero no pasa de ahí. Tales visiones van desapareciendo con el tiempo, a medida que se agota el impulso de la memoria."

"¿Y qué pasa con el alma del que muere?" "El alma no existe, lo que existe es la energía. Una vez que desaparece el cuerpo físico, lo único que queda es una entidad energética alimentada por la memoria. Algunos individuos están tan olvidados de sí mismos

que mueren casi sin darse cuenta. Son como los amnésicos, personas que tienen un bloqueo del punto de encaje y ya no pueden alinear los recuerdos, no tienen continuidad; por lo tanto, se sienten permanentemente al borde de la nada. Cuando mueren, esas personas se desintegran en forma casi instantánea, pues el impulso de sus vidas apenas aguanto unos pocos años. Sin embargo, la mayoría de la gente tarda un poco más en desintegrarse, entre cien y doscientos años. Quienes han tenido vidas llenas de significado, pueden resistir hasta medio milenio. El plazo se dilata aún más para aquellos que consiguieron crear vínculos con las masas de personas; esos pueden retener su conciencia durante milenios enteros. “¿Cómo lo consiguen?” “A través de la atención de sus seguidores. La memoria crea vínculos entre los seres vivos y los que han partido. Así es como se mantienen conscientes. Por eso, el culto de las personalidades históricas es tan pernicioso. Ese era el intento de quienes, en tiempos antiguos, se hicieron momificar: cohesionar su nombre en la historia. Irónicamente, es el mayor daño que se le pueda infligir a la energía. Si de veras quieres castigar a una persona, entiérrala en un ataúd de plomo; su desconcierto no se acaba nunca. No importa lo que haga o cómo haya vivido; la persona común y corriente no tiene la menor oportunidad de seguir adelante. Para los brujos, que viven de cara a la eternidad, cinco años o cinco milenios no son nada. Por eso afirman que la muerte es desintegración instantánea.”

Quise saber si las personas fallecidas pueden regresar para contactar con los vivos. Me respondió: “Las relaciones entre los moradores de las diversas esferas de la conciencia sólo puede efectuarse a través de

la alineación del punto de encaje. La muerte es una barrera perceptiva final. Los vivos podemos dirigirnos al reino de los muertos a través del ensueño, pero ese es el tipo de asunto en el que un guerrero no se mete, porque sólo desgasta su energía. Algo muy diferente, en cambio, es contactar con brujos que han partido.” “¿Por qué?” “Porque ellos sí lograron hacerse de un doble energético, sostuvieron su individualidad a través de sus técnicas.” “¿Cómo podemos entrar en relaciones con ese tipo de conciencia?” “Ensoñando. Sin embargo, es muy difícil que un brujo de los que ya se fueron fije su atención en este mundo, a menos que tenga alguna tarea específica que cumplir, y es más difícil aún que un hombre común soporte ese contacto. El intercambio con estos seres es de lo más gratificante para los guerreros, pero aterrador para los demás, porque un brujo inorgánico no es un fantasma, sino una fuente intensa de energía autoconsciente e implacable, capaz de dañar a quienes se le acercan por descuido. Ese tipo de contacto puede ser aún más peligroso que el intercambio con un brujo vivo.” “¿En qué consiste el peligro?” “Así es la naturaleza de la energía. Si crees que los brujos son gentes amigables, te equivocas: ¡son nagueles! Hay un rasgo muy macabro en nuestra constitución que nos impulsa a usar el medio a todo costo. Es algo natural, no podemos evitarlo. Ese rasgo se exagera en el brujo y se magnifica después de su partida, porque para entonces no hay inhibiciones que lo contrarresten. Cuando el brujo se vuelve inorgánico, regresa a lo que siempre fue: una emanación del depredador cósmico.”

## SERES CÍCLICOS

Poco antes de conocer a Carlos, influido por mis lecturas orientales, me había hecho partidario de la doctrina de la reencarnación. Me parecía una alternativa lógica a la creencia cristiana en la resurrección de los cuerpos. Sin embargo, en una de sus charlas, él observó que los dogmas del cristianismo y de las religiones del Oriente eran sospechosamente parecidos, porque partían de un denominador común: el temor a la muerte. Su comentario me sumió en la perplejidad. Era un enfoque completamente nuevo para un asunto que siempre me había fascinado. Cuando le pregunté su opinión, Carlos trató de desviar mi interés hacia otro tema, como si no valiera la pena hablar de ese asunto. Pero después, cambiando de táctica, me dijo que todas mis creencias sobre la supervivencia de la personalidad eran resultado de las sugerencias sociales. *“Te han dicho que tenemos tiempo, que hay una segunda oportunidad. ¡Mentiras! Los videntes afirman que el ser humano es como una gota de agua que se desprendió del océano de la vida y comenzó a brillar por cuenta propia. Ese brillo es el punto de encaje de la percepción. Pero, una vez disuelto el capullo luminoso, la conciencia individual se desintegra y se hace cósmica, ¿cómo podría regresar? Para los brujos, cada vida es única, ¿y tú esperas que se repita? Tus ideas parten de la elevada opinión que tienes sobre tu unidad. Pero, como todo lo demás, tú no eres un bloque sólido, eres fluido. Tu ‘yo’ es una suma de creencias, un recuerdo, ¡nada concreto!”*

Le pregunté a qué se debe entonces que las religiones propaguen otro tipo de doctrinas. Me re-

spondió: *“Es fácil entenderlo; son respuestas al miedo ancestral del ser humano. Cada cultura generó sus propias proposiciones explicativas, pero sólo los videntes fueron más allá de las creencias, corroborando esos aspectos de las emanaciones del Águila por sí mismos.”* Me explicó que existen en el universo racimos energéticos a los cuales todos nosotros estamos enganchados como se enganchan entre sí las cuentas de un rosario. Somos cíclicos; somos el resultado de un sello luminoso y cada vez que nace un nuevo ser, encarna en él la naturaleza de ese patrón. Pero la cadena que nos une no es de naturaleza personal, no implica transferencias de memoria o personalidad, ni nada por el estilo. *“Para sobrevivir a la muerte hay que ser brujo. Al satisfacer al Águila con una réplica vivencia, los brujos consiguen mantener encendida la llama de su conciencia individual por eternidades. Pero eso es una hazaña. ¿Acaso el máximo logro de un guerrero ha de ser un regalo?”*

Le comenté que estudios recientes habían demostrado que algunas personas, en circunstancias muy especiales, son capaces de recordar eventos de una vida pasada. Afirmó que eso era una interpretación errónea de los hechos. *“Es cierto que cualquiera puede sintonizar determinadas emanaciones de vivencias que tuvieron lugar en otros tiempos y sentir que ha vivido no uno, sino muchas vidas. Pero eso es sólo una alineación entre millones de alineaciones posibles.”*



## LA ALTERNATIVA DEL BRUJO

Le pregunté si la persona común y corriente tiene alguna posibilidad de sobrevivir a la muerte. Me respondió que siempre hay una posibilidad: el camino del guerrero. *“Si quieres entenderlo, no lo veas en blanco y negro. Míralo más bien en términos del movimiento del punto de encaje. El desafío del guerrero es fijar su atención, luchando por mantener la conciencia de su individualidad incluso después de su partida. Cuando alcanzamos cierto umbral de percepción, vemos que la muerte física es un desafío. Así como hay dos formas de vivir, hay dos formas de morir; en ambas uno puede actuar como un guerrero impecable o como un idiota inconsciente. Esa diferencia lo es todo.”* “¿Quieres decir que lo que ocurre después de la muerte tiene que ver con nuestra preparación?” Percibiendo la intención de mi pregunta, respondió: *“Sí, pero no del modo como lo que quieres interpretar. La idea de que ser buenos o cumplir con ciertos mandamientos facilita las cosas es una falacia a la que somos inducidos por el orden social. La única preparación que vale la pena son los rigores del camino del guerrero, que nos enseña cómo ahorrar energía y ser impecables. Puesto que hay dos formas de vivir y de morir, hay también dos tipos de gentes: Los primeros albergan esperanzas, los últimos no. Un guerrero es alguien que sabe que su tiempo ya acabó, pero aún sigue luchando, porque esa es su naturaleza. Si miras en sus ojos, contemplarás el vacío.”*

“Entonces, ¿en qué consiste realmente la alternativa del brujo?” *“Hay una sola forma en la que el hombre puede adelantarse a su fin: a través del manejo de su energía. Ese trabajo consiste de ensueño,*

*acecho y recapitulación. Las tres técnicas se fundan en un mismo resultado: el complemento del cuerpo energético. En un sentido general, la duración de nuestra existencia depende en gran medida de cómo tratamos a la energía. Dejamos la vida, por así decirlo, ‘embarrada’ en los asuntos cotidianos, nos vamos desgastando en las cosas que vemos y tocamos, y por eso morimos. Pero si llamamos de regreso a toda esa fuerza vital a través de la recapitulación, la muerte ya no podrá ser la misma, porque contaremos con nuestra totalidad. Desde el punto de vista del vidente, un guerrero que ha recapitulado su vida ya no muere. Su atención está tan compacta, que es una línea continua y coherente, no se dispersa. Su recapitulación no termina nunca, sigue por toda la eternidad, porque es el trabajo de recoger los pasos, de andar al día consigo mismo y estar completo. Así como necesitamos de cierta cantidad de experiencias para funcionar como individuos, el brujo requiere de suficiente práctica en la segunda atención para ser verdaderamente un brujo; de otro modo, no estará preparado cuando llegue su hora y partirá al infinito como un brujo incompleto. No obstante, un guerrero que se esforzó durante toda su vida por alcanzar los parámetros de la impecabilidad tiene una segunda oportunidad. Puede agrupar los eventos de su existencia y recoger la energía que quedó desperdigada para pasar al mundo del nagual.”*

Le pregunté qué hace un brujo en ese mundo. Contestó: *“Para la mayoría de la gente, morir es entrar en un mundo de aspectos insólitos, igual que los que atestiguamos en los sueños comunes. Allí nada tiene una secuencia lineal y los conceptos de tiempo, espacio y gravedad no se aplican ¡Imagina entonces todo*

*lo que puede hacer un guerrero que tiene el control de su doble de ensueños en un viaje de esa naturaleza! Como comprenderás, eso es una hazaña de la conciencia. Un brujo es alguien que pasa su vida afinándose a través de ardua disciplina. Cuando llega su hora, enfrenta a su muerte como una nueva etapa en el sendero. A diferencia del hombre común, él no intenta paliar su miedo con falsas esperanzas. El guerrero parte a su viaje definitivo pleno de gozo, y su muerte lo saluda y le permite conservar su individualidad como trofeo. Su sentido de ser está afinado a tal grado, que él se transforma en energía pura y desaparece con un fuego interior. De esa manera, logra extender su individualidad por miles de millones de años.” “¿Miles de millones?” “Así es. Somos hijos de la tierra, ella es nuestra fuente última. La opción de los brujos es unirse a la conciencia de la tierra por todo el tiempo que ella viva.”*

## LA ELECCIÓN FINAL

Esa tarde llegó cojeando a la reunión. Le preguntamos qué le había pasado y nos contó que, hallándose en el hotel, en una fracción de segundo el dedo gordo de su pie izquierdo comenzó a brillar y se le chamuscó con un fuego interno. “*¡Tuve que moverme rápido, porque mi punto de encaje había comenzado el proceso de alineación!*” Emocionado por su extraña experiencia, durante un largo rato nos habló sobre el ejercicio final de los brujos, mediante el cual se incendian desde adentro y entran con zapatos y todo a la conciencia pura. Uno de los asistentes a la charla le

preguntó por qué, si el paso a la conciencia es el objetivo final de los brujos, él había luchado por retener a toda costa su yo individual en lugar de aprovechar la oportunidad. Esbozando la más pícaro de sus sonrisas, Carlos nos contó que esa pregunta le había hecho recordar a un antepasado suyo, portugués de origen, que se dedicaba a embarcar gente para el Brasil con el cuento de la tierra prometida. El hombre ganaba una pequeña fortuna con eso, así que se esmeraba en hacerle propaganda a las bondades del Brasil, pero él mismo nunca fue para allá. “*¡Y aquí estoy yo, embarcándolos a ustedes!*”

Después de que nos hubimos reído de su anécdota, Carlos cambió la expresión de su rostro. En un tono muy formal, nos explicó que los guerreros no se mueven por importancia personal, y por lo tanto, sus decisiones no son suyas. “*Don Juan decía que algunos hombres de conocimiento, después de una vida de lucha impecable, deciden permanecer, mientras que otros se disuelven como soplos hacia el infinito. Lo que hace que algunos guerreros luchen por retener su yo es algo ajeno a los intereses personales. Pertenecer a un linaje de poder implica vínculos de tal naturaleza, que nuestra personalidad queda anulada, es sólo un minúsculo detalle en una estructura de energía a la que los nuevos videntes llaman ‘la regla’. En tales circunstancias, tampoco existe para el brujo, hablando con propiedad, una elección individual. Lo más que puede es aceptar su destino y cumplir con los comandos de la regla: cualquier otra cosa le llevaría a su extinción.*”

## LOS VIDENTES DEL ANTIGUO MÉXICO

Al principio, una de mis inquietudes era relativa a las fuentes históricas de Carlos. ¿Hasta qué punto eran las enseñanzas de don Juan el producto de la tradición milenaria de hombres de conocimiento, y hasta dónde habían sido influenciadas por las formas occidentales de pensamiento? En diversas ocasiones traté de validar lo que Carlos nos decía a través de comparaciones con lo que ha quedado de la antigüedad prehispánica, pero debo confesar que siempre salía frustrado. Yo estaba dispuesto a cuestionarlo en los términos de la antropología más ortodoxa. Sin embargo, me parecía impropio abordar un asunto tan delicado delante de la gente, por lo que posponía mis preguntas de encuentro en encuentro.

Esa tarde le comenté lo que estaba pasando por mi mente. Él lo tomó afablemente y me dijo que esa era una duda que asaltaba a casi todos sus oyentes, porque nos han descrito a los habitantes del México antiguo como pueblos primitivos. Añadió que mi suspicacia con respecto a sus palabras era normal, ya que yo estaba presentándome el problema de una forma ingenua, al tratar de encontrar definiciones para experiencias que no caben en la sintaxis de las lenguas modernas. *“Yo cometí un error semejante con mi maestro. Para don Juan, cualquier cosa que no sirviese al objetivo de la enseñanza era una pérdida de tiempo. Cada vez que yo intentaba encontrar alguna relación entre sus palabras y lo que decían los libros de historia, simplemente dejaba de hablar y me daba la espalda. En cierta ocasión le pregunté sobre su reticencia y me respondió: ‘Detrás de tu interés profesional se esconde una*

*duda profesional. Si no la desechas, no vas a entender el meollo de lo que te estoy diciendo. Yo sé qué origen tiene la información que te transmito, así que no necesito corroborarla’.* Después me habló de una época en que los brujos cruzaban grandes extensiones del mundo para intercambiar con colegas de otras latitudes sus resultados en la búsqueda del espíritu. Ese entonces no era como hoy, los brujos se movían en el ensueño con entera libertad, y nada era más respetado que la condición de vidente. Los conocimientos que acumularon aquellos hombres no pueden adjudicarse a ningún país en particular, son universales. Pero la organización de sus principios con arreglo a lo que hoy llamamos ‘nagualismo’ o ‘sendero del guerrero’, definitivamente tuvo lugar en el antiguo México. En parte, esos brujos fueron ayudados por una peculiar configuración del campo luminoso de la tierra, cuyo epicentro rota en torno al Valle de México. Ellos ven esa peculiaridad como un gigantesco embudo o pliegue de luz por donde las emanaciones del universo exterior encajan con las del planeta, produciendo un elevadísimo nivel de conciencia. Don Juan pensaba que esa formación es natural y fue aprovechada al máximo por los antiguos con fines de acrecentar su poder. Pero, al analizar el asunto, yo he llegado a la conclusión de que es al revés: los antiguos fijaron su atención en esta zona del mundo, y el planeta como totalidad respondió a ese intento, creando un gigantesco catalizador de emanaciones cósmicas. Como quiera que lo interpretemos, el hecho es el mismo: este el centro; ¡aquí puede ocurrir cualquier cosa!”

## VIAJE A LAS RAÍCES

Mientras contemplábamos las ruinas de lo que antaño fuera el templo mayor de los aztecas, Carlos me sorprendió con una extravagante declaración. Me dijo que en ese sitio, ubicado en pleno corazón del zócalo capitalino, radicaba el protector de México, al cual describió como una entidad inorgánica en forma de un tubo de luz del tamaño de un edificio de veinte pisos. Le miré, tratando de percibir si me había dicho eso en son de broma, pero sus ojos reflejaban una total seriedad. A partir de ahí, la conversación recayó en un tema de gran interés para mí: el enigma de las culturas prehispánicas. Afirmó que, así como en la actualidad empleamos los libros para transmitir el conocimiento, los brujos antiguos lo guardaban en posiciones del punto de encaje. Y utilizaban sus esculturas de piedra, madera y cerámica como catalizadores del movimiento de ese punto. De modo que su saber adoptó la forma de magníficas obras de arte, porque para ellos el conocimiento no era sólo información, sino, ante todo, una visión sublime de la vida.

*“El poder de esa visión ha llegado hasta la actualidad. Todos los naguales de los que tengo noticia fueron toltecas, es decir, unos artistas consumados. Unieron el control impecable de sus emociones a la elevada sensibilidad estética que les proporcionaban sus experimentos de conciencia. El resultado fue una inaudita capacidad para comunicar sensaciones y para deslindar experiencias con las que otros hombres se enredarían y terminarían balbuceando incoherencias. Algunos naguales de mi linaje recurrieron a las artes plásticas, otros, al teatro, la música o la danza. Hubo algunos*

*cuya predilección fueron las historias de poder, cuentos capaces de desencadenar los mismos efectos sobre todos sus oyentes, porque no se basan en las argucias de la razón, sino en el prodigio de nuestro estar conscientes. Hoy damos a esas historias el nombre de ‘mitos’, y por supuesto que no los entendemos.”*

Siguió diciendo Carlos que, tomando como criterio de juicio la expresión artística, la obsesión de los brujos del México antiguo por transmitir su conocimiento a quienes les rodeaban no tiene paralelo en la otras partes de la tierra. Sólo que el consenso al que ellos llegaron con sus discípulos tenía parámetros diferentes de nuestro consenso occidental, basado en razones, ya que en la realidad prehispánica había aspectos que nosotros no consideraríamos normales, porque tenían que ver con campos de energía que ya no están en uso. Me puso como ejemplo de uno de esos campos, el énfasis en el sueño, un interés absorbente de los prehispánicos, cuyos restos se perciben hasta hoy en las tribus más aisladas del país.

Concluyó diciendo que, debido a la falta de sincronía entre las emanaciones alineadas por los antiguos y los intereses modernos, es casi imposible cruzar la barrera interpretativa que nos separa de aquellas culturas. Así que, como hombres comunes y corrientes, nunca entenderemos por completo sus creaciones artísticas. *“Afortunadamente, un brujo cuenta con herramientas especiales, porque ha aprendido a dar flexibilidad a su punto de encaje. De ese modo, él puede conectar su atención con la modalidad de la conciencia de otras épocas y sabe ajustar su interés con el de los brujos que ya partieron. Don Juan era un experto en las culturas prehispánicas. Para él, las piedras anti-*

guas no tenían secretos. A veces me llevaba a recorrer las instalaciones del Museo de Antropología con el objetivo de estimularme para que yo llegase por mí mismo a una verificación de consenso especial.”

A continuación, Carlos me contó sobre una de esas visitas en la cual él mismo fue testigo de los modos especializados con que los brujos contemplan el pasado. *“Esa mañana habíamos discutido sobre temas históricos; yo, tratando de convencerle de la seriedad de mis teorías y él burlándose abiertamente de mí. Me sentía de un humor muy cargado. Justo antes de entrar en el museo, manipuló mi luminosidad y me hizo cambiar en un santiamén de estado de conciencia. Su maniobra surtió efecto, las obras de arte cobraron vida. Todo estaba allí: el huevo luminoso, el ensueño, el camino del guerrero, el movimiento del punto de encaje... ¡Fue tremendo! Al mismo tiempo que verificaba la autenticidad de las enseñanzas, me puse a hacer un rápido y completo juicio sobre mi posición como investigador. Comprendí que, en gran medida, las instituciones académicas me habían programado, no para recaudar imparcialmente la información, sino para corroborar una determinada descripción del mundo, y esa posición me impedía entregarme por entero al conocimiento. Así que, cuando iba a hacer mi trabajo de campo, yo no era tanto un buscador imparcial de la verdad como el embajador de otra forma de vida. Eso generaba un inevitable encontronazo, que muchas veces se tradujo en desconfianza y celos mutuos. Al salir de mi experiencia en el museo y volver a mi visión habitual, ya no pude entender, o siquiera recordar mi anterior estado de euforia. Pero, extrañamente, a partir de ahí mi visión académica comenzó a cambiar. Aprendí a ver*

*las cosas por sí mismas, sin velos conceptuales. Hasta entonces había sido un investigador al servicio de un sistema de consenso -la cultura occidental. De pronto comencé a sentirme más y más confortado con la idea de que, por debajo de la piel de antropólogo, había un hombre común y corriente involucrado en la tarea de encontrar su destino.”*

Le pedí que me diese algún ejemplo concreto sobre cómo interpretan los brujos los viejos monumentos. Como respuesta, me preguntó: *“¿Alguna vez has visto los atlantes de Tula?”* Le dije que sí, y él me explicó que esas impresionantes figuras de la época tolteca son una descripción de la partida del nagual. Sostuvo que los dieciséis sacerdotes en bajorrelieve que hay en las cuatro columnas que están detrás de las estatuas representan el grupo completo de guerreros, dividido en cuatro equipos, uno por cada rumbo cardinal. *“Son viajeros cósmicos y su misión es fluir con la energía del infinito. Cada una de sus funciones fue simbolizada en los objetos que llevan consigo. Esos sacerdotes son una partida en pleno vuelo, una imagen del objetivo final del sendero, que es alcanzar la tercera atención.”*

Durante largo rato continuó interpretando desde su punto de vista diversos objetos arqueológicos. Su relato era tan gráfico, que me dio la sensación de estar caminando con él por los milenarios senderos de una ciudad prehispánica. Casi podía distinguir las enormes e impenetrables cabezas olmecas allá, al final de la plaza central, el calor humano de las risueñas figurillas huastecas que nos miraban desde los nichos de las pirámides, las delicadas estelas mayas, platicando a un costado...

Afirmó Carlos que la simple contemplación de algunas piezas arqueológicas en un estado de silencio mental basta para que la atención del observador se proyecte hasta la posición de los antiguos artistas. De ahí que algunas de esas piezas funcionen como verdaderas trampas de atención. *“Muchas de ellas fueron diseñadas con toda intención. Su fin no era ornamental o simbólico. Cada una de sus proporciones y diseños contiene un detonante de estados anímicos y de flujos de energía. Esas piezas son, por así decirlo, catapultas del punto de encaje. La investigación profesional nunca podrá desentrañarlas, porque lo que menos le interesaba a sus creadores era ajustarse a criterios razonables. Para alinearnos con ellas, tenemos que atrevernos a desafiar lo conocido y a percibir en términos de conocimiento silencioso.”*

Sostuvo que, por su intencionalidad, las creaciones de la antigüedad prehispánica son un verdadero depósito de segunda atención, un oasis de poder en medio de la seca esterilidad en la que la civilización actual ha arrojado al hombre. *“Al estimularme a difundir por el mundo la herencia del México antiguo, don Juan ha comenzado una especie de viaje a las raíces a fin de validar aspectos hasta hoy ocultos de la enseñanza, y para devolver al hombre la justa dimensión de su ser. Como buscadores de conocimiento, en la actualidad podemos beneficiarnos ampliamente del intento de los antiguos videntes, a fin de continuar su labor con renovados bríos.”* Con cierta timidez, pregunté a Carlos si podríamos darnos cita en algún museo o sitio arqueológico donde él pudiese transmitirme en forma práctica las claves de los brujos. Pero él no tomó esa sugerencia con beneplácito. Me contestó tajante:

*“Todo lo que quieres saber sobre tu país, ¡ve y descúbrelo por ti mismo! Como mexicano, tú eres el más indicado para recuperar el mensaje tolteca. Esa es tu tarea, tu compromiso ante el mundo. Si eres tan flojo que no puedes asumirlo, alguien más lo hará.”*

## LAS ANTENAS DE LA SEGUNDA ATENCIÓN

Cierta vez, mientras tomábamos café en un restaurante del centro, le comenté que me confundía el modo entusiasta como él hablaba del México antiguo, en contraste con la advertencia que hizo en uno de sus libros sobre el peligro que existe en visitar las ruinas o recoger objetos de aquella época. Me refería a los espeluznantes relatos que él contó sobre algunos de sus compañeros aprendices que se vieron en verdaderos apuros debido a su propensión de merodear por los yacimientos arqueológicos. Me explicó que mi apreciación estaba equivocada. *“Lo que ocurre es que yo no confundo el conocimiento abstracto de los nuevos videntes con el enfoque cultural de los antiguos, porque no son la misma cosa. Los antiguos vivían en la segunda atención, estaban fascinados con sus intrincados detalles y trataban de reproducirlos en su vida cotidiana mediante sus esculturas y edificios. De ese modo, extraían grandes pedazos de aquella oscura fascinación y los ponían al alcance de las masas. Pero don Juan decía que cualquier forma de representar al conocimiento es un subterfugio, un modo de cerrarse al conocimiento verdadero, silencioso. A pesar de la prodigiosa cantidad de información que consiguieron extraer del otro lado,*

la propensión de los antiguos acabó por cobrarles un precio exorbitante: su libertad. Por lo tanto, una de las prioridades de un nagual moderno es encauzar a sus aprendices, por lo menos durante las primeras etapas del camino, a fin de que no se dejen atrapar por el lado exterior del conocimiento. Además, hay otra razón por la cual don Juan nos insistió a algunos de nosotros para que no malgastásemos nuestro tiempo tratando de encontrarle sentido a lo que no lo tiene. Por aquella época la mayoría de sus aprendices aún no habíamos perdido la forma humana, lo cual significa que nos sentíamos impulsados a clasificar el conocimiento, sistematizándolo en forma apresurada. Eso no es válido con las antigüedades de México, porque lo que ha llegado a nosotros es demasiado fragmentado. Falta mucho trabajo por hacer, y es un trabajo riesgoso, que puede volverse contra el investigador.” “¿Por qué?” “Como ya te he dicho, esas creaciones no son inocentes. El problema con ellas es la pasión que nos despiertan. Los antiguos fueron maestros de la obsesión. Sus obras están repletas de trucos y todo eso sigue operando hoy con el mismo vigor que el primer día, porque la fijeza de la atención de un brujo no se desgasta con el tiempo.”

Añadió que la tradición de la sabiduría de México fue diseñada por hombres de poder en un acto supremo de altruismo. Fue un intento por rescatar nuestra libertad esencial, pero funcionó por corto tiempo. En la medida en que se fue entretejiendo con rituales y creencias superfluas, sus creaciones terminaron convirtiéndose en agente de la fijación del punto de encaje de aquella sociedad. “Esas obras son enormes concentraciones de intento, pero los conocimientos que guardan no son puros, están mezclados

con la importancia personal de sus creadores y sólo vale la pena enfocarlos a través del acecho. Particularmente las pirámides son poderosos captadores de atención. Pueden conducirnos rápidamente a estados de silencio mental, pero también pueden enfilarse contra nosotros. Hay un punto en que es preferible abstenerse de ellas que aventurarse sin defensas en los dominios de los antiguos videntes. Teniendo en cuenta mi propensión morbosa, don Juan hasta me había prohibido ir a museos o sitios arqueológicos por mi cuenta. Decía que sólo en compañía de un brujo esos sitios son confiables. Cierta día, mientras caminaba por las ruinas de Tula, tuve una experiencia verdaderamente desagradable y comencé a cambiar de opinión.” “¿Qué fue lo que te pasó?” -le pregunté. “Algo que me sacudió de espanto -confesó-. Pude ver que las pirámides exudaban enormes campos de energía, ondulantes como un mar sin fondo, que envolvían completamente a los visitantes. Una condición muy disfrutable para ciertos brujos, pero no para nosotros.”

Le pregunté si ese fenómeno está vinculado sólo con las pirámides mexicanas, o si también se presenta en otras partes del mundo. Me respondió que la fijeza no es algo local, es general. Aparece donde quiera que existe la conciencia. Pero en la tierra, sólo la sociedad humana invierte una parte considerable de su energía en crear objetos simbólicos, no utilitarios, cuya finalidad exclusiva es crear estados de atención. “De hecho, si no fuera por su característica de ser extraordinarios acumuladores de energía, esos objetos y monumentos no existirían. Están en este mundo, pero no son de aquí. Son agentes del otro lado, antenas de la segunda atención. Su diseño y construcción fueron



*dirigidos personalmente por seres inorgánicos en todas las latitudes y épocas. Una vez, mientras viajaba por Italia, fui a visitar una famosa escultura. Apenas me le acerqué, quedé cautivado por su belleza. Observé que quienes pasaban por allí no podían menos que proyectar sus sentimientos hacia la imagen. El clima emocional era tan fuerte, que no me fue difícil percibir que esos sentimientos se alargaban al modo de fibras hacia una sombra que vibraba detrás de la escultura. Por lo visto, yo no fui el único que se dio cuenta del fenómeno. Había un turista por allí que, sintiéndose agredido, tomó una piedra y la lanzó contra la estatua ¡Yo aplaudí! Esas cosas son centros de fijación de la humanidad. Condicionan la atención, la atan.”*

Comenté que me parecía lastimoso que las creaciones más magníficas del hombre fuesen precisamente los vehículos de su fijación. Carlos replicó que yo estaba tomando las cosas al revés. Sostuvo que el problema no está en esos monumentos, ni en el intento que les dio existencia, y ni siquiera en las entidades inorgánicas que los usan como captadores, sino en nosotros mismos. *“Esas obras pertenecen a otra modalidad de atención; tienen la facultad de mover el punto de encaje y eso da un descanso a nuestra fijeza. Pero no hay nada más obsesivo que la segunda atención, y alimentarla con un desmedido entusiasmo puede ponernos en un estado de sumisión energética total. Sin embargo, eso no significa que no se pueda lidiar con esos sitios. Hay dos modos mediante los cuales podemos contrarrestar su carga de intención: dejándolos de lado o cultivando la impecabilidad. Un guerrero consigue salir intacto de cualquier situación concebible. Cuando cortamos la atadura que nos liga con nuestra forma*

*humana, ya nada externo puede afectarnos. Entonces los monumentos del México antiguo se revelan en todo su esplendor y, al mismo tiempo, caen en su verdadero lugar: el sitio del entendimiento silencioso.”*

## VALIDANDO AL NAGUAL

En los meses siguientes a nuestro primer encuentro, mi compromiso con Carlos se mantuvo en un plan de asistir a sus conferencias y leer sus libros. Pero no pasó mucho tiempo antes de que la magia de sus enseñanzas comenzara a atraerme con fuerza propia. Esta situación me enfrentó a una disyuntiva, por la que supongo pasa todo aprendiz de nagualismo; por un lado, podía analizar las extrañas ideas de los brujos a la luz del conocimiento académico, asimilando únicamente aquello que yo pudiese entender y verificar. Por el otro, siempre quedaba la posibilidad de aceptar las palabras de Carlos al pie de la letra, relegando provisionalmente mis prejuicios hasta que yo mismo pudiese madurar un criterio apoyado en la experiencia. Cuando le comuniqué mi dilema, él se alegró y me dijo que las dos opciones que yo me había planteado tenían un importante punto en común; la práctica.

Así que no importaba cuál de ellas tomase, siempre que fuese inflexible en mis conclusiones. Traté de pedirle alguna explicación que me sirviese de punto de apoyo para acomodar dentro de mi mente los postulados, pero él interrumpió mis palabras con un ademán: *“Un guerrero no se adelanta*

al conocimiento -me dijo-. *No inquiere por rutina ni se entrega al sentido de no entender. Cuando quiere saber algo, lo experimenta.*" Le hice notar que la palabra "experiencia" tenía un contenido muy diferente, según quién la pronunciara. Para él, se trataba de una forma de encarar la vida; para mí, de la necesidad de comprender el fenómeno a un nivel intelectual. Me pareció percibir que Carlos reprimía una sonrisa irónica. En un tono muy amable, me explicó que el saber y los ejercicios de los brujos no son difíciles de entender y de practicar por sí mismos. Lo que les da la apariencia de ser algo traído de los pelos, es el hecho de que fueron diseñados por una cultura ajena y para personas con otra comprensión del mundo.

Atribuyó mi desconfianza inicial a mi formación racionalista, no a algún impedimento de orden energético. Añadió que la ciencia moderna no ha logrado penetrar en la enseñanza tolteca porque no tiene la metodología apropiada, no porque los principios del brujo y del científico sean intrínsecamente incompatibles. *"A pesar de todas sus buenas intenciones, los investigadores son incapaces de mover por sí mismos sus puntos de encaje. En ese caso, ¿cómo podrían entender lo que dicen los brujos? La falta de energía es una grave barrera entre el hombre común y el brujo, pues, sin el poder necesario, la corroboración de los fenómenos de la brujería es imposible. Es como si dos personas trataran de comunicarse en lenguas distintas. Por lo general, son los brujos los que salen mal parados en ese intercambio. En otras épocas se amenazaba a la gente con perder su alma si escuchaban al hechicero; hoy se adoctrina al hombre moderno diciéndole que esa visión es anticientífica. La verdad es otra. La práctica de los*

*principios del guerrero, lejos de dañar nuestra claridad mental, nos aporta valiosas herramientas para manejar el conocimiento. Eso es así porque tales principios, al estar encaminados hacia el logro energético, se apoyan celosamente en dos postulados científicos: experiencia y verificación. Al contrario de lo que muchos piensan, la necesidad de corroborar no es exclusiva de la cultura occidental, también es un imperativo en la tradición tolteca. El nagualismo, como sistema ideológico, no se basa en dogmas, sino en la experiencia personal de generaciones de practicantes. Sería absurdo considerar que todas esas personas, durante miles de años, han estado depositando su confianza en simples patrañas. Como su punto de partida es la experimentación, se puede decir que el nagualismo no es una forma de creencia, sino una ciencia."*

Esta afirmación resultó demasiado dura para mí. Había ciertos tópicos en la enseñanza de Carlos que eran de un innegable valor práctico; por ejemplo, sus constantes consejos para que controláramos la importancia personal, adquiriéramos una visión clara del privilegio de vivir en este instante y adoptáramos los principios estratégicos del camino del guerrero. Sin embargo, otros puntos de sus pláticas iban más allá de mi capacidad de comprensión. Simplemente, no podía aceptar que, en un espacio paralelo a este mundo, existiera un universo de leyes que nada tienen que ver con nuestra lógica cotidiana, poblado por entidades conscientes que mis sentidos no pueden percibir. Por la expresión de mi rostro, Carlos debió notar que yo no estaba completamente de acuerdo con sus palabras, porque añadió: *"Para ti, corroborar es explicar, mientras que para los brujos es atestiguar lo inde-*

*scriptible sin subterfugios ni trucos mentales. Tú crees que el alcance de tus sentidos es el verdadero límite del universo, pero no te detienes a pensar que tus sentidos están muy mal entrenados. Yo no te estoy invitando a creer, sino a ver, y te aseguro que el ver es una prueba suficiente de todo lo que te he dicho. Sin embargo, yo no puedo atestiguar la esencia energética del mundo por ti; eso tienes que proponértelo tú mismo, y encontrar dentro de tus potencialidades innatas el modo de llevarlo a cabo. Lo que diferencia al vidente del científico contemporáneo es que, para el primero, lo que está en juego es su propia vida, mientras que para el segundo, lo único que pierde si algo sale mal en sus investigaciones, es su tiempo. Los métodos de ambos son diferentes, pero igualmente rigurosos. Un brujo no puede quedarse satisfecho si no verifica desde dentro las historias que le han contado. Así como hay grados y niveles en la instrucción científica, el aprendiz de brujería descubre enseguida que hay ciertas etapas muy definidas en el acrecentamiento de su percepción, y no descansa hasta alcanzarlas o perecer en el empeño. Así que, como método de investigación, el nagualismo es completamente confiable. Mi instructor me mostró que la marca de los nuevos videntes es su capacidad de síntesis; ellos son brujos abstractos -Carlos puso énfasis en el término, acentuando cada sílaba-. De hecho, su enfoque es más riguroso que el enfoque científico, porque los videntes acometen una empresa de envergadura colosal, que el hombre de ciencias ni siquiera se atreve a enunciar: la verificación de nuestra interpretación sobre la realidad de consenso en que vivimos. Sobre esa base, puedes comprender que la brujería es el mejor aliado del pensamiento formal. Algún día será posible romper el hielo, y*

*la ciencia descubrirá que comparte una gran vocación con el nagualismo: la pasión por la Verdad. Entonces ambas modalidades de investigación se darán la mano y dejarán de ser enfoques antagónicos para transformarse en un mismo intento por penetrar el misterio.”* Mientras nos despedíamos, comenté a Carlos que sus palabras estaban en el extremo opuesto de la visión que tiene la mayoría de la gente sobre el tópico de la brujería. Se encogió de hombros, como diciendo: “¿Y eso qué importa?”.

## RETORNO A LA ESENCIA

Después de un tiempo de prácticas, las enseñanzas de Carlos comenzaron a dejar una huella en mí. Lo que al principio era suspicacia, pronto se transformó en una estupefacta verificación de estados de conciencia que estaban fuera de mis parámetros mentales. De repente me vi poseído por una necesidad urgente de entender, pero no con la razón, sino con la totalidad de mi cuerpo. Llegó un punto en que los cimientos de mi cotidianidad terminaron por desmoronarse, y me fue evidente que la percepción de los brujos encierra universos de experiencias de los que hasta entonces no había tenido ni la menor idea. Durante todo este proceso atravesé por una aguda crisis de identidad, en la cual me comportaba a ratos como un investigador atrevido y desprejuiciado, y otras veces como un epítome de resistencia mental. Pude darme cuenta que estas oleadas emocionales tenían que ver con las pláticas de Carlos. Después de es-

cucharlo, pasaba semanas en una febril actividad, intentando enseñar y practicando todas las técnicas que había escuchado o leído. Pero, poco a poco, mi entusiasmo inicial se iba enfriando y regresaba al incómodo sentimiento de no entender nada. Frente al caos de sensaciones nuevas que comenzaba a saturarme, descubrí que sólo me quedaba un baluarte: la razón. Más que nunca, traté de convencerme a mí mismo de que, en última instancia, sólo una enseñanza que se puede explicar, puede ser cierta.

A pesar de todo lo que Carlos nos había advertido en contra de lo engañosas que pueden ser las razones, yo sólo estaba dispuesto a transigir en este punto si era testigo de algún acto portentoso, que verdaderamente desafiase las leyes naturales. Esa mañana nos dimos cita en un restaurante frente al hotel donde él se hospedaba. Estábamos prácticamente solos en el local, aparte de un limpiabotas que cabeceaba en un rincón y el mesero que nos miraba con aire de aburrimiento. Considerando que era el momento adecuado, le pregunté: “¿Puedes probarme tus enseñanzas con algún acto de poder?” Me miró con asombro, como si esperase cualquier cosa menos esto, y se tomó unos segundos para responderme. “*Desdichadamente me dijo-, no puedo probarle nada a tu mente. Está demasiado hecha. Para validar al nagual hay que tener energía libre, y para ello, el único recurso que conozco es la impecabilidad. En el mundo de la energía todo tiene su precio, así que depende de ti. Yo no puedo acallar tu mente, pero tu sí puedes hacerlo, verificando lo que te digo por ti mismo.*” Le pregunté qué podía hacer con las dudas que inevitablemente surgían en mi interior. Me respondió: “*La certidumbre es el es-*

*tado natural de las víctimas; en cambio, la confianza y la osadía son propias de los depredadores. Tú decides. Lo principal es que te des cuenta de que no hay algo así como ‘las enseñanzas de Castaneda’. Yo sólo trato de ser directo y actuar desde mi silencio, un curso de acción que te recomiendo, porque acaba con la locura. No soy un nagual poderoso como don Juan y tampoco soy tu benefactor. Pero sí he sido testigo de actos que te dejarían mudo de sorpresa, y no tengo ningún inconveniente en contártelos. Sólo que esas historias no te van a decir nada, a menos que bajes la guardia y permitas que ellas penetren dentro de ti. Si quieres verificar las historias de poder, tienes que abrirte a la experiencia. No te escudes en tus interpretaciones, porque, a pesar de todos nuestros estudios como hombres comunes y corrientes, en realidad sabemos muy poco sobre el mundo. Tú, como cualquier otro aprendiz de brujería, tienes un campo enorme donde entrenarte. Por ejemplo, ahí están tus altibajos emocionales, tus drenajes energéticos. Tápalos y verás cómo cambian las cosas. Ahí están esas ocho horas que pasas cada noche como un vegetal, sin darte cuenta de nada. Explóralas, toma el control y atrevete a atestiguar. Si dilucidas los secretos de tu sueño terminarás viendo lo que yo veo, y ya no habrá dudas en tu mente.”*

Callamos por un momento mientras nos servían nuestros pedidos. Carlos interrumpió el silencio. “*Recuerda, las dudas son el ruido de nuestros cachivaches mentales. Nada muy profundo.*” Le repliqué que, según lo poco que yo había aprendido en mi paso por la vida, el dudar es la base de todo conocimiento verdadero. Pero él tenía una teoría diferente; argumentó: “*Pasamos tanto tiempo acumulando porqu-*

erías, que se nos hace muy difícil aceptar algo nuevo. Estamos dispuestos a perder años de vida llenando formularios o discutiendo con los amigos; pero si nos dicen que el mundo es único y está lleno de magia, sentimos desconfianza y corremos a refugiarnos en nuestro catálogo de ideas preconcebidas. En cambio, un animal de presa lucha toda la vida por perfeccionar sus técnicas de cacería, mantiene permanentemente listo su sentido de la oportunidad y no se deja aturdir por la apariencia de las cosas. Es cauto y paciente. Sabe que su víctima puede saltar desde cualquier matorral y que la menor violación puede ser la diferencia entre seguir viviendo o perecer. No carga dudas. Un guerrero es un cazador, no un clínico oportunista. O acepta plenamente el reto del conocimiento, con todo lo que entraña, o sus propios logros le llevarán a retroceder a una condición más espantosa que la del hombre común.”

Sentí que sus palabras contenían un velado reproche. Traté de justificarme, pero él me interrumpió: “Es evidente que has estado practicando. En tales circunstancias, tu mente se inquieta. Pero el lado doloroso de tu inquietud desaparecerá en cuanto reconozcas que lo que te preocupa es una duda implantada. Como todos nosotros, tú has sido entrenado para pasar toda la información que recibes por el filtro de la razón. Me recuerdas un perro que vivía en un asilo de ancianos. Cuando alguien, por compasión, le arrojaba alguna migaja, se emocionaba tanto que ya no podía disfrutarla con tranquilidad. Así eres tú. Estás tan agradecido de tu ciencia que piensas que le debes algo, que no puedes serle infiel. Ya no te atreves a soñar, no puedes gozar el lado mágico del mundo. Tú te has fijado un parámetro demasiado engañoso para tus

verificaciones: la razón. Lo que yo te propongo es que sustituyas ese criterio por otro, más confiable y, sobre todo, mucho más amplio: la cordura. Ya te he explicado que los brujos establecen una diferencia radical entre ambos conceptos. Para que lo entiendas mejor, piensa, por ejemplo, en la historia del mundo; fue hecha en su mayor parte por personas muy cuerdas que, sin embargo, se atrevieron a retar al sentido común y fueron en contra de lo que en su momento parecía razonable. Si te ves más allá de nuestro mundo, verás que es lo mismo. El universo no es razonable, pero se puede enfrentar con energía y cordura. Cuando aprendes a usarlo, entonces lo entiendes de un modo básico, sin palabras. ¿Quién necesita palabras cuando se trata de atestiguar?. Estoy de acuerdo contigo en que, desde un punto de vista cotidiano, los conceptos de la brujería son un tremendo sin sentido. Pero hay una dimensión profunda en nuestra conciencia a donde no llegan los reclamos de la mente, y un guerrero no descansa hasta encontrarla. Una vez allí, descubre que la propia razón, cuando es ejercida con rigor inflexible y en su totalidad, lleva automáticamente a la brujería, porque su esencia es la sobriedad, el desapego, la no compasión. Una vez dueño de la razón y no dejándose manipular por ella, el brujo puede intentar el prodigio del habla, metiendo en palabras el insondable enigma de la existencia. Pero ese es un arte tan difícil, que sólo se puede abordar mediante un gran excedente de energía. Ser un guerrero es una lucha interminable por ser implacable. El truco de los brujos es que ellos saben que la misma energía que invertimos en esclavizarnos, es la que nos libera. Sólo tenemos que reencauzarla y las historias de poder comenzarán a materializarse ante nuestros ojos. Por lo tanto,

*no luches contra tu incertidumbre, ve con ella, úsala como estímulo para la verificación y ponla al servicio de tus intereses energéticos. Verificalo todo, no dejes que una historia de poder se quede en el ámbito del mito. Comprométete íntimamente con el conocimiento, ¡pero comprométete como un guerrero, no como un esclavo de la razón.*”

Me señaló una chica indígena que pasaba por la calle llevando un niño como de nueve meses de edad atado a su espalda. El rostro del pequeño irradiaba una curiosidad insaciable, que se derramaba a borbotones de sus ojos negros y redondos cual pequeños espejos de obsidiana, ávidos de mirar para todas partes. Carlos continuó: *“El compromiso del guerrero ante el espíritu consiste en un retorno a nuestra naturaleza original. Es un pacto que todos sellamos por el simple hecho de haber nacido. El impulso de atestiguarlo todo nace con el hombre, pero es brutalmente mutilado desde los primeros años, así que hay que volver a descubrirlo. Tienes que limpiar tu interés de todo prejuicio y volver a la pura curiosidad de ese niño. Un guerrero está obligado a verificar todo el conocimiento que llega hasta su puerta, a experimentarlo en principio, no importa de dónde proceda. Y luego tiene que tener el discernimiento necesario para seleccionar y recolectar lo útil.”* “¿Debo aplicar ese sentido del discernimiento también al camino que tú predicas?” Pareció molestarse con mi pregunta; me replicó en tono rotundo: *“¡Ya te he dicho que no hay un camino Castaneda, como no lo hay de Buda ni de Jesucristo! ¿Aún no has entendido que no se necesitan maestros? Yo no te estoy vendiendo una mercancía, no me interesa que concuerdes conmigo. Sólo te estoy señalando la dirección, por mero*

*afecto impersonal: ve y verifica, si eso es lo que quieres; y si no, quédate con la duda.”*

Al momento de despedirnos, Carlos me dijo: *“No debes prestar demasiada atención a tus inquietudes. Son sintomáticas. Algo en tu interior está cediendo y es normal que tu forma humana se defienda. Muy pronto, el trato con el nagual va a sacudirte en los calzones, y entonces necesitarás como nunca de tu cor-dura. ¡Quizás lamentos haberme pedido una señal!”*

# ARMANDO TORRES

## ENCUENTROS CON EL NAGUAL

Conversaciones con Carlos Castaneda



En octubre de 1984 conocí a Carlos Castaneda, controvertido antropólogo y escritor sobre temas de brujería.

En mi búsqueda de respuestas, había incursionado en diversas tradiciones espirituales y anhelaba encontrar un maestro. Pero, desde el principio, Carlos fue muy claro al respecto. "Yo no prometo nada -dijo-, yo no soy gurú. La libertad es una elección individual y es responsabilidad de cada uno luchar por ella".

"Quien sinceramente desea penetrar en las enseñanzas de los brujos no necesita guías. Basta con un genuino interés y huevos de acero. Y por sí mismo encontrará todo lo necesario mediante un intento inflexible".

El principal motivo por el cual acepté difundir parte de mi experiencia a su lado es la gratitud. Carlos fue espléndido con cada uno de los que tuvimos la fortuna de conocerlo, ya que es la naturaleza de un nagual hacer regalos de poder. Estar cerca de él era empaparse de su estímulo y llenarse de historias, consejos y enseñanzas de todo tipo, y sería muy egoísta por parte de quienes lo recibimos ocultar esos dones, cuando él mismo, como un verdadero guerrero de la libertad total, compartió hasta lo último.